

Déjame conocerle

D.J.57

EMMA SHERIDAN

AUTORA DE "TU SECRETO, MI DESTINO"

DÉJAME
CONOCERTE

Emma Sheridan

"Hay almas a las que uno tiene ganas de asomarse,
como una ventana llena de sol".

Federico García Lorca

Capítulo 1

—¡Por favor, mujer, suéltame! Déjame en paz —susurró él en el hastío que sentía de verse tan avergonzadamente vulnerable.

—¡NO! —gritó ella embravecida—. Eres mío y de nadie más.

—Libérame, no soy de nadie, ya lo hemos discutido mil veces, ni tuyo ni de nadie. No te pertenezco.

—¡Mentiroso! Ahora eres de esa fotógrafa, de esa puta mal nacida. Me abandonaste por ella.

—Suéltame, por favor —volvió a susurrar el hombre, en intentos fallidos por zafarse de las cadenas que tenía alrededor de sus muñecas y tobillos.

—No te pienso soltar, y desde ya te digo que eres mío desde aquí a la eternidad. Tenemos algo que nos une. —Ella caminaba nerviosa de aquí para allá, mientras se refregaba la cara con sus manos. Se acercaba a su víctima, lo insultaba mirándolo a los ojos y luego se alejaba.

—Por favor, suéltame y charlemos como dos personas adultas —aprovechó a hacer contacto visual con su agresora interrumpiendo uno de sus insultos.

—Te quiero solo para mí y no te voy a compartir con nadie. Antes de soltarte, necesito asegurarme de que vas a volver a ser mío. ¡Júramelo! ¡Por lo que más quieras! No importa que estemos divorciados, esos son solo papeles que no sirven para una mierda, quiero volver contigo.

El hombre miró a su alrededor, buscando una posible salida o escapatoria, si es que esa loca se decidía a soltarlo. Conocía cada rincón de esa casa, él la había comprado, sabía que si corría lo suficientemente rápido podría evitar otro golpe, como otras veces, pero esta vez no quería huir, necesitaba aclarar todo con ella. Estaba agobiado de su incontrolable locura, no podía soportar una agresión más por parte de esa mujer. Se sentía en deuda. En deuda con él mismo. Tenía que juntar valor y ser más inteligente. Usar su mente para lograr ser liberado y buscar, de una vez por todas, la manera de que ella dejara de tenerlo a su merced.

Bajó su cabeza, alzó su mirada, y buscó sus ojos, esos ojos preciosos que alguna vez, años atrás lo habían enamorado. En ese preciso momento, los vio colorados, irritados y con una profunda tristeza. Iría por ese lado.

Ella observó su mirada y se odió por dentro. Una parte de su ser sabía que

estaba lastimando a ese buen hombre. A ese ser con quien había compartido años de su vida y quien le había dado el tanpreciado regalo de ser madre. Pensó en su hijito de tres años y dejó caer una lágrima.

—Libérame, por favor, hablemos, dialoguemos como dos personas que alguna vez se amaron. No me voy a ir, no voy a correr. Necesito que charlemos por favor.

Horas antes...

El móvil sonó por décima vez. Era ella. Lo sabía. Siempre insistiendo. Tenía el poder de sacarlo de eje, le había dado ese dominio en algún momento de su vida, y en alguna parte de su ser que aún le hacía caso. Le temía, lo había aceptado. Había dos opciones por la cual lo podría estar llamando, la primera era Kevin, su hijo, el pequeño que compartían, a quien amaba con toda su alma. La segunda opción sería la de siempre, la excusa de querer volver con él, la imperiosa necesidad de querer controlarlo, abarcarlo y usarlo a su manera.

Odiaba sentirse manipulado y maltratado por esa mujer.

Atendería, su hijo era su motor para seguir. Soportaría volver a escucharla para que dejara de invadirlo.

Se excusó ante la persona que le estaba tomando unas fotos para la próxima campaña de ropa para la cual había sido contratado y miró el móvil. Lo tomó en sus manos y éste volvió a sonar. En la pantalla se leía: Paula.

Frunció su ceño, tomó una respiración profunda y atendió.

—¿Qué pasa? —susurró secamente.

—Hace diez minutos que te estoy llamando, ¿por qué no atiendes? ¿Qué tan ocupado puedes llegar a estar? —le gritó nerviosa desde el otro lado de la línea.

—Estoy tra ba jan do, Paula. —Estiró las sílabas para que ella pudiera entender que realmente estaba trabajando.

Estaba harto de sentir el nudo en la garganta cada vez que debía explicarle que se ganaba la vida siendo modelo. Así se habían conocido, compartiendo momentos, posando juntos.

Él continuaba su carrera de modelo masculino mientras ella, luego de ser mamá, decidió retirarse de las pasarelas para romperle las pelotas a él, y perseguirlo a sol y a sombra. Inclusive luego de la separación.

—Quiero que vengas ya, te necesito —bajó el tono de voz, porque sabía que así, él, accedería.

—¿Le pasó algo a Kev? —preguntó medio asustado.

—Em, no, bueno... no sé —intentó persuadirlo para lograr que él corriera a su casa.

—Mujer, ¿le pasó algo o no?

—Sí —mintió ella.

Brendan tiró su móvil sobre un asiento y cruzó dos palabras con la fotógrafa para disculparse, eran amigos, ella lo entendería. Debía ir. Se vistió con su ropa, tomó sus pertenencias y corrió a su auto. No estaba lejos, pero el solo hecho de pensar en que le podría llegar a pasar algo a su hijo, lo hacía sobrepasar los límites de velocidad permitidos.

Luego de pasar un par de semáforos en rojo. Y de intentar llamar al móvil de su ex mujer para saber si realmente Kevin estaba bien. Llegó a la casa.

Como tenía llave, entró sin llamar. Sintió un dolor intenso en su cabeza y todo, absolutamente todo, se oscureció.

El ensordecedor zumbido en sus oídos, el ardor en alguna parte de su cabeza y la cosquilla de algún tipo de líquido espeso que le caía en gotas por alguna zona de su cara, hizo que intentara abrir un ojo; pestañeó un par de veces, y no pudo, se dio cuenta entre tanto aturdimiento de que estaba con los ojos vendados.

Le latía la sien, el repiqueteo de los latidos asustados de su corazón parecían no estabilizarse. Necesitaba moverse, descubrir sus ojos para ver qué era lo que realmente le estaba sucediendo y quién había sido su captor, estaba de rehén y no sabía por qué.

No se había dado cuenta de que su cuerpo estaba inerte; entonces, decidió enviarle orden desde su cerebro a sus manos, para poder liberarse de lo que le tapaba la visión. Lo hizo, se movió, pero solo unos centímetros, que a él no le parecieron nada. Sin embargo, lo que sí le hizo sentir un escalofrío aterrador fue el escuchar el ruido de cadenas y sentir las alrededor de sus muñecas. Frotó una con otra y notó que estaban juntas. Las palmas comenzaron a sudarle así como todo su cuerpo. Lo mismo sucedió con sus piernas. Las movió pero le pesaban los tobillos, estaba encadenado.

Inspiró profundo, tratando inútilmente de lograr serenarse. Muy lejos de

ello estaba.

Solo un pensamiento cruzó por su mente, ya apenas despertando: Kevin.

Su corazón volvió a perder un par de latidos, cerró los ojos, dentro de lo que pudo mientras sintió su cuerpo cada vez más frío.

Su lengua tanteó dentro de su boca, la cual sentía reseca. Humedeció sus labios y se aclaró la garganta para gritar:

—¡Paulaaaaaaa! —el sonido parecía un sollozo. Lo que él creyó que iba a sonar fuerte e imponente, se escuchó como algo soso y sin potencia.

Se movió inquieto al escuchar unos tacones que se acercaban. Odiaba los tacones de esa mujer.

—¡Así te quiero mi vida! ¡A mi merced! Todo mío.

Tragó saliva, le castañeaban los dientes, no recordaba cuándo exactamente había sido la última vez que se había sentido de esa manera pero sí sabía que, muy a pesar de él, seguía teniendo miedo de ella.

Creía haberlo superado. Tantos meses de terapia deberían haberlo ayudado. Tenía todas las herramientas como para enfrentar el terror que esa mujer le hacía sentir y, aún así, una parte de su mente seguía bloqueada.

“Cuando no sepas por dónde empezar, solo respira”, le había dicho el terapeuta en una de las primeras sesiones.

“Ella es insegura, y por ello necesita reforzar su autoridad, piensa muy bien qué puede hacerle cambiar de parecer, juega con su mente para lograr que no te pueda manipular nunca más. Puedes hacerlo”. Le repetía una y otra vez ese hombre a quien le estaba tan agradecido. Era como un mantra.

Mientras respiraba y se repetía a sí mismo que él podía salir de ese lugar oscuro de su mente, la sintió acercarse. Sus manos formaron dos puños; eso le daba cierto poder que no sabía que tenía. No la golpearía, nunca lo había hecho. Jamás le había levantado la mano a una mujer y no lo haría ahora. Aunque se muriera de ganas. El mantra lo estaba ayudando.

Un frío beso en los labios lo sorprendió. La sorpresa no fue para nada agradable cuando sintió que le jalaba el cabello y le volvía a besar la boca, intentando invadir su interior.

—Estás helado, mi amor. ¿Quieres una manta? Quiero que estés cómodo mientras estás aquí a mi merced.

Contestaría, no se dejaría maltratar más, sabía que debía seguir su juego para lograr que lo soltara. O al menos, que le destapara los ojos, para así poder utilizar su encanto, ese encanto que muchas veces le había servido para cortejar a mujeres, solo una mirada y ya caían a sus pies.

—Por favor, tengo frío, mucho frío.

—Por favor, ¿qué?

—Mi amor, por favor, ¿me abrigas?

“Tienes el poder de volver todo a tu favor”, seguía repitiendo frases en su mente a medida que las iba recordando.

Ella no contestó. Por unos segundos, todo quedó en pausa, parecía como si ella se hubiera quedado congelada en tiempo y espacio. Si le hacía caso a sus sentidos, solo podía escuchar el latido de su corazón que bombeaba asustado.

Estaba repitiendo su mantra y tratando de recordar algún otro para repetir sin parar, cuando al fin, escuchó esos malditos tacos moverse. No podía creer que por unos segundos se contentó al escucharlos pisar el suelo de madera, que él mismo había elegido para ese lugar.

Su pecho se inflaba y desinflaba sin cesar, sentía escalofríos por todo el cuerpo y luchaba con su mente para serenarse. Estaba al límite de entregarse a su perversión. Pero no lo haría, terminaría con esa locura, saldría de ahí, y llamaría al psiquiatra para poder ayudarla. Se sintió un estúpido, porque atado y a su merced, aún sentía piedad por ella. Le resultaba casi imposible creer que después de todo lo sucedido, tenía la necesidad de ayudarla. Pero sabía que existía una razón muy importante, más que eso: primordial. Y esa razón tenía tres años y toda una vida por delante, y él le daría lo mejor.

Sus abogados le habían comentado que al próximo brote psicótico de ella, él tendría la tenencia del niño. Solo que debía buscar la manera de escapar y avisar. Lo lograría.

Capítulo 2

Su cuerpo estaba gélido, su mente hervía de bronca e impotencia. Sus vanos intentos por volver a fortalecerse, dejaron de ser vanos en el momento en que sintió que algo le cubría el cuerpo. Algo suave, era una manta, se dio cuenta cuando pudo tocarla con sus atadas y heladas manos.

Jugaría su juego.

Cerró sus ojos dentro de la venda, apretó sus labios e inspiró profundo para juntar coraje y soltarse a su perverso y vil juego para poder ser liberado.

—Gracias, mi amor. Tenía mucho frío —dijo, intentando reprimir la ira.

—Cállate, adulador. Sé exactamente lo que tratas de hacer. No te voy a soltar así nomás. Y lo sabes, creo que nos conocemos demasiado. Hemos pasado por mucho. Y yo quiero que seas mío nuevamente.

Su razón se negaba a entender qué mierda hacía ahí diciéndole “mi amor” a esa hija de puta. Sin embargo, tenía que ganarle y escapar. Y sabía que si no jugaba ese juego, si no le hacía creer que ella tenía el control; no cedería a soltarlo.

Se hizo silencio. Solo se escuchaban los bufidos de ella y cada tanto, el frío sonido de las cadenas que adornaban el cuerpo de Brendan.

Él seguía desnudo debajo de la manta, y aún alguna parte de su cabeza le goteaba. Se odiaba. Pero más odio le tenía a ella.

—Mi amor, no te adulo, tienes razón, quiero volver a ser tuyo. ¿Por favor me sueltas? Siento que alguna parte de mí está sangrando, necesito que el dolor pare. Por favor —rogó.

Ella lo miró incrédula desde su posición altiva. Se acercó un paso y se puso a su altura en cuclillas. Lo quería para ella, a cualquier costo, pero no sangrando. No de esa manera. Se sintió una perra. Pero parte de ella se regodeaba de por fin tenerlo así una vez más indefenso ante ella.

El corazón de Brendan saltó un par de latidos, al sentirla tan cerca podía oler su perfume, el último que él le había regalado hacía un tiempo atrás. No lo podía terminar de entender. Sabía que ella estaba con otro hombre, creía que al fin había re-hecho su vida, y según lo que el pequeño Kevin contaba, era un buen hombre. A él, eso le había dado tranquilidad, porque el niño

todavía convivía con su madre a pesar de que muchos días los pasaba con sus abuelos y con él mismo. Había creído, ilusamente que era una etapa superada. La de los brotes psicóticos.

La escuchó bufar cerca de su cara, pero sin quitarle la venda.

—Esto es un pase directo a quedarme sin ti y sin mi hijito, ¿verdad? — cambió su tono de voz a un tono dulce.

—No —eso fue lo único que pudo vocalizar, porque por dentro y por fuera todo su ser gritaba que sí.

Una sensación de rechazo se apoderó de él cuando sintió las manos de esa mujer posarse sobre su cabeza, para luego con los pulgares, tirar de la venda hacia arriba. Le había liberado su visión, tenía un punto a favor.

Él seguía inerte, con su cabeza gacha y sus ojos cerrados. Necesitaba adaptarse a la luz, a la poca luz que iluminaba la sala de estar, donde estaba atrapado.

Trató de despegar sus ojos, tenía los párpados cansados. Para cuando logró abrirlos, los volvió a cerrar, no podía verse así. Se negaba a hacerlo.

—Mírame —ordenó ella, volviendo a esa voz imponente y dominante.

—Me estás lastimando, mi amor, ¿por qué haces esto? —susurró sin poder mirarla.

—Porque te amo y te quiero conmigo, eres lo más hermoso que tengo además de Kevin —ella bajó su tono dominante. Mientras se acercaba para ver qué le había hecho.

—No se lastima a la persona que uno ama. ¿Me sueltas, por favor?

—Te quiero conmigo. No te voy a soltar, no quiero que huyas.

—No lo voy a hacer —trató de sonar decidido y firme. Creyó haberlo logrado.

Ella desapareció de su vista por unos minutos, y cuando volvió se le acercó para limpiarle la herida, no era profunda, se lo había hecho con un mortero de mármol, al esperarlo a que entrara a la casa. Y le había dado justo en la cabeza, en el crecimiento del cabello, cerca de su sien derecha.

No era grave, muy dentro de ella se quedó tranquila y prosiguió a limpiarle la sangre que ya estaba seca pegada a su cara.

El sonido del móvil de Brendan retumbó en toda la sala. Era el tono de llamada del trabajo, seguramente era su amiga la fotógrafa que se había preocupado. Ella era la única compañera de trabajo que estaba al tanto de los

pormenores de su vida personal, había resultado ser una gran amiga.

No era consciente de cuánto tiempo hacía que estaba atado y desnudo en ese lugar, pero seguramente ya hacía un par de horas, o tal vez menos; no lo podía calcular porque tampoco sabía cuánto tiempo había estado inconsciente luego del golpe en la cabeza.

Por unos segundos sintió alivio, si él no atendía, quería decir que algo había sucedido y tal vez ella lo podría ayudar de alguna manera.

Pero el alivio que sintió se desvaneció al ver a su ex mujer, tomando el móvil, y mirando la pantalla.

Todo lo que había logrado, toda la confianza a la que se había aferrado, estaba desapareciendo ante sus ojos.

Paula comenzó a respirar como si de una fiera enjaulada se tratara. En la pantalla del móvil se leía Nora, ese era el nombre de quien, según ella, había terminado con su matrimonio.

—¡Hijo de puta! ¡¿Sigues con ella?!

Él negó con su cabeza totalmente resignado. No podía hablar. No quería volver a intentarlo, no sabía si podría.

Paula tiró el móvil al aire, pero el móvil cayó en un sillón. Se acercó y le quitó la manta. Luego se fue del lugar taconeando firmemente, estaba enfurecida.

Brendan deseó por unos segundos que el móvil cayera y se rompiera en mil pedazos contra alguna pared o directamente contra el mármol de la mesa del centro de la sala de estar. Pero la suerte no estaba de su lado, o tal vez sí.

Ya casi la había convencido. Casi había logrado hacerla sentir una pizca de cordura.

Cerró sus ojos y se encomendó al Universo, volviendo a repetir algunos de sus mantras, o una mezcla de ellos. Algo funcionaría.

El móvil sonó insistente, la melodía que había elegido para llamadas de personas que trabajaban con él repercutía en todo el lugar. Los gritos de Paula ensordecían aún más y los tacones acompañaban su locura, locura que se manifestó a un ciento por ciento al verla caminar hacia él cargando un balde con no supo qué hasta que lo sintió en todo su cuerpo.

Agua helada, repleta de cubos de hielo, que golpearon contra su pecho y zonas íntimas. No daba crédito a su puta suerte. La odiaba con toda su alma. Le volvieron a castañear los dientes pero esta vez de furia.

Necesitaba ese odio para poder salir de ahí, debía enfrentarla, ¿qué otra forma de abuso debería soportar? Ella ya había hecho todo. Y él creyó,

ilusamente, que había cambiado, que se había curado luego de sus reingresos a las clínicas psiquiátricas.

Ya no la escuchaba, pero sabía que lo estaba insultando a él y a toda su familia.

Tuvo sentimientos encontrados por unos segundos, cuando *flashes* de los primeros encuentros con ella se agolpaban en su mente para dar lugar a otros en los que lo había lastimado tanto.

La primera vez que la vio, fue para una campaña de ropa interior, de una marca reconocida a nivel mundial. Había tenido que viajar a su país natal, para posar junto a una bella morena de ojos verdes, de preciosas curvas y refinados modales. El lugar era mágico, uno de los castillos más maravillosos y atractivos del turismo irlandés.

El contrato con la empresa era por una semana, pero al primer contacto visual que hicieron, luego de la semana de trabajo en conjunto, le siguió otra semana y otra más.

Los primeros días fueron descubriendo rincones recónditos de tan espectacular lugar, pasearon por sus jardines, disfrutaron del mimo del agua a orillas del río, y se descubrieron teniendo larguísimas charlas acerca de sus vidas; hasta que un día comenzaron a mimarse.

Volvieron a Buenos Aires, comprometidos.

—Golpéame, sé que así eres feliz, hazlo, por favor, hazlo.

Se había vuelto a rendir.

La melodía escocesa *The blue cloud* del timbre de la entrada principal, se sintió como una caricia de aire tibio y poderoso que le recubrió el cuerpo. Despertó al hombre que estaba escondido, acorazado. Se fue el miedo. Y con él toda piedad.

—Libérame, hija de puta —pudo gritar con toda la furia que gozaba contenida.

—¡Brendan! —se escuchó fuera de la casa. Era la voz de su amiga, quien estaba al tanto de todo lo que había vivido y sabía que las veces que había salido corriendo de alguna sesión de fotos había sido por las locuras y caprichos de su ex esposa.

—¡Suéltame, enferma! —gruñó enfurecido, moviendo con fuerza todo su cuerpo para zafarse de las cadenas.

—Eres mío y de nadie más —gritó su ex, desconociendo esa faceta

desafiante de ese hombre que le pertenecía. Se acercó a él y le promulgó una sonora bofetada.

—Nunca más —aulló él.

—¡Brendan! —volvió a gritar una mujer desde afuera.

—¡Policía! ¡Abra la puerta! —Se escucharon golpes y más golpes desde dentro y fuera de la casa.

Los alaridos de Paula al sentirse acorralada ensordecían la sala.

—¡Aquí en el living! —vociferó Brendan, logrando impostar su voz.

Se oyó un golpe fuerte sobre una madera y todo sucedió muy rápido para los ojos de algunos y en cámara lenta para los ojos de Brendan, quien no lograba entender su putísima suerte.

Lo primero que vio fue a dos oficiales de la policía que tomaban con fuerza a una endemoniada Paula y la esposaban por detrás. Ella seguía enfurecida chillando y pataleando, dando pelea para poder zafarse de esas personas.

Luego se miró a sí mismo y sintió vergüenza y lástima por su propio ser. Seguía encadenado, ensangrentado y a pesar de que hervía iracundo, su cuerpo aún seguía helado. Sin embargo, la desnudez lo encontraba sin pudor. Era el punto final de su sumisión.

Otro oficial se acercó a él, para primero cubrirlo con la manta que encontró a su paso y para poder ver la forma de liberarlo de las cadenas que lo tenían atrapado.

El policía que lo ayudaría a liberarse, les hizo una seña a los demás compañeros y ellos entendieron actuando con rapidez. Le revisaron los bolsillos del jean a Paula, encontrando las llaves que abrirían los candados que estaban coartando la libertad del modelo.

Quien esperaba una orden de paso libre era Nora, su amiga fotógrafa. Los policías no la habían dejado cruzar la puerta porque no sabían cual era la escena exacta con la cual se iban a encontrar. No era la primera vez que recibían denuncias con esa dirección. Estaban seguros de que sería la última.

Nora caminaba nerviosa por el jardín del frente de la casa esperando a ver a su amigo. Tenía miedo de pensar cómo lo encontraría. Se alivió de ver salir a Paula esposada y con la cabeza gacha. La cual levantó para regalarle un puñado de puteadas y quién sabe qué otro tipo de maldiciones. Estaba fuera de sí.

Llegó el momento de verlo pasar, envuelto en una manta. Creyó ver lágrimas rodarle por las mejillas en el momento en que él giró para mirarla y

susurrarle un sentido “gracias”. Ella, con sus brazos cruzados en el pecho, como conteniendo el dolor que sentía por ver nuevamente a Brendan así, solamente pudo sonreírle con empatía.

Se quedaría a cuidar la casa, llamaría a un cerrajero amigo para que le reparara, al menos, provisoriamente la puerta de la entrada principal que había sido derribada por los agentes de la fuerza policial.

Algo le llamó la atención, a lo lejos un barullo, más que eso, gritos agudos mezclados con sonidos de golpes, patadas, forcejeo. Se hizo sombra con una de sus manos para poder ver bien y la vio a Paula con su locura en todo su esplendor. Mientras dos enfermeros, más dos oficiales intentaban sostenerla para poder sedarla. Iría directo al hospital psiquiátrico del cual jamás debería haber salido.

Brendan fue llevado primero a la ambulancia para ser revisado. Le limpiaron la herida en la sien, no era lo suficientemente profunda para sutura pero sí para estar atento y controlarla. Era tal su impotencia y su bronca, que le temblaba el cuerpo, apretaba las mandíbulas y trataba de contener las lágrimas de odio que sentía en ese momento hacia esa mujer.

Luego de ayudarlo a vestirse con ropa que Nora les había facilitado de una corrida hacia la casa, lo llevaron a la estación policial a prestar declaración.

Sabía que a partir de ese momento todo cambiaría y la justicia estaría a su favor.

Algo muy dentro de él se negaba a reconocer su fracaso y frustración, había vuelto a confiar en ella. Por unos cuantos meses había creído que todo volvería a la normalidad, si es que eso fuese posible. Con Paula nunca se sabía qué podría llegar a suceder. Era una bomba de tiempo.

Estaba tan cansado y desahuciado que tuvo unas casi incontenibles ganas de salir corriendo de ese lugar en donde sintió que lo estaban interrogando, haciéndolo sentir que él tenía en parte la culpa de su actuar; tal vez era una simple operación de rutina.

Luego de un largo rato bajo la ducha, logró calmarse. Nora lo esperaba en el living de su casa con una taza de té de hierbas relajantes en mano.

—¿Otra vez? Pensé que estaba mejor.

—Sinceramente yo también. Estoy desorientado, no sé qué hacer. Ni cómo seguir. No es justo para nadie y menos para Kevin.

—Bueno, por ahora, va a estar adentro de la clínica por un tiempo, eso te

dará un respiro para poder ordenar tus cosas o lo que quieras hacer.
¿Qué quieres hacer ahora?

—El té es más que suficiente, muchas gracias, amiga. No sé qué haría sin tu ayuda, siempre estás para salvarme.

—Hoy por ti, mañana por mí —dijo y le dio una palmada en el hombro.

Le dolía ver a su amigo golpeado, repitiendo la historia.

—No sé cómo escapar de esto, no sé qué hice para merecerlo, no quiero más, ya no doy más —dijo en un hilo de voz, y se largó a llorar, como un niño.

Su amiga tomó la taza de té que él estaba sosteniendo, la apoyó sobre la mesa ratona y lo abrazó, lo apretó contra su cuerpo, como queriendo descomprimirle parte del dolor. Como si pudiera ser posible.

—Todo se solucionará. Te lo prometo —le dijo al oído y lo volvió a cobijar con su abrazo.

Capítulo 3

Un año más tarde...

Julia salía apurada del Jardín donde iba su pequeña de cuatro años cuando escuchó que Leila le gritó desde adentro:

—¡Te amo, mamá! —emocionada, giró para ver a su hijita y cuando decidió seguir caminando hacia la puerta de salida, se chocó de frente con él.

—¿No miras por dónde caminas? —preguntó Julia acomodándose el rulo rebelde que siempre le tapaba un ojo.

—Tú eres la que no miras, vienes con el cuerpo hacia delante y la cabeza girada al mejor estilo el exorcista.

—Pero ¿quién te crees que eres?, si me veías venir caminando así, ¿por qué no te detuviste?

—Porque quería chocarme contigo —declaró él, con su mirada de cachorrito travieso y una media sonrisa.

Julia decidió seguir caminando; *que bueno está este tipo*, pensó. *Qué ojos hermosos*, y que atrevido había sido al decirle lo que le dijo, *¡atrevido y mal educado!*

Luego se preguntó por qué él le habría dicho eso... *Ya va a ver ese precioso creído, cuando vuelva a cruzármelo le voy a preguntar por qué se quería chocar conmigo, mejor no, o sí... o no, no quiero problemas con bellos engréidos*, sus vocecitas interiores siguieron hablando hasta que se dio cuenta de que ya estaba en la puerta de su casa.

Él entró al Jardín con el niño de la mano, quien había observado toda la situación sin emitir sonido. La maestra del niño lo saludó con una sonrisa bien amplia, y hasta se sonrojó al verlo.

—Buenos días, papá de Kevin, ¿cómo le va esta tarde? —él respondió solamente con una de esas sonrisas aniquiladoras, las cuales solían tener un efecto húmedo en las mujeres. Le dio un beso al niño y se lo entregó a su maestra.

Julia aprovechó su tiempo libre, mientras la niña no estaba, ocupaba esos momentos en actividades que le gustaba hacer y se fue a su clase de pilates. Al volver a su casa y luego de una ducha reparadora decidió llamar a su

amiga Dani para contarle lo sucedido en la puerta del jardín, solo a modo de comentario, y para tener una excusa para llamarla , *como si necesitara una excusa*, se dijo; hablaban todos los días y se veían cada tanto.

Dani le dijo que no hiciera nada con respecto a ese hombre, que ya demasiados problemas había tenido con su ex, y con los inútiles sucesores que solo duraron algunas salidas sin sentido, aunque de eso ya hacía bastante tiempo.

—Hace mucho que no tengo la suerte de cruzarme y chocarme con un hombre así, Dani —le dijo a su amiga haciendo un pucherito con la boca.

—¿Quieres que volvamos a enumerar punto por punto por qué no debes engancharte con ningún otro hombre que solo te parezca bonito?

—Ah, genial, para amiga, eres una gran enemiga, cariño. —Contestó sarcásticamente.

—No seas bobota, quiero que estés bien, y sabes que te adoro, a ti y a mi sobri.

A pesar de estar casi en desacuerdo con su amiga, Julia reconoció que debía bajar su nivel de ansiedad.

Daniela era su cable a tierra, se habían conocido hacía más de seis años en la corte, mientras Julia hacía el trabajo de intérprete de un acusado de narcotráfico árabe. Daniela era la abogada demandante. Luego de varias y extenuantes sesiones, el árabe debió escuchar la traducción de Julia, donde lo condenaban a unos cuantos años de prisión, sin probabilidades de salir “bajo fianza”. Julia debió traducir todas las quejas, y maldiciones mezcladas con plegarias que murmuraba el acusado. En el momento que el juez dio por finalizada la sesión, las dos mujeres se miraron y respiraron profundo. Ese fue el comienzo de una hermosa amistad. Se fueron a tomar un café, se dieron cuenta de que vivían relativamente cerca una de la otra y que tenían gustos afines.

A la tarde, Julia estuvo parada en la puerta del jardincito, vestida con su jean favorito que le marcaba bien sus curvas y una remera blanca ajustada que hacía justicia con su delantera. Su cabello, como siempre, estaba desordenado, porque sus rizos rebeldes lograban vencerla todo el tiempo. Miraba concentrada hacia la entrada del lugar a la espera de Leila, cuando sintió que detrás de ella, muy cerquita, alguien le susurró:

—¿Podemos volver a empezar?

Julia se paralizó porque creyó sentir el aliento de ese hombre en su cuello, un escalofrío le recorrió desde la cabeza hacia sus hombros, y su corazón danzó contento. Inspiró y giró.

—Sí —ese simple monosílabo fue todo lo que salió de ella mientras trataba de disimular el lío que era todo su ser al sentirlo cerca.

Él le tendió la mano presentándose

—Soy Brendan Connolly —le dijo escondiendo su propio temblor interior que sintió al tocarla.

—Julia Rivera —logró vocalizar altiva mientras enderezaba su cuerpo y peleaba con su interior para no demostrarle que la derretía por dentro.

—Un gusto, Julia —sonrió Brendan.

—El gusto es mío —respondió, intentando en vano, escapar de su mirada y de su sonrisa, era hipnótico.

Él no le soltaba la mano, se miraron a los ojos por unos segundos, cada uno tratando de descifrar de qué color eran los ojos del otro. Hasta que el bullicio de la salida de los niños los volvió a la realidad.

Ella se soltó de su agarre en un rápido movimiento y volvió la vista hacia la puerta de salida de los pequeños. No lograba entender cómo ese hombre al que apenas había visto en dos oportunidades, la encandilara tanto, le movilizara su naturaleza de mujer y le hiciera vibrar el cuerpo con solo tocarla.

Él se metió las manos en los bolsillos del jean mientras esperaba a su hijito. Su corazón le volvía a hablar en un dialecto que le había hablado hacía un tiempo atrás pero que ya no recordaba. Su cuerpo vibraba y sus manos todavía le picaban de los chispazos que había sentido al tocarla.

Julia vio que Leila salía casi abrazada a un niño.

—¡Hola, mamá! ¡Este es Kevin!

—¡Hola Kevin! ¿Cómo estás? —saludó mientras le acariciaba la cabeza al nene.

—Bien Julia, ya sé que te llamas Julia, mi papá y Leila ya me contaron.

Kevin se fue directo a los brazos de su padre, que para el asombro de Julia era Brendan Connolly.

—¡Mamá, mamá! ¿Puede venir Kevin a jugar a casa? ¡¡Porfis, porfis!! ¡¡Un ratito nada más!! ¡¡Porfis!! —pidió la niña juntando las palmas de sus manitos en forma de plegaria.

Julia se animó a volver a mirar a los ojos a ese hombre. Brendan estudió su mirada regalándole un guiño, se sonrieron por primera vez y ella asintió en

un gesto dulce y suave.

El sol de otoño le acariciaba el rostro, le embellecía las facciones y le pintaba los ojos de un color más claro. Estaba seguro de que ella era aún más bella por dentro.

Los niños observaron y estudiaron cada movimiento de gestos de los adultos y en cuanto vieron que la mamá asintió, comenzaron a dar saltitos y a gritar de emoción.

—Brendan —habló Julia—. ¿Quieres que lo lleve yo y lo vienes a buscar en un rato?

—Tengo una mejor idea —dijo él, volviendo a guiñarle un ojo—. ¿Por qué no vamos a la plaza que esta acá a dos cuadras y nos conocemos un poco? Los niños que escucharon empezaron a gritar al unísono—. ¡¡¡Di que sí, di que sí!!!

Los adultos se observaron en silencio, él le sonrió y ella, al ver las arruguitas alrededor de sus ojos, no tuvo más remedio que aceptar, *por un ratito*, se dijo a sí misma. No le hacía mal a nadie, por el contrario, iba a poder conocer a este hermoso hombre y los niños estarían contentos de poder jugar un rato.

Llegaron a la plaza con arenero y juegos. También había sillas y mesitas esparcidas por el lugar. Ella eligió una mesa cerca de los juegos para tener una buena visión de los niños mientras disfrutaban. Brendan, en vez de tomar asiento le dijo a Julia que volvería en unos minutos.

Ya sentada en uno de los bancos de la plaza, lo observó irse, pensando: *“qué rico trasero que tiene, ese jean le queda perfecto, le marca los músculos de las piernas y ese culito hermoso para darle un mordisco”*.

—¡Mamááááááá! —escuchó que Leila la llamaba, despertándola del hipnotismo de ver el culo de Brendan.

Cinco minutos más tarde Julia estaba llena de arena, toda despeinada; los niños habían hecho tiro al blanco y ella se dejó llevar, por dentro era una niña más y le encantaba disfrutar de esos momentos con su hija.

Brendan volvió de la panadería con unas facturas y con un par de cafés y chocolatadas, la miró entre asombrado y divertido; ella no sabía qué arreglarse primero, si el pelo todo desordenado o limpiarse la arena que tenía por todos lados. Logró pararse, dejando a los niños que siguieran con su juego y caminó lo más derecha que pudo hacia ese hombre que cada minuto que pasaba le parecía mas sexy... *“será que hace mucho que no tengo trato con alguien que me erice la piel de solo mirarme”*.

—No sabía cómo te gustaría el café, así que opté por un capuchino y un cortado, puedes elegir, a mí me gustan los dos por igual.

—Si me das a elegir, el capuchino me encanta, gracias.

Pasaron una hora divertida, con las ocurrencias de los niños, merendando, viéndolos jugar, hablando de los pequeños, siendo este el tema principal del rato tan ameno que disfrutaron. Ella se preguntaba cómo era posible que él no estuviera en pareja, en realidad estaba asumiendo que no la tuviera. Él se preguntaba, por qué esa encantadora mujer estaba sola con su niña... Ninguno de los dos se atrevió a vocalizar esa duda.

Leila y Kevin se dijeron adiós mientras Kevin subía al auto de su papá que había quedado estacionado a una cuadra del jardín y a una cuadra de la plaza.

—¿Estás segura de que no quieres que las lleve hasta tu casa? —preguntó Brendan por cuarta vez.

—No, gracias, solo tenemos que caminar dos cuadras y llegamos, además si no los separamos a estos dos pequeñitos no se qué vamos a hacer.

—Cenar es una buena alternativa —sugirió Brendan con voz un tanto ronca, y sin que los niños escuchen.

—Esta noche no podemos, Lei se va con sus abuelos, le prometieron noche de películas, en un ratito la pasan a buscar.

—OK, será otro día entonces —dijo resignado.

Brendan la miró con una sonrisa ladeada, ella creyó derretirse. Pero respiró hondo, lo miró y trató de calmar sus latidos. Él se acercó para darle un beso en la mejilla, beso que dejó ardida la piel de Julia y pidiendo más.

Capítulo 4

Esa noche, Julia sola en su casa recordó su tarde, hacía varios meses que no se daba permiso para sonreír con otro hombre. Quería volver a verlo y preguntarle lo que le daba vueltas en su cabeza, lo que él le había dicho: “*porque quería chocarme contigo*”. ¿Cuál sería su explicación? O simplemente era un chiste de alguien muy engreído; al charlar con el no tuvo la impresión de estar con un pedante ni nada por el estilo. Le pareció un hombre simple, con valores, buenos modales, hermosa forma de expresarse, impactantes ojos celestes, hermoso cabello, y ni hablar de su figura, fibrosa, masculina.... *¡Basta!* Se dijo a sí misma, *que no tengo con quien consolarme.... Bueno... tal vez sí,* y sus ojos fueron en dirección a su ropero, en el cual guardaba algunos juguetes. El sonido del teléfono de la casa la sobresaltó y corrió a atender, nunca lo encontraba; mientras lo buscaba se chocó con la mesita del living y al agacharse para agarrarse el pie, vio debajo del sillón, a ese maldito teléfono...

—Hola —dijo Julia en tono seco y adolorido.

—Em, hola. ¿Julia? Perdona mi atrevimien...

—¿Quién habla? —contestó mientras gimió al ver que su dedo del pie se estaba inflamando.

—¿¡Julia?! ¿Qué te pasa? Soy Brendan... ¿estás bien? —preguntó, sintiendo que tal vez había sido una muy mala idea llamarla.

—¡Brendan! Sí, sí, estoy bien, simplemente me acabo de tropezar, pero no es nada, solo un pequeño golpe en un dedo, que se está inflamando demasiado para mi gusto... y esta tomando un color... —dijo al mirarse y sin evitar el asombro.

—¡Julia! ¡Hielo ya! —ordenó Brendan.

—Sí, sí, estoy en eso, ¿qué querías? ¿Por qué me llamaste? —dudó Julia, pero preguntó igual, contenta, asombrada y por unos segundos se olvidó del dolor de su pie.

—Quería saber si ya habías cenado, me dijiste que ibas a estar sola, o al menos eso fue lo que yo interpreté; y me preguntaba si te gustaría venir a cenar a casa, Kevin está con su abuela y yo estoy cocinando una de mis delicias.

Julia estaba anonadada, ese hombre la iba a volver loca, todo iba demasiado rápido, además, su cabeza giraba en torno a una idea coherente para dilucidar de dónde habría sacado su número, ella no recordaba habérselo dado.

—¿Brendan? ¿De dónde sacaste mi número?

—¿Es eso un sí? —respondió sonriente y continuó—, del cuadernito de comunicados de Kevin, hay una lista con los números de los padres de los niños.

—Ah... *qué idiota que soy...* bueno es que... ahora me acabo de golpear, y sinceramente me duele y no sé qué decirte, no sé dónde vivís, no sé si puedo manejar, aunque podría tomar un taxi, ¡*cállate tonta!* ¡*Estás pensando en voz alta!*

—¡Julia!

—¿Qué?

—En cinco minutos te paso a buscar —dijo Brendan y terminó la conversación.

—Pero... no estoy... ¿hola? ¿Hola?

Cinco minutos, se dijo Julia y llegó al baño dando saltitos, sintiéndose terriblemente emocionada, se bañó, se perfumó, y vistió con una remera escotada y un jean ajustado; como pudo, se calzó unas sandalias sin taco, y para cuando terminó de pasarse brillo labial, sonó su timbre.

Tomó su cartera, una chalina y cerró la puerta detrás de ella.

Al verla salir con un pequeño rengueo, Brendan corrió a ayudarla, la levantó por la cintura y la subió al auto.

—Hola —le dijo él con semblante preocupado.

—Hola —contestó ella tímidamente, no tenía a su hijita de escudo, estaba sola.

—¿Cómo está tu pie? ¿Me dejas verlo? ¿Quieres que te lleve a emergencias para que lo vea algún profesional?

—Está mejor, simplemente me duele un poco, creo que no hace falta...

Julia elevó su pierna para dejar su hematoma a la vista de Brendan, ella sintió su mano firme y suave, se notó agitada. Con una caricia, él le dejó bajar el pie.

—Creo que en unos días va a estar mejor, si te sigues poniendo hielo o alguna crema —le sugirió, tratando de disfrazar la emoción de haber tocado su piel.

—Ok —murmuró a secas, y miró hacia la ventanilla, preguntándose qué sería de ella esa noche, ¿cómo haría para esconder la ansiedad que sentía cada vez que lo veía?, ¿cómo reprimiría las ganas de acorralarlo y besarlo?; eso era en todo lo que pensaba su alterada mente cada vez que lo tenía cerca.

El trayecto hacia la casa de Brendan fue corto y silencioso, ella creía que sería más largo, pero resultaron ser casi vecinos. *¿Cómo puede ser que nunca lo había visto?*, se preguntó, hace más de cinco años que vivo acá y hace una semana ni sabía que existía. Había pasado por el frente de esa casa muchísimas veces y jamás se lo había cruzado en su camino.

La ayudó a bajar del auto y quiso levantarla para llevarla dentro, ella no lo dejó, le dijo que estaba bien y que podía sola. Julia sabía que si él la volvía a tocar no podría contener las ganas que tenía de sentirlo.

Cruzaron la puerta principal y el olor a jengibre mezclado con limón la hipnotizó, agudizó casi todos sus sentidos. Lo siguió hacia la cocina, y él con una reverencia le dijo:

—*Voilà* —destapando una olla—, pollo al jengibre a lo Connolly —dijo lleno de orgullo.

La cena transcurrió tranquila, charlaron de las dotes culinarias de él, del no gusto por cocinar de Julia. Del clima y de trivialidades.

El pollo estaba delicioso y el vino blanco también, Julia se agradeció a sí misma por haber aceptado la copa de vino, ya que la ayudó a relajarse, le eliminó la ansiedad y hasta creyó que el dolor del pie había menguado.

Terminaron de cenar y él la invitó al living a mirar un rato de TV. El sillón era amplio y comodísimo, el ambiente era exquisitamente acogedor, se sintió como en su casa y se relajó aún más.

—¿Te puedo preguntar algo que me dio mucha curiosidad? —dijo Julia con una sonrisa tímida en su rostro

—Sí, claro —me atrae que seas curiosa.

—El día que me chocaste en la puerta del jardín, ante mi pregunta, me respondiste: “porque quería chocarme contigo”, ¿por qué querías chocarte conmigo?

—Porque sí, te vi el primer día de clases de los chicos, cuando llegaste toda apurada, casi corriendo, te tropezaste y se te rompió el taco de un zapato, te reíste a carcajadas, te descalzaste y seguiste caminando para buscar a tu hijita. Saliste con una sonrisa, el zapato en una mano y tu hija de la otra, las dos riéndose mientras probablemente le contabas lo que te había sucedido. Ese día me prometí que te iba a conocer. ¿Satisfecha con la respuesta? —

inquirió Brendan evitando una carcajada.

Julia no salía de su asombro y no terminaba de procesar todos los datos que él le había descrito, recordaba esa tarde como una tarde de locos, pero no recordaba haberlo visto, habían pasado varias semanas desde ese día.

Ella lo miró, bajó su cabeza y se sonrió.

—Creía que nadie se había percatado de mi pie descalzo, pero ahora lo sé, siempre hay alguien que es más curioso que uno. ¡Cómo te habré hecho reír!

Brendan estaba inquieto, ansioso y feliz de tenerla con él y para él. Solo le tomó la mano y le besó la palma; el contacto de sus labios sobre su piel fue lento y suave. Un beso de esos que hacen que se nos ilumine el universo.

El corazón de Julia saltó contento al sentir ese cosquilleo. Cerró los ojos y disfrutó de ese contacto dulce y caballeroso que le hizo erizar la piel, se mordió el labio inferior y respiró hondo para controlarse. Lo miró a los ojos, que por lo visto habían observado toda la escena de su reacción. Alejó su mano, se levantó y caminó rengueando hacia una ventana. Al dar el tercer paso, lo sintió detrás de ella, no la tocaba pero lo percibía, volvió a cerrar los ojos cuando él le dijo al oído—: Tenía ganas de volver a sentir que se me eriza la piel; y contigo, eso es lo que me pasa.

—Llévame a mi casa por favor —suplicó Julia.

—Sí, es lo mejor —respondió él.

Esta vez, el recorrido de vuelta a su casa fue larguísimo, Julia se debatía entre el miedo a abrirse a alguien una vez más y la necesidad de sentirse mujer. No sabía cómo explicarle que moría de ganas de sentirlo pero que su anterior mala experiencia la paralizaba.

Brendan también sufría una lucha en su interior. Estaba enojadísimo consigo mismo por haber actuado de esa manera, tan rápido con ella. Y, a la vez, tenía miedo, mucho miedo, tenía la sensación de que ella era una buena mujer y que tal vez era para quedársela, pero ¿cómo se puede volver a empezar cuando uno está tan lastimado por dentro?

La ayudó a bajar del auto y en la puerta de su casa se despidieron cordial y cortésmente.

—Buenas noches, Brendan, gracias por la cena, estuvo deliciosa.

—Buenas noches, gracias por aceptar mi invitación, me encantaría volver a verte. Perdóname si te hice sentir incómoda.

—No es nada, no te preocupes —contestó ella forzando una sonrisa.

—Toma, acá tienes mi número de celular por si alguna vez necesitas algo —le dijo Brendan dejando en su mano una tarjeta personal.

Otra vez el contacto con la piel de ella lo volvió loco, cómo podía ser posible que le sucediera eso, con ninguna mujer le había pasado antes. Le sostuvo la mano y la miró, ella parecía estar padeciendo algo similar, pero no se lo preguntó, simplemente la soltó y la dejó ir.

Julia entró casi corriendo, olvidándose del dolor en el pie y fue directamente al baño, una ducha ayudaría a aclarar lo que le había pasado, le haría entender su propia reacción ante el contacto de ese hombre que la volvía loca con solo mirarla. Pero no podía entregarse así porque sí, solamente por el hecho de sentirse atraída. Tuvo unas casi inevitables ganas de llorar por su propia estupidez, pero no lo hizo, no valía la pena.

Logró conciliar el sueño luego de un té de tilo y la lectura de algunas páginas de un libro sobre el origen del lenguaje, amaba ese libro y lo disfrutaba como a pocos, pero a veces era tan denso en contenido, que la ayudaba a dormir.

Brendan la vio entrar y manejó hacia su casa, en el camino recibió un llamado de Camila, la mujer con la cual solo tenía sexo cada tanto, pero esta vez él no aceptó. Sentía que estaba mal si lo hacía.

¿Qué le había hecho Julia? Estaba idiotizado, tenía su sonrisa grabada en la retina de sus ojos. Se fue a dormir recordando su bella cara, sus mejillas coloradas y el tacto de su piel.

Julia se despertó sobresaltada a mitad de la noche, chequeó la hora: las cuatro de la madrugada, *“vuelve a dormir, tonta”*, se dijo. Se había mudado con su hija, cuando la niña tenía casi un año, le daba algo de pavor estar sola de noche en una casa tan grande y con grandes ventanales que, aunque estaban todos bien protegidos por gruesas rejas, cualquier cosa podría pasar, sobre todo desde que había escuchado a una vecina que le contó acerca de un robo a mano armada a unas pocas cuadras de su casa; mientras la familia dormía. Unos hombres encapuchados habrían entrado por la fuerza y los habrían metido a todos en el baño mientras les robaban todas las pertenencias.

Fue a la cocina a tomar un vaso de agua y ahí vio la tarjeta de Brendan y decidió hacerlo. Mandarle un mensaje de texto.... *“mejor no, ¿con qué excusa lo haría si había salido casi corriendo de su casa?”*. Retomó su lectura y volvió a dormirse.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, luego de seis horas seguidas de sueño, Julia se levantó despacio por miedo a que el pie le doliera. Para su asombro estaba mucho mejor, solo morado, que en unos días iría desapareciendo. Puso música, su carpeta favorita los días que le tocaba a estar sola: “*Buddha bar lounge*”.

El timbre de su casa sonó y ella, en bata espió por la ventana.

¿*Qué hace este tipo aquí?*, se preguntó.

Miró su cara en el espejo que tenía al lado de la puerta de entrada, se pasó las manos por las mejillas como para terminar de despertarse, peinó su cabello con sus dedos. El timbre volvió a sonar. Se ató la bata al frente y sonrió al abrirle la puerta.

Él se acercó hasta quedar cerca de ella. Muy cerca de ella.

—Hola, vine a ver cómo está tu pie hoy —saludó Brendan —, ¿es muy atrevido de mi parte venir así, sin previo aviso o sin invitación? —ella tuvo poca reacción. Solo lo dejó pasar.

Al pasar, él le entregó una taza térmica.

—Capuchino para ti.

—Gracias, ¡qué atento!

Él se acercó para saludarla con un beso, que ella aceptó poniéndole la mejilla, pero el beso rozó sus labios, haciendo que ella sonriera.

—¿Duele hoy? —volvió a preguntar para distraerla, moría de ganas de comerle la boca, el roce de sus labios lo había dejado con sabor a más.

—Sinceramente, no. Solo una pequeña molestia. Gracias. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, en diez minutos tengo que estar en la agencia, y ya estoy llegando tarde.

Ella sonrió y sostuvo el picaporte para abrir la puerta, él le tomó la mano y, mientras acercó su cuerpo al cuerpo femenino, le atrapó la mano llevándola hacia arriba de su cabeza.

Ella suspiró nerviosa, su pecho subía y bajaba con cada respiración entrecortada; apoyó la cabeza contra la puerta y esperó al próximo movimiento de Brendan.

Brendan solo le besó el cuello, dulce y tiernamente; estaba subiendo hacia el lóbulo de su oreja cuando un *ringtone* comenzó a escucharse. La soltó. Apoyó su frente a la de ella, y le acarició su nariz.

—Lo siento, debo irme.

Ella no pudo emitir sonido, le abrió la puerta y lo observó pasar.

Él subió a su auto, manejó hacia el lugar de trabajo, la sesión que debía hacer ese día necesitaba de toda su concentración, debía mostrarse serio, pero le costaba muchísimo desdibujar la sonrisa de su rostro.

Ella volvió a su mundo, con una partecita del mundo de Brendan en su mano, el capuchino que no esperaba, y en su cuello. Ese beso tan romántico que le había hecho arder la piel.

Fue directo a la ducha, pensando en él, la música la envolvía y transportaba a un pasaje erótico y exótico en el cual ella era la más sensual del mundo, donde su autoestima se elevaba caprichosamente haciendo que su cuerpo se perdiera en una danza sin testigos. Dejó que el agua acariciara su sensible piel lentamente, pensó en sus manos grandes y fuertes, en la suavidad de su piel, en su sonrisa; sintió un cosquilleo en la parte baja de su vientre, ahí, donde hacía tiempo no sentía nada, se dejó llevar por la música y le dio rienda suelta a su imaginación.

Sus manos, enjabonadas con la nueva espuma que se había autoregalado, jugaron por todo su cuerpo hasta que un orgasmo la sorprendió reprimiendo un grito de placer.

Hacía meses que no era capaz de conectarse con su cuerpo. Esta vez lo había logrado y estaba casi satisfecha, solo le habría gustado que las manos tocándola hubieran sido las de Brendan y no las de ella.

Se llevó una taza de café al escritorio y siguió con su trabajo de traducción que tenía que entregar en una semana.

Sus teléfonos no sonaron, ni siquiera un mensaje. Ella esperaba inconscientemente un mensaje de él, pero se dio cuenta que nunca le había dado el número de su móvil.

A las cinco de la tarde tenía que pasar a buscar a Leila por el jardín, se sentía ansiosa, expectante, nerviosa y se había puesto hasta su perfume favorito, porque sabía que Brendan iba a estar ahí, en la puerta.

Al menos eso creyó. Él no estaba ahí y Kevin se fue de la mano de una señora mayor.

Leila la llenó de besos haciéndola olvidar de todo y volvieron a su casa a merendar juntas. Tenían una rutina que disfrutaban. Mientras Leila tomaba un

té con leche y Julia unos mates, miraban alguna película que elegía cada una, día por medio. Esa tarde, la elegida por Leila era *Enredados*, quien, para ver esa película, se ponía una peluca larga como si ella fuera la princesa. Luego, irían al supermercado y planearían una rica cena.

Al mediodía siguiente, tuvo que dejar a Leila en lo de sus padres para que le dieran el almuerzo y la llevaran ellos al jardín porque tenía una entrevista con un potencial cliente.

Estuvo con la mente tan ocupada con el cliente, y tan dedicada a su trabajo que se le hizo tarde para ir a buscar a su hija al jardín, le tuvo que volver a pedir a sus padres que le hicieran el favor de buscarla ellos, quienes aceptaron contentos, hasta las invitaron a cenar. Para que se quedara tranquila y pudiera continuar con su trabajo. Sabía que podía contar con ellos siempre.

Antes de ir a cenar con su familia, decidió sentarse dos minutos a tomar un té, tenía que respirar por un rato, había tenido que cancelar su clase de pilates y realmente estaba exhausta; en el tiempo en que tomaba ese té, se visualizó en la ducha, no lo dudó y corrió al baño, en el camino hacia el baño, escuchó que sonaba el teléfono de línea de su casa, atendió pensando que podría llegar a ser su madre comentándole algo acerca de Leila. La voz no era la de su madre.

—¿Interrumpo algo?

—¡Una ducha que estaba a punto de tomar!

—Quiero verte. ¿Estás sola?

—Sí, pero por unos minutos, me voy a cenar a lo de mis padres, Leila está con ellos y la cuidaron casi todo el día.

—Quiero verte, ¿puedo pasar en diez minutos? O te llevo hasta lo de tus padres.

—Ok, en diez minutos estoy lista —mintió, diez minutos no serían suficientes, pero haría lo mejor y más para estar divina, la última vez que la había visto había sido en bata... podía hacer algo para borrar esa imagen.

Jeans, botas y un sweater, cabello suelto y su perfume favorito para esperarlo, se estaba pasando brillo labial cuando escuchó el motor de un auto apagarse en la puerta de su casa.

Le abrió la puerta, dejó que le besara la mejilla, lo invitó a pasar a la

cocina, le sirvió una copa de cognac que él aceptó sin emitir sonido. Ella no quería que él se acercara más, él quería estar sobre ella aunque le daría espacio, le gustaba el juego del gato y el ratón, hacía mucho que no lo jugaba, le faltaba práctica.

—Te ves cansada, ¿estás bien?

—Sí, ha sido un día largo. ¿Qué tal estás tú?

—Muy bien, aunque me lo has complicado en el trabajo. Tenía que estar serio y me costó muchísimo concentrarme. Todo por tu culpa.

—¿Mi culpa? No, señor, yo no me hago cargo de sonrisas ajenas —tomó un sorbo de su copa mientras sonreía y pensaba en lo hermoso que se veía esa noche.

—Yo quiero —dijo, dejó la copa sobre la mesa de la cocina y se acercó a Julia—, quiero volver a besar tus labios, sin que escapes, sin que me pongas una copa en la mano para que esté ocupado.

—¿Tanto se ha notado? —preguntó haciéndose la sorprendida y dando un paso atrás, él estaba realmente cerca.

—Muchísimo —le sacó la copa de la mano, la apoyó donde pudo y la tomó de la cintura—. ¡Qué rico hueles! ¿Te perfumaste para mí?

—¿Puedo mentir?

—Jamás me mientas. Por favor.

—Sí, me lo puse pensando en ti.

—¿Qué otra cosa has hecho pensando en mí?

—No mucho —pensó que una mentira piadosa no le hacía mal a nadie, tampoco se iba a desnudar frente a él de esa manera contándole que se había masturbado en la ducha pensando en él. De ninguna manera—, he estado muy ocupada, esa es la verdad dijo y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Sentía la hombría de Brendan demasiado cerca para escapar. Sabía que se venía lo inevitable, no estaba segura de querer escapar.

Lo miró a los ojos y le sonrió entregada a sus revoluciones internas, apenas lo conocía y ya tenía muchísimas ganas de tener todo con él, muy loco para su cabeza analítica.

—Ven aquí —la apretó contra su cuerpo y le apoyó su virilidad. Qué bien se sentía ese hombre; él le hizo apoyar su cara en el hueco de su hombro y cuello, se percató de la temperatura de su piel, qué calentito que estaba, la hacía desear besarlo todo y dejarlo todo marcado.

—¿Qué piensas? —preguntó él al escuchar un suspiro que se escapó de ella.

—En la temperatura de tu piel, me encanta. Y debo agregar que también me atrae mucho tu fragancia.

—¿Solo la fragancia te atrae de mí? —preguntó curioso—. Quiero la verdad, por favor, nunca te olvides de eso.

Ella no pudo evitarlo.

—Siento muchísima curiosidad, quiero saber qué esconde este hombre frente a mí que, de un día para el otro, no ha parado de estar presente. Me atrae tu perseverancia.

—Buena respuesta —dijo y la besó sin preámbulos, su lengua entró en su boca sin permiso y se hizo lugar para encontrar la lengua de Julia y hacerla danzar. Sus manos no dejaban de acariciar el cuerpo femenino; esas curvas delicadas lo desesperaban.

Ella le devolvió el beso con pasión y soltura. La habitación se llenó de gemidos, respiraciones entrecortadas, bocas hambrientas comiéndose a besos.

Habían perdido completamente la noción del tiempo, cuando el móvil de ella sonó por segunda vez, la primera vez, lo había obviado.

—Sí, mamá, ¿qué sucede? —Dijo algo agitada atendiendo a su madre que le hablaba desde el otro lado de la línea. Brendan no dejaba de acariciarle el cuello con su palma que le quemaba la piel.

—Leila se está quedando dormida y creo que tiene unas líneas de fiebre, ¿quieres que se quede aquí o quieres venir a buscarla? Por mí no hay problema, el tema es que pregunta por ti.

—Ya voy —dijo, cortó la comunicación al mismo tiempo que tomaba esa ardida mano en su mano y le daba un beso en la palma—. Debo irme, Lei está con fiebre y tiene mamitis.

Él se separó unos centímetros, le dio un beso en la frente.

—Todo va a estar bien. No te preocupes, ¿quieres que te lleve?

—No, gracias, solo acompáñame al auto.

Tomó su abrigo tejido, se lo puso sobre los hombros, y cerró la puerta de entrada detrás de él.

Caminaron en silencio hasta el auto de ella, él le abrió la puerta y le volvió a besar los labios, sabían tan, pero tan ricos que no se imaginaba pasar horas sin volver a besarlos.

—Gracias.

—A ti. Te llamo en un rato para ver cómo sigue Lei y si necesitas algo.

—¡Espera! No te he dado mi número, anótalo rápido —se lo dictó y puso primera para ir en busca de su niña.

Llegando a la casa de sus padres, la esperaba su madre en la puerta, con la niña dormida en sus brazos.

—Para mí, tiene fiebre, pero tal vez sea cansancio y tal vez te extrañe — comentó su madre, quien cuando le miró la cara a su hija, sonrió y acotó —, ¿en qué andas? Te ves radiante a pesar del día que dijiste que habías tenido.

—No es nada, tomé una copa de algo rico, debe ser eso. Dame a la niña, ya la subo al auto.

Subió a la pequeña en el asiento trasero, la recostó en la sillita, le ajustó el cinturón y se despidió de su madre quien había, en cuestión de unos pocos segundos, ido de una corrida hacia la casa para llenarle una fuente de comida.

—Toma, para cuando se despierte con hambre, y para ti. Seguramente no has cenado.

—Muchas gracias, mami, gracias por ocuparte de mi niña hoy. Hasta mañana.

Le dio un abrazo y subió al auto para emprender el retorno a su hogar.

Una vez dentro de la casa, acostó a la niña que seguía durmiendo y se fue a comer algo de lo que su madre le había enviado. No dejó de pensar en ningún momento en Brendan.

Cenó sola y se fue a descansar.

Capítulo 6

Leila al otro día se levantó como nueva, Julia creyó que se iba a encontrar con Brendan al día siguiente pero no corrió con esa suerte, ni el próximo día ni el otro.

Fueron pasando los días sin tener noticias de Brendan, Julia no se animaba a mandarle mensaje, si no lo había hecho los primeros tres días en que no lo había visto, tampoco lo haría ahora, “*qué ilusa*”, se decía a si misma. Crear falsas expectativas nunca es lo correcto decía su abuelita. Pero, ¿qué habría sucedido? ¿Cómo puede alguien desaparecer así porque sí?, tenía varias hipótesis danzando en su cabeza, le preguntaría a Leila si Kevin le había dicho algo de su papá, mejor no, ¿para qué involucrar a los pequeños?, llamaría a su amiga Dani por enésima vez para crear una nueva hipótesis. No serviría de nada, solo esperaría un día más y lo llamaría a su casa. Simplemente porque estaba preocupada.

A los ocho días de haberse despedido y no haber tenido noticias de él, decidió llamarlo, era viernes a la mañana, estaba sola, relajada, acababa de entregar su traducción y tenía unos días libres, entonces marcó su número, el de su casa, nadie contestó, no quiso volver a insistir, tenía miedo de ser rechazada, tal vez ya había sido rechazada por él, y por eso no lo veía más. No lo entendía, entonces, su carácter testarudo hizo que sus dedos teclearan un mensaje de texto:

Hola, soy Julia. ¿Cómo estás?

Nada, esa fue la respuesta, ningún sonido de regreso, ningún: “¿bien, y tú?”. Un insoportable silencio.

Su orgullo de mujer lo mandó al diablo, pero su sexto sentido femenino le decía que algo estaba mal, algo había sucedido y ella no lo sabía, simplemente esperaría, como había esperado tantas veces, para ser acariciada.

Esa misma noche en la que Brendan había dejado a Julia en la puerta de su casa y luego de haber rechazado a Camila por tercera vez, se decidió por

tomar un trago de whisky para relajarse y dejarse llevar, recordando la escena que acababa de vivir, todavía sentía el cosquilleo en sus labios por haberla besado.

Unos golpes en la puerta de su casa lo sacudieron y despertaron de sus emociones varoniles.

—¡Abre la puerta, hijo de puta, o te la tiro abajo!

Seguido de los gritos escuchó que algo contundente como una piedra repiqueteó en su puerta, y otra cosa rompió un vidrio de una de las ventanas del frente de su casa.

—¡Sal de tu guarida, mal nacido! ¡Muestra tu cara!

Esa voz la conocía, lo hacía temblar de dolor y de ansiedad, le daba miedo y furia a la vez, quería olvidarla y no volver a escuchar esos gritos de esa mujer que alguna vez le había hecho tanto daño.

“*No puede tener el alta médica, se debe haber escapado*”, se dijo a sí mismo.

El cambio de su cuerpo luego de dar a luz a Kevin, no solo había destruido su ego y por ende su autoestima sino que también había tenido que soportar el maltrato en las casas de alta costura para las cuales estaba acostumbrada a trabajar.

Brendan, comenzó a temblar, teniendo varios déjà vú del pasado, esa mujer lo había hecho sufrir demasiado.

Decidió llamar a una ambulancia, porque en ese estado era imposible entablar algún tipo de diálogo, todo se repetía, y ella tenía prohibido acercarse. Agotado estaba de sobrevivir a episodios similares, en los que ella lo atacaba, maltrataba psicológicamente y luego de los gritos venían los golpes o cosas rotas, todo rebotaba en su cuerpo. Los especialistas eran los únicos que lograban calmarla.

La ambulancia tardó solo cinco minutos, lo que ella tardó en romper más vidrios, entrar a la casa a patadas, cortándose con los vidrios que caían al suelo a su paso, sacarle el teléfono inalámbrico de Brendan y corriendo al baño para tirarlo por el inodoro. Era un tsunami imparable.

Lograron sedarla y la llevaron de nuevo al lugar de donde se había escapado.

Brendan dialogó brevemente con su psiquiatra y el profesional le comentó que había tenido una crisis al recibir un llamado telefónico de una amiga, que probablemente le habría comentado algo que a ella no le gustó en absoluto.

Cuando él logró tranquilizarse, luego de un baño caliente y más whisky, decidió escribirle un mensaje... no sabía lo que le iba a escribir, solo lo que le viniera a la mente, esa mujer le daba valentía y de cierta manera paz, o al menos algo parecido pero no se animó, no creía estar dispuesto a abrirse en cuerpo y alma, no aún. Además, era de madrugada, y no quería despertarla, o asustarla, ¿qué podría decirle? *Hola, soy Brendan, tengo una ex que está completametne loca, que no me deja vivir en paz...* Descartó por completo la idea. Aunque su línea de pensamientos continuó: *Podría haberte pedido volver a verte.* Imposible, no lo haría.

No entendía cómo podía suceder que cada vez que soñaba despierto con ella, algunos de sus aparatos de telefonía sonaba y lo sacudían de su mundo de ensueños.

La mañana siguiente tuvo que viajar hacia Dublin, el llamado de su tío había cambiado sus planes de entablar algún tipo de relación inmediata con Julia; había tenido que dejar a Kevin con su abuela a quien le tenía suma confianza, con todos los recaudos necesarios y una lista interminable de recomendaciones.

Al arribar en el aeropuerto de Dublín, se le llenó el pecho de sentimientos encontrados, la última vez que había pisado ese lugar, era un hombre completo y feliz, iba a ser padre, estaba enamorado y su carrera estaba en el mejor momento. Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a una pareja reencontrándose en un abrazo. Él había estado en ese mismo lugar, que ya formaba parte de su pasado, de los pocos recuerdos bonitos, opacados por momentos de locura y terror, de gritos y golpes. Tragó saliva, respiró profundo, y dibujó una sonrisa al ver a su tío sosteniendo un cartelito con su nombre escrito. Qué avejentado estaba ese hombre, cuánto lo quería.

Cuando estuvo a unos centímetros del viejo, dejó su maleta en el suelo y lo abrazó sin miedo de partirlo en pedacitos.

—“Céad míle fáilte” —le dio la bienvenida su tío.

Abrazo que terminó en palmadas en la espalda de cada uno y lleno de preguntas que irían siendo respondidas a medida que las horas pasasen. La más importante fue respondida al instante y fue acerca de Kevin, el pequeño que llevaba como insignia el mismo color de ojos de todos los hombres de apellido Connolly. Mientras disfrutaba del paisaje gris y del clima

completamente diferente al de Buenos Aires, emprendieron viaje hacia el centro de la ciudad, donde se encontraba la casa donde había vivido los primeros años de su infancia.

Ya había sido informado por teléfono de la situación con la que se tendría que enfrentar en cuanto arribara: una gran pérdida, su abuelo había muerto.

Ese hombre al cual admiraba, adoraba y del cual había heredado sus mejores virtudes, había quedado dormido para siempre, y como bien precavido que era, le tenía varias sorpresas preparadas, incluyendo su herencia; con algunas condiciones, la mayoría simples por cumplir, solo una le quitaría el sueño pero no tenía fecha de caducidad; por lo tanto, solo tendría que enfrentarlo y solucionarlo.

Al llegar a la casa, se encontró con algunos familiares que estaban ya listos para acompañarlos al sepelio. Luego celebrarían al mejor estilo Irlandés. Con bebidas y gaitas. Hubo muchos abrazos de sus familiares, amigos, conocidos y algún que otro periodista de tabloides.

Su abuelo había sido uno de los más importantes agentes de bienes raíces de la ciudad, gracias a su visión futura había logrado aumentar su fortuna año a año. Cuando se enteró de la llegada de Brendan a su vida, decidió que él sería el hombre que heredaría su fortuna en el momento de su partida.

Brendan, ya solo en la habitación de su infancia, logró relajarse llenando sus fosas nasales con el aroma típico de su barrio: la cebada, la levadura, la cerveza, a solo pocas cuadras se encuentra la fábrica de la cerveza negra más reconocida en el lugar... y la recordó a ella, a Julia, recordó sus ojos color verdes con destellos dorados, su sonrisa, todavía tenía la sensación de haberla tocado, necesitaba verla, hablar con ella, acariciarla, besarla y hacerla suya.

Julia siguió con su trabajo, pasaba horas frente a su ordenador, realizando traducciones, tomaba más trabajo del que su mente podría porque necesitaba no pensar en él, o en sus ojos celestes ni en su sonrisa hermosa, ni en su voz... esa voz que cada tanto creía rememorar en su mente... en sus oídos, ¿qué le habría pasado? Tenía muchísimas ganas de ir hasta su casa, pero no quería que la tomara como una cualquiera, como una atrevida, no quería invadir su privacidad.

Sonó su teléfono de línea... y la volvió a la realidad.

—¿Hola?

—Buenas tardes, señora Rivera, ¿mamá de Leila?

—Sí, ella habla —respondió Julia ya asustada.

—La llamamos del jardín, no se alarme, pero Leila no se siente bien, le pedimos por favor que la venga a buscar.

—¿Qué sucedió? —preguntó, por de más, preocupada.

—Señora, no se preocupe, es solamente un momento de angustia y la necesita a usted.

—OK, salgo para allá —mientras decía eso, ya tenía las llaves de su casa en la mano.

Tomó su cartera, las llaves del auto y manejó lo más rápido que pudo. Cuando llegó, vio un auto de color parecido al de Brendan, pero no podía ser se dijo, a esta hora, qué casualidad, todavía no es la hora de salida de los nenes, falta más de una hora.

Estaba entrando a una sala donde le indicaron que esperara a la niña, cuando lo vio, su corazón latió fuerte, y ella creyó que el sonido de ese latido había retumbado en el pequeño espacio. Brendan estaba ahí, parado frente a ella, mirándola, observándola.

Un “hola” salió de su boca sin haber sido procesado por su mente primero.

—Hola, Julia—dijo animadamente Brendan, que con una media sonrisa se le acercó.

Ella dio un paso atrás y se topó con la pared. No iría muy lejos y seguramente Brendan tampoco.

—¿Cómo estás? —le preguntó tímidamente, tratando de esconder sus emociones al verla, no lograba entender la razón por la cual esos dulces ojos lo hacían sentir de esa manera, como un adolescente en un traje de adulto.

—Bien, estoy bien —balbuceó ella con voz suave y lenta, dejando escapar un suspiro.

—Me encantaría poder hablar contigo. —Se animó a vocalizar. Y justo cuando Julia estaba dispuesta a contestar, vieron que llegaban Leila y Kevin de la mano de su maestra.

La maestra les comentó que había habido una pelea entre Kevin y otro nene de su salita, quien se habría burlado de su madre, Leila quiso defenderlo, y el tercer niño le habría tirado con un par de bloques de madera con los que estaban jugando.

Leila comenzó a llorar diciendo que quería ir a su casa. Kevin también.

La vida los volvía a encontrar...

Julia tomó a su niña en brazos y se dirigió a su auto, preocupada por la angustia que sentía su hijita que no paraba de llorar ni de hipar; tratando de consolarla, dándole besos y haciéndole mimos, hablándole dulcemente.

No miró hacia atrás, pero intuía que ese hermoso hombre de arrugitas en sus dulces ojos la observaba, ella lo sabía, sentía su energía desde lejos.

—¡Julia! —gritó Brendan, algo agitado por haber corrido con su pequeño en brazos.

Ella se paralizó, esa voz la hacía soñar, y aunque no quería enfrentarlo porque no sabía si podría; quería una explicación de por qué no la había llamado más o no había buscado ningún tipo de contacto, estaba cansada de crear hipótesis en su loca cabeza.

De repente, una cálida mano tomó la suya, su corazón se saltó un par de latidos, se giró a mirarlo.

—Espérame hermosa, no te vayas así, no huyas —le habló dulcemente. Los niños hicieron silencio.

—No huyo, simplemente me tengo que ir, y si hablamos de huir, yo no he sido la única que lo ha hecho.

—Te debo una explicación, lo sé, sabes que la hay y necesito que nos sentemos a charlarlo, te quiero contar lo que me pasó. Dame una oportunidad.

—No me debes explicaciones, no creo que yo tenga derecho a demandarte por una explicación.

—No lo tomes así, por favor. Hagamos las paces, dime cuándo y dónde nos podemos encontrar sin los niños. Quise verte; te pensé, te recordé y acá estoy, suplicando que me dediques unos minutos de algún día para poder contarte todo. Necesito hacerlo. Quiero conocerte. Déjame conocerte.

Julia necesitaba respirar y calmar su pulso, su mano se escabulló de la del bombón que le estaba suplicando. ¿Cómo explicarle por todos los estados por los que había pasado mientras el no se había comunicado con ella? Quería volver a verlo, quería empezar de cero y hacer una tregua. Pero no podía pensar con claridad, tenía mucho miedo de volver a ser traicionada. No quería sufrir ella ni hacer sufrir a su hija, que había dejado sorprendentemente de llorar para enterarse de lo que su mamá le diría al papá de Kevin.

—Otro día.

Él y Kevin asintieron con una mueca de tristeza en la cara. Eran tan parecidos, sus gestos también.

—¡Chau, Kevin! —gritó Leila saludando con la manito que sostenía un osito de peluche.

—Hasta mañana, Lei —respondió el niño que desde lo alto de los brazos de su papá veía a su amiguita alejarse a una de su mamá. Julia le gustaba mucho, le encantaba ver cómo le sonreía a su papá. Y también le daba vergüenza verlo a su papá sonreírle así a esa mujer. Tal vez algún otro día podrían volver a jugar en el parque.

Julia llegó a su casa, intentando procesar las mil preguntas que bailaban en su cabeza, más las otras tantas que le hizo su hijita acerca de la familia de Kevin y por qué Brandon le decía que quería conocerla, si ya la conocía, ya habían salido juntos al arenero.

—Cuando estés lista para contarme lo que sucedió en el jardín, charlamos princesa. Ahora vamos a darnos un baño de espuma con tus sirenas y luego a tomar una rica merienda.

—Bueno, mami, quiero que me prometas algo.

—Qué?, mi amor.

—Quiero que nunca, nunca me dejes. Ni que te vayas con la policía. Así es como la mamá de Kevin se fue, ¿verdad? ¿Se la llevó la policía?

—Quédate tranquila princesa, eso no va a suceder, siempre, siempre voy a estar contigo. Siempre te voy a cuidar.

Le preparó el baño de espuma y se fue a tomar un café para sentarse unos minutos y despejar la cabeza, al menos intentarlo. No conocía la historia de la mamá de ese niño. El año lectivo recién comenzaba y, como ese pequeño, había otros que también eran nuevos en el grupo.

La promesa que le había hecho a su niña la hacía dudar mucho acerca de darse una oportunidad de volver a conocer a alguien. Había sido muy lastimada, y no quería ni pensar en el daño que le haría a su pequeña princesa si algo salía mal con un hombre, y no sabía con seguridad si la excepción sería Brendan, quien por otro lado no parecía del tipo de su ex, como tampoco su ex lo había parecido los años que estuvieron juntos.

Brendan, por su parte, se odiaba por no haber podido comunicarse antes con ella, había tenido tantas situaciones que solucionar estando fuera del país, en tan poco tiempo, y tanto que ordenar en cuanto llegó, que su mente no quería otra cosa más que lograr un equilibrio para así poder dedicarse al ciento por ciento a ella. Nada le salía bien. No podía entender por qué todo se le torcía tanto. Desde que había logrado hacerse cargo de su pequeño, con la culpa que supone el hecho de alejar a un niño de su madre, con todo el dolor en el alma, de creer conocer a una persona y llegar a amarla y luego que todo

se desmorone, con todo lo que eso conlleva. Sabía que lo que había hecho estaba bien, al menos hasta que ella estuviera curada, y limpia. No quería que su hijito viera a su propia madre destruirse, mezclando pastillitas de colores para anular la vida misma.

Se le partía el alma, su hijo sufría por los indefensos maltratos de niños del jardín; por lo que le había tocado vivir con su madre, por lo que le quedaría guardado en su memoria como gravado en sus venas. Él como padre solo podría acompañarlo en su dolor y tal vez crear un plan para que se olvidara pronto de ese mal momento, al menos por un ratito, *los niños son crueles*, pensó. Pero copian de los adultos, lo bueno y lo malo, tal vez podría ir a hablar con su maestra, una vez más; era imposible evitar el chisme, pero por lo menos dentro del aula, ella podría ayudarlo. Eso haría al día siguiente. Se haría cargo sin importar la opinión de los demás, porque primero debía resguardar la salud emocional de su pequeño tesoro.

Lo llevó al cine a ver una de las películas que tenía ganas de ver hacía tiempo con su niño, invitó a su hermana y a los primitos de Kevin, para que pudieran disfrutar todos y se olvidara de los malos ratos que había tenido que vivir en el jardín, quería evitarle todo tipo de emociones fuertes.

Luego de la película, y mientras los niños jugaban en los juegos del centro comercial, Brendan decidió abrirse y contarle a su hermana lo que le sucedía con Julia. Necesitaba contarle a alguien que conociera bien su historia para que lo guiara, a excepción de su terapeuta quien le había sugerido que escuchara a su corazón.

Su hermana lo empujó a que hiciera lo que sintiera y lo ayudó a sacarse algunos miedos. El hecho de poder sentirse libre y pleno para hablar de amor sin sentirse culpable, lo llenaba de satisfacción.

Capítulo 7

No podía insistir, él ya le había dejado bien claro que quería conocerla, ahora ella era la que debería decidir cuándo. Intentaría ser paciente. Buscaría algo en qué ocupar su tiempo, rechazaría la oferta de modelar en Milán, lo haría en Argentina y en países limítrofes.

Disfrutó del resto de la tarde con su niño, lo llevó al club donde practicaba fútbol y se puso al día acerca de los próximos encuentros amistosos en los que jugaría.

Mientras observaba al niño, ideaba un plan B para poder volver a conectar con Julia. Cada respiración de él, salía cargada de un recuerdo de ella; un gesto, una mirada, una palabra. Era algo que no le había sucedido, o tal vez sí, pero cuando era mucho más joven. Y le fascinaba. Moría por saber más de ella. Solo debía esperar a que diera el siguiente paso, que se animara. Bien intuía que también tenía miedo o algo, de lo contrario no habría visto ese brillo en sus ojos cuando él se disculpó.

Luego de la clase en el club, llegaron a su casa y comenzaron con la rutina del baño, la cena y el cuento para dormir.

Brendan también necesitaba de alguien que le contara un cuento, pero un cuento en el que él era un hombre fuerte, en el que él era el hombre de antes, ese que no le temía a absolutamente nada.

Revisó su contestador automático que estaba sin mensajes, miró la pantalla de su nuevo móvil, solo encontró promociones, emails de amigos, ofertas de trabajo y un par de mensajes de *Whatsapp* de sus admiradoras.

Tengo que salir de estos grupos.

Quiero un grupo con Julia.

Julia sabía que de una manera u otra se daría permiso para conocerlo. Poder disfrutar aunque fuera un poco de lo maravilloso de pasar un rato con un hombre que la movilizaba. No solo por su belleza sino que también con su aparente y solapada dulzura.

Mientras preparaba la cena, una idea cruzó su mente; la de invitarlo a ver una banda de unos amigos que tocarían en dos días, sería viernes a la noche.

Invitaría también a su amiga Daniela y le pediría a Brendan que llevara a un amigo, la idea era conocerse. Pero tenía miedo de volver a quedar a solas

con él porque no sabía si podía llegar a responder como una puta regalada y entregada para luego arrepentirse y tener que desaparecer, o como una simple mujer que tenía temor de conocer a alguien. Hacía tanto que no se daba la oportunidad de abrirse a otra persona que esta situación la carcomía por dentro.

Mañana, cuando vaya a llevar a Leila al jardín lo invito, o a la salida, o en el momento en que lo vea. Se dijo y se durmió tranquila, sonriendo y con una sensación de esperanza en todo su ser.

La tarde siguiente, Julia caminó hacia el jardín con la niña de la mano. Leila no paraba de hablar de las cosas que la maestra les había prometido que harían. Estaba emocionada porque llevaba un disfraz, las nenas tenían que llevar un disfraz de princesas y los niños uno de pirata. Las pocas cuerdas de distancia que había entre la casa y el jardín, se hicieron cortitas por la charla que madre e hija mantenían.

Leila le tiró del brazo indicándole que agachara el cuerpo para darle un beso sonoro en la mejilla, un amoroso hasta luego de su hijita que la hizo sentir sola y desnuda ante una multitud entrando, saliendo, saludando y charlando. La observó en silencio y cuando levantó la vista para poder saludar al personal del jardín y dar paso a los demás niños, se cruzó con la de él. Él simplemente sonrió.

—Hola —saludó tímida—. ¿Cómo estás hoy?

—Muy, muy bien, ¿y tú, Julia?

Ella se tomó su tiempo para contestar, mientras daba lugar a las demás personas a pasar, era realmente un caos. Uno quedaba estancado y atrapado en un maremoto de gente adulta y niños cargados de bolsos y mochilas de todos los colores.

Julia comenzó a caminar en dirección a su casa, Brendan simplemente la siguió. Se le paró en frente mirándola, esperando una respuesta.

Ella no tuvo más remedio que responder.

—Estoy bien —le habló al suelo. No se animaba a volver a mirarlo a los ojos. No quería perderse en un contacto visual del cual sabía que no podría escapar fácilmente. Ya lo había hecho minutos atrás, y esos ojos color cielo la habían intentado hechizar, no quería entrar en ese juego, luego de una larga pausa, agregó—, estuve pensando, y siendo sincera, me gustaría invitarte a algo completamente informal y sin ningún tipo de compromiso, por supuesto que puedes decir que no, no me enojaría ni ofendería si no tienes ganas o si simplemente no quieres.

Ella continuó balbuceando palabras y él solo asentía, pero como ella seguía mirando al suelo por donde pisaba, entonces no sabía su reacción. Él, volvió a pararse frente a ella.

—Me encantaría ser este suelo que pisas para que me mires cuando hablas.

Finalmente, ella no tuvo más remedio que mirarlo, y él continuó:

—Asentí desde el momento que dijiste la palabra “invitarte”; voy donde sea, a la hora que desees y el día que elijas. Estoy vergonzosamente disponible para ti.

Ella mostró su sonrisa triunfadora.

—Viernes, nueve de la noche en el bar de la esquina, ese que se llama “Algún Lado”. ¿Lo conoces? Unos amigos tienen una banda que hace covers de diferentes artistas...

—Hecho —interrumpió sin dejarla continuar.

—No tan rápido, voy con mi amiga Daniela —dijo mostrándole la palma de la mano a modo de “espera, no te apures” y continuó—, tal vez, si tienes ganas puedes llevar a algún amigo...

—Allí estaré. Con amigo y todo. —Volvió a interrumpirla.

Salió de su camino, dándole paso, ella comenzó a caminar en dirección a su casa, tratando de disimular una sonrisa. Él, a escondidas, se quedó parado respirando su perfume, mirando de reojo su sonrisa de costado, esa que dejaba relucir una peca en su mejilla. Se sentía curioso e impaciente, a sabiendas de que ella ya había dado ese primer gran salto. Ese que le daba el momento para reivindicarse, de volver a gustarle, de poder mostrar su esencia.

Él estaba listo.

Era tiempo de conquista. La observó ya a lo lejos, y se le ocurrió algo: la invitaría a merendar, sería espontáneo. Apuró el paso, a modo de acosador sin querer serlo y la interceptó, parándose una vez más de frente.

—¡Me asustaste! —intentó disimular un grito, al ver que se trataba de él.

—Tengo la tarde libre, te invito a merendar.

Tímida pero segura de sí misma, aceptó.

—¡Vamos! —la tomó de la mano, no quería que se le escapara, se sentía como un niño pidiendo permiso para jugar en el parque. Ella, más centrada, se soltó a los pocos segundos de haber sentido el calor de su piel.

Capítulo 8

La casa de Brendan de día se veía aún más maravillosa de lo que la había podido apreciar aquella noche en la que él había cocinado para ella.

La invitó a pasar al comedor diario, donde todo era absolutamente blanco, immaculado. De una sola pared, la que estaba de espaldas a ella, colgaban algunos cuadros con imágenes de paisajes de diferentes partes del mundo. La observó en detalle antes de sentarse. Se sintió nuevamente cómoda, a pesar de que el recuerdo que tenía de ese lugar era algo diferente al de ese momento.

La luz de ese mediodía de final de otoño se filtraba a través de las ventanas que estaban dispuestas a lo largo de toda la mesada, la cual solo contaba con pocas cosas a la vista, las necesarias como para preparar té, café o mate. Que también dejaba lugar suficiente para ser sentada y acariciada.

Julia sacudió la cabeza para despertar del sueño e intentar escuchar lo que él le estaba diciendo, lo veía mover los labios. ¿Qué había dicho?

—Julia.

—¿Sí?

—¿Te gusta el té inglés? O ¿prefieres compartir unos mates? Hace mucho que no tomo mate acompañado —lo último se le escapó de la boca sin poder filtrarlo.

—Mates estará perfecto —sonrió y disfrutó de su mueca sonriente.

Mientras él se ocupaba de preparar el mate, ella quedó prendida de una imagen que colgaba a lo lejos sobre una arcada.

—Es la calle donde nací, en Dublin —le comentó al verla observar la foto con curiosidad.

—Se ve precioso.

—Lo es. Allí fue donde estuve los días que no nos vimos —sonrió algo compungido.

—No tienes que contarme nada.

—Bueno, tal vez no en este preciso momento, pero más adelante sí quiero contarte.

—Disfrutemos de los mates, mejor —sugirió ella con seguridad en su tono de voz.

—No podemos negar la realidad, Julia.

—Por favor, ahora no. Ahora disfrutemos.

Era la cuarta o quinta vez, desde que se habían conocido, contando algunos momentos en la calle, que quedaban solos. Y nuevamente el silencio se apoderó del lugar, el único sonido que cada uno trataba de esconder era el repiqueteo constante de sus corazones latiendo exaltados dentro de sus cuerpos.

Ella tenía la mirada fija en el mate, algo nublado se veía el caminito que adornaba la mesa donde se habían sentado a compartir un rato. Le hubiera encantado poder hacerse invisible por unos segundos, sabía que él la estaba observando, que la estaba estudiando, agradecía haberse maquillado esa mañana. Lo hacía todos los días antes de salir de la casa.

Al otro lado de la mesa estaba él, embelesado, solo la miraba y se deleitaba con la belleza que esa mujer poseía. Sus manos parecían temblar sosteniendo el mate, sus facciones, desde el ángulo que solo dejaba ver, eran preciosas; así como también lo eran las pequeñas líneas que se comenzaban a formar en los ojos.

Le dieron unas inmensas ganas de acariciar su ensortijado cabello; pero cuando por un impulso casi se dejó llevar para alcanzar un rulo, ella hizo contacto visual, y le devolvió el mate.

—Muy rico, gracias —y reacomodó su cuerpo en la silla.

—¿Ya te vas? —preguntó pensando que se estaba preparando para irse porque se había vuelto a sentir incómoda.

—No, si quieres que lo haga o si estás ocupado, me lo dices y me voy; por ahora disfruto de este momento.

—Estoy libre en todo sentido.

“*Eso último estuvo completamente de más*”, pensó el modelo.

Ella, simplemente asintió y sonrió.

Quería hacerle mil preguntas personales, bien íntimas, pero no se animaba, además, le había dicho que no era el momento: solo si tal vez él volviera a intentarlo, el querer explicarse, excusarse, sería un nuevo comienzo para que ella se atreviera a preguntar y a invadir su espacio. Sin embargo, no sabía con exactitud si estaba realmente preparada para hablar de su vida privada con un hermoso extraño.

Aún le dolía el abandono que la había dejado con los sentimientos en carne viva y con un embarazo. Aún sentía culpa por la pena con la que vivió ese embarazo, transmitirle esos sentimientos de dolor, tristeza y desamor a su bebé

durante la gestación, la hacían sentir la peor madre del mundo. La herida todavía sangraba, las promesas rotas, las ilusiones tiradas a la basura, la inútil espera. El renacer. Todo había sido muy difícil.

Brendan apoyó su mano sobre la mano de Julia que descansaba sobre la mesa. La sacó de esa burbuja llena de nostalgia y dolor que la había vuelto a invadir hasta hacerla sentir pequeña. Con o sin intención de hacerla salir de ese mal sueño, logró hacer que ella lo mirara. Se perdió en el color de sus ojos y pestañeó.

—Cuéntame acerca de la banda de tus amigos, esa que vamos a ir a ver.

Dejó la mano descansando, acunando la de ella y esperó por la respuesta.

Ella suspiró. Como si con un solo suspiro pudiera enterrar el pasado, terminar de sanar las heridas y continuar con su vida.

—Son tres amigos que conocí en la Universidad, hacen covers de bandas inglesas, irlandesas y algo de música celta.

—¡Me atrapaste! Ya te había dicho que sí, pero ahora sabiendo en detalle de qué se tratará, es un sí rotundo, voy a llevar a un par de amigos del trabajo, si a ti te parece bien. O ¿prefieres que sea una doble cita?

—¡No es una cita! —dijo un gritito agudo, escapándose de su mano.

—Ok, ok —se rio—. No es una cita, lo entendí. —Siguió sonriendo.

Los mates continuaron pasando de una mano a la otra. Las miradas se hacían intensas, las sonrisas se contagiaban.

—¿Qué estudiaste? —sintió curiosidad, algo para nada novedoso cuando se trataba de Julia. Quería saber todo de ella.

—Soy traductora pública nacional e intérprete —contestó orgullosa de sí misma.

—El tono altivo, señorita conmigo no va y usted lo sabe.

—¿Perdón?

—Perdono todo lo que hagas y digas, tienes mi consentimiento absoluto para hacerlo, menos el tonito soberbio.

—Ah bueno, y ¿desde cuándo nos tratamos con tanto protocolo?

—Desde que te codeas con bandas que hacen covers y desde que te pavoneas acerca de tu título universitario.

Ella simplemente agachó su cabeza y sonrió, si él supiera lo que le había costado terminar esa carrera y lo mucho que había tardado en hacerse de clientes, no sonaría tan soberbia.

—Admiro a las personas que pueden estar horas y horas trabajando e investigando, sentadas en un mismo lugar —continuó adulándola.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir.

Sintió frío, ya no tenía la mano de él cerca. Frotó palma con palma y trató de darse calor en sus brazos mientras elaboraba una pregunta en su mente.

—Y usted, ¿qué hace para darse los gustos de tener una casa como esta?

Él no respondió al instante, porque se había dado cuenta de que ella estaba sintiendo frío. Le cebó otro mate, se levantó y caminó en dirección al perchero donde ella había dejado su chalina y su bolso.

Se sintió un adolescente nuevamente cuando, al tomar la chalina en sus manos, la llevó directamente a su nariz, para poder disfrutar de su perfume. Ella le daba la espalda, no podría verlo, inspiró un par de veces más con media cara enterrada en la tela y volvió a la cocina para ponérselo sobre sus hombros. Mientras envolvía sus hombros desde atrás, al oído le susurró:

—Soy taxi-boy —sonrió quedándose en ese lugar para poder disfrutar de su reacción.

Ella ni se inmutó, pudo disfrazar muy bien las ganas que tenía de morir de risa.

—¿Se sigue usando ese término? Creía que estaba pasado de moda. —
Largó una carcajada y se giró para mirarlo.

Él, quien esperaba paciente por su reacción, se contagió de la risa y también se carcajeó.

Brendan sintió que la melodía de su risa llenó su hogar de magia. Julia sintió maripositas dentro, y calor en las mejillas que no le importó si se notaba.

Moría de deseo de abrazarla y besarla, pero se contuvo; no sabía por qué.

—Soy modelo —dijo finalmente y le dio un beso en la mejilla para luego alejarse y volver a sentarse frente a ella.

—Qué bien.

—¿Qué bien? ¿Es todo lo que vas a decir? —inquirió e hizo un gesto con la cara como esperando oír algo más.

Julia escondió su sonrisa en la chalina, pero veía diversión en sus ojos. Inspiró el aroma del chal y descubrió unas notas de perfume que eran de él.

“*Jamás lo volveré a lavar*”, pensó.

—Muchas preguntas vienen a mi mente pero solo voy a hacerte un par.

—Ataque nomás, señorita.

—¿Cuántos países del mundo conoces?

—Muchos —respondió escuetamente, realmente quería contarle más pero esperaría a que ella preguntara.

—¿Cuál fue tu mejor campaña o pasarela?

—Todas —se rio. —Amo lo que hago y lo he hecho siempre con mucho placer.

—Genial, entiendo perfectamente lo que significa amar la profesión de uno.

—¿Siguiente pregunta? —demandó con sonrisa curiosa.

—¿Cuál es tu lugar favorito? Ese en el cual dices, aquí es donde me quiero quedar... por un rato más, tal vez para siempre.

—Eso es simple de responder: estas cuatro paredes, contigo, charlando conmigo, por un rato más, tal vez para siempre —se dio una palmada en la frente y continuó—. ¿Dije todo eso en voz alta?

El enrojecimiento de sus mejillas era imposible de disimular, solo logró asentir y morderse el labio inferior como desdibujando una sonrisa de placer. No quería demostrarle lo bien que la hacía sentir coqueteando frente a ella. Tenía ganas de taparse la cara y esconderse, de hecho, lo hizo. Cerró también los ojos y sonrió negando con la cabeza como no queriendo creer lo que le estaba sucediendo. Era real y se sentía maravilloso.

—Vamos señorita, no se haga la vergonzosa que ya estamos grandecitos.

—¡Lo sé! —admitió tímida detrás de su escondite.

Él se levantó de su asiento y apoyó los codos sobre la mesa acortando la distancia entre ellos. Con mucho cuidado y dulzura, le destapó la cara, primero le corrió una mano y luego la otra. La observó paciente, la descubrió radiantemente hermosa.

Nerviosa, temblorosa miraba hacia abajo. Su cara era un dulce poema. No se atrevía a mirarlo, se sentía una adolescente en la etapa más tonta y enamoradiza de su vida; no quería creer que le estaba sucediendo a ella, no tenía la remota idea de cómo reaccionar a semejante momento. Había algo de lo que estaba segura: le encantaba.

—Mírame, no escondas esos ojos preciosos que tienes, no me prives de tu mirada, por favor.

Ya sabía a lo que se estaba por enfrentar, sentía su respiración tibia en la frente, levantó la mirada para quedarse mirando fijo esos ojos claritos, con algunos puntitos mágicos que hacían que brillaran. Sintió un escalofrío en el cuero cabelludo, eso le sucedía cada vez que tenía miedo al cambio, a lo nuevo, a lo desconocido. Las mejillas le ardían. La sonrisa se le escapó involuntaria.

Brendan la miraba tierno y cariñoso. Buscaba en la profundidad de los ojos

de Julia una respuesta a algo que no se atrevía a preguntar. Fijó su mirada en sus pupilas, deseó con todo su ser que se detuviera el tiempo, por minutos, o tal vez horas. Alojarse aventurero en su mirada le devolvía la esperanza perdida, lo hacía volver a creer en los maravillosos seres que son las mujeres. Sabía que la mujer frente a él era especial. Lo supo desde el primer día en que la había visto. Por unos segundos sintió lo inesperado, lo que llega cuando el mundo interior está desordenado. Lo que sorprende y nos hace sentir vivos. En su pecho se alojó una imperiosa necesidad de tenerla cerca para siempre. Si es que tal vez existiera un para siempre.

La curiosidad fue más fuerte que su voz interior, que le gritaba “cuidado” y preguntó:

—¿Quién te hizo daño? —se odió al segundo de haber vocalizado esa pregunta, se quiso dar la cabeza contra la mesa al ver desaparecer la sonrisa de Julia para convertirse en un gesto adusto y frío, se esfumó el rubor de sus mejillas y su tez se tornó pálida.

—Perdóname, soy un idiota. La curiosidad me supera, lo siento mucho. — Le tomó ambas manos entre las suyas, las llevó a sus labios y las besó.

—No pasa nada —susurró. —No te sientas mal por ser curioso, yo también quiero saber de ti, mis silencios no son de incomodidad, simplemente intento medir lo que voy a decir —su tono era bajo pero claro y continuó —, tus ojos, hay algo en ellos además de ser preciosos, demuestran que también has sido lastimado.

—No te imaginas cuánto. —Soltó él, mientras volvió a besar una de sus manos para luego llevarla a su mejilla, sintió la suavidad de la palma de Julia en su cara y pensó que tal vez esa caricia de esa buena mujer podría sanarlo y acabar con todos los malditos demonios de su pasado.

Brendan volvió a besar la mano que lo acarició y entrelazó sus dedos con los de ella, estaba tan cerca que si hubiera querido, le habría robado un beso. No robó nada, en cambio, pidió permiso.

—Mis labios mueren de deseo por sentir los tuyos, un cosquilleo en todo mi cuerpo me está volviendo loco. ¿Me dejas probarlos? —Preguntó seguro de sí mismo y esperó paciente por una respuesta sin alejarse ni un milímetro de donde estaba. Sentía su corazón galopar. Disfrutaba muchísimo de ese momento, había logrado hacerla sonrojar nuevamente.

Julia, quien había disfrutado del mimo del beso en su mano, agradeció al universo al ver sus dedos entrelazados con los de ese hombre que parecía tener un hermoso carácter y una dulzura excepcional.

Su corazón también latía, asustado, ansioso, expectante, feliz.

Ella fue quien terminó de acortar distancias, y con una caricia con la punta de su nariz en la punta de la nariz de Brendan, le dio permiso para besarla.

Fue lento y suave, cargado de tímidas emociones. Ella sintió la caricia dulce de sus manos fuertes en su cuello. La acercó más hacia él y le acarició el cabello, se dio el lujo de enrollar un rulo entre sus dedos y jugar con él.

El beso lo devolvió envuelto en un gemido. Sus bocas hablaban el mismo idioma, sus cuerpos, aunque separados por la mesa, se buscaban para abrazarse y sentirse.

Él corrió todo lo que estaba sobre la mesa hacia un lado con una mano y le liberó la nuca para poder hacer uso de sus dos brazos. De un rápido movimiento, la levantó en el aire y con un solo envión la sentó frente a él con las piernas abiertas. Julia no tuvo tiempo de analizar lo que él acababa de hacer, solo se había sentido en el aire mientras se besaban.

Una de sus manos volvió a acunar el cuello femenino, la otra fue directa a su espalda para regalarle mimos en movimientos ascendentes y descendentes, algo lentos, algo pasionales. La mano que adoraba su cuello, bajó a su nalga izquierda, para empujarla más hacia él y poder mostrarle su virilidad. Ella no se molestó en ahogar ese gemido de placer que le generó sentirlo tan fuerte y potente en su sexo. La presión de su miembro contra su jean, hizo que la ropa interior de Julia se empapase; en consecuencia, ella volvió a sonrojarse. Apoyó los brazos en sus anchos hombros y le jaló fuerte del cabello. Lo hizo gruñir y besarla con más pasión.

Jamás dejaron de hacerle el amor a sus bocas. Sentían los labios enrojecidos e hinchados por los pequeños mordiscones que se regalaban.

Brendan jaló más fuerte para atacar su cuello. Ella tiró involuntariamente la cabeza hacia atrás y con la boca abierta, hambrienta a más no poder, jadeó sin pudor alguno. Sintió nuevamente su dureza restregándose y masturbándola a través de la ropa. En un impulso que no pudo contener, metió una mano por debajo de la camisa que él llevaba puesta, acarició su cadera, llegó hasta su ombligo para rozarle el caminito de vellos que la llevarían directo al punto de placer. Sus manos hervían, la piel de Brendan, también.

Abrió sus ojos y lo vio sonrojado, sudoroso. Bajó la mirada a su boca y sonreía mientras la besaba. Suspiró y continuó con sus caricias. Él tomó valor y acercando su boca al lóbulo de la oreja le susurró algo que a ella la prendió fuego y la hizo volver a empapar.

—¿Qué me acabas de decir? —preguntó entre jadeos. Había escuchado perfectamente lo que le había dicho pero quería que se lo repitiera para volver a experimentar la sensación que había sentido al escucharlo.

Él, sin ningún tipo de vergüenza, mirándola a los ojos, con lujuria y hambre de ella. Le volvió a decir:

—Quiero lamer cada centímetro de tu cuerpo hasta que explotes de placer.

Ella tomó sus labios, los mordió y le entregó su lengua en ofrenda a cada una de sus palabras que la habían encendido de tal manera que estaba a punto de desnudarse y tirarse sobre la mesa para que él hiciera real lo prometido.

Sus cuerpos seguían entrelazados, encastrando a la perfección, solo se escuchaba el sonido que ella emitía al gemir con cada respiración, y el sonido gutural de él, un hombre que se contenía porque estaba a punto de explotar dentro de sus propios pantalones.

Un sonido desconocido para él, pero muy familiar para ella los obligó a despertarse de ese momento mágico que acababan de experimentar. Era la alarma que indicaba que tenía que ir a buscar a su hija al jardín.

—¿Es la hora? —preguntó él, volviendo a la realidad mientras le regalaba otro beso en los labios.

—Faltan treinta minutos —respondió dejándose besar.

—Eso me deja veinte minutos para seguir disfrutándote.

—O... —interrumpió—, nos da unos minutos como para parecer dos personas adultas y no dos adolescentes hormonales.

—¿Me acabas de llamar adolescente calentón? —preguntó en un gesto pícaro mientras tomaba una respiración profunda.

—Nos acabo de llamar a ambos de esa manera. Yo no puedo aparecer así a buscar a mi hija. —Dijo haciendo un ademán señalando su propio ser.

—¿Así cómo? ¿Hermosa? ¿Sonrojada? ¿Con los ojos brillantes? ¿Sonriente?

—¡Mojada! —gritó riéndose mientras le daba una palmada en el centro del pecho.

Él se tomó la cara con ambas manos y se las pasó por su cabello.

—¿Pretendes que me calme y luego me dices que estás mojada? ¡Qué injusta, señorita!

—Honestamente, no es lo mismo que injusta.

Ambos tomaron aire y resoplaron intentando serenarse, separándose unos centímetros. Para poder tener espacio suficiente y volver a recobrar la cordura.

Ella se puso de pie y comenzó a caminar en dirección a —no sabía dónde— pero lo encontraría. Él, adivinó su intención y le señaló el camino correcto hacia el baño.

Cerró la puerta detrás de ella, abrió el grifo y dejó caer el agua mientras volvía a apoyar la espalda contra la puerta. Estaba excitada. De eso, no cabía la menor duda. Pero no entendía lo que su corazón comenzaba a decirle. O, tal vez, no quería escucharlo.

Tocó sus pechos y sintió los pezones endurecidos, deseosos de ser mordisqueados. Los apretó por un par de segundos para calmar su deseo. Se incorporó, se lavó la cara, mojó su nuca y se miró al espejo.

Acomodó el rizado cabello en un rodete y salió.

Brendan ya estaba de pie cerca de la puerta de salida, balanceándose con las manos en los bolsillos murmurando algo.

—¿Qué dices? —preguntó curiosa.

—Digo en voz alta cosas que me ayuden a bajar esta erección y maten por un rato el deseo de poseerte ahora.

—Y, ¿eso cómo sonaría?

—Cachorritos muertos, calzones de mi abuela, gatitos aplastados en la calle.

—¡Por Dios! —se carcajeó ella.

—¿Viste cómo funciona? —se contagió él de su risa y le regaló cosquillas en la cintura.

—Ven aquí —la tomó de la cadera y la acercó a su cuerpo. La cubrió con un abrazo tierno y protector, lleno de promesas.

—Quiero más, Julia. Hoy, mañana o pasado o cuando puedas. Quiero más de ti, me encantas —le murmuró mientras se perdía en sus ojos.

“*Qué costumbre tiene de derretirme con su mirada*”, pensó ella.

—También me encantas —fue todo lo que respondió.

No hizo falta otra despedida, ella salió primero a buscar a su hija y él, a los dos minutos a buscar a Kevin.

En pocas horas se volverían a ver.

Capítulo 9

Daniela la visitó esa misma tarde y mientras tomaban unos mates, se pusieron al día acerca de lo acontecido.

—¡Modelo! —gritó Dani ansiosa—. ¿El amigo también lo será? —preguntó curiosa.

—¡No lo sé! No le pregunté.

—¡Claaaaaro! ¡Si usaste la boca para otra cosa!

—Besa tan bien. Yo no puedo creer que me esté sucediendo esto de dejarme besar y darme permiso para dejarme ser libre y sentirme mujer.

—Cuidado, Juli, paso a paso. —Recién lo conoces.

—Sí, sí, ya sé lo que me vas a decir, pero es encantador. ¿Sabes qué?

—¿¡Qué!? Me llegas a decir que es un trípode y te lo apruebo.

—Eso aún no lo sé, tarada. Ponte seria —chasqueó sus dedos frente a la cara de su ocurrente amiga.

—Hay algo que no me termina de cerrar del todo.

“*Allá vamos*”, pensó Julia sabiendo que cada vez que la abogada se ponía seria para analizar situaciones, encontraba algo que tal vez no sería de su agrado.

—Dime, soy todo oídos pero sube el volumen de lo que Lei está mirando porque tiene las satelitales prendidas. No se le pasa una —le sugirió a su amiga al ver a su hija levantándose del sillón para ir hacia donde ellas estaban.

—¿Qué es un trípode, tía Dani?

—A bañarse. YA —canturreó Julia mientras le daba un codazo a Daniela.

Llegaron temprano para encontrarse con sus amigos músicos, cuando lograban coordinar para ir a verlos, trataban siempre de estar un rato antes del show para poder compartir una bebida y charla con ellos, eran su fan número uno. Los habían apoyado desde siempre. Sobre todo Julia, quien era como la madrina del grupo, luego se había sumado Daniela.

Disfrutaron del momento a solas con ellos y luego esperaron ansiosas a que la noche diera comienzo, tenían varias ilusiones: Julia volvería a ver a su

modelo, Daniela conocería a su amigo, sería algo así como una cita a ciegas. Daniela era lo suficientemente valiente como para poder lidiar con eso y mucho más. A todo eso, le sumaban el hecho de que llenarían sus sentidos de buena música.

Se ubicaron en la mesa reservada a nombre de Julia Rivera, no era una de las más cercanas al escenario ya que querían poder ser capaces de disfrutar de una buena charla con los dos hombres que estaban próximos a llegar.

Jamás se percataron de un par de ojos que las observaban curiosos y esperando el momento de acechar.

En un momento dado, Dani, quien estaba de espaldas a la puerta de entrada vio una sonrisa en la cara de Julia, una sonrisa que hacía mucho que no veía en su amiga, pero a los dos segundos, se tornó seria y hasta se podría llegar a describir como desilusionada.

Dani se volteó para entender lo que sucedía.

—¡Madre de Dios! ¿Ese es el modelo? ¿Y esa escuálida que viene con él quién es? ¿Y el amigo? ¿No lo trajo? Ya no me gusta, y a ti mi querida amiga te dicen la “tonta” para elegir hombres. ¡Está que se parte!

Julia la dejó hablar sola, no entendía por qué Brendan traía compañía femenina y por lo visto no era una cualquiera, se dio cuenta al observarlo todo, el recorrido que él hizo dentro del lugar con la mujer, sonreían compinches y hasta vio cómo ella le tocaba el brazo si él decía algo, y se reían juntos.

Tenía que hallar una forma de ser vista, o tal vez no, tal vez lo mejor sería huir de ese lugar, porque ese no había sido el trato, se suponía que él llevaría un amigo para su amiga y no una amiga para hacerla sentir mal. ¿Cómo se le ocurre? ¡Qué poco caballero!

Se sintió una tremenda idiota, celosa de algo que no debería pero estaban ahí, acechándola, para hacerla balancear insegura hacia algo desconocido.

—Voy al baño —dijo a su amiga y salió tan rápido que no le dio tiempo a Dani a acompañarla.

Daniela no entendía nada, no sabía qué hacer, entonces se le ocurrió lo más simple y básico que cualquier amiga haría, ir tras ella. Alguien la detuvo al segundo de haberse levantado del asiento.

—¿Es esta la mesa reservada a nombre de Julia Rivera?

Daniela abrió los ojos de par en par, pestañeó un par de veces, como para asegurarse de que no estaba soñando, luego volvió a batir pestañas, ya a modo de gatita en celo. Vio frente a ella a un morocho escultural, que le

estaba hablando, sí, a ella, y por lo visto resultaba tener tanta suerte que sería su cita a ciegas.

—Voy de nuevo —se le acercó el morocho para repetir la pregunta y hacerla casi dar un paso hacia atrás.

Ella no lo dejó terminar la frase que respondió:

—Sí, lo es, yo soy Daniela.

—Hola Daniela, un gusto conocerte al fin, yo soy Marco. —Le tendió la mano y acercó su cuerpo para darle un beso en la mejilla. Con un ademán caballeroso la invitó a sentarse, llamó al mozo y pidió lo mismo que estaba tomando la mujer antes de que Julia saliera corriendo. Necesitaba saber si su amiga estaba bien. Intentó con Marco.

—Si tú eres el amigo de Brendan, ¿me puedes explicar qué hace esa flaca con él? Y, ¿por qué él no está acá con mi amiga que fue quien la invitó?

—¿Flaca? ¿Nora?

—Agh, la escuálida tiene nombre —bufó Daniela casi recostándose en la silla.

A Marco le divirtió la desfachatez de esa mujer.

—No sé qué te hace tanta gracia.

—Tú eres graciosa.

—Ah no, señor, a mí con el neutro no me vengas a querer enroscar porque con eso no me ganas grandote. Dime qué hace acá Norita —usó su tono sarcástico.

—Norita —imitó su gesto y tono—, es una gran amiga, que más que amiga es como un amigo.

—¿Tiene picaporte? —abrió los ojos más grandes y tomó un sorbo de la bebida.

—No, y no pienso tener este tipo de conversación con una desconocida.

—Te sentaste en nuestra mesa, sabías el apellido de mi amiga. ¡Desconocida será tu abuelita!

—¡Epa! ¿Qué sucede? ¿Este hombre te está molestando? —la sorprendió una voz gruesa que le habló acercándosele.

—¡Por todos los santos! ¿Dónde están los papparazzis cuando una los necesita cerca? —bromeó Daniela al verse rodeada por dos hombres que parecían recortados de una revista de moda —Ya entiendo por qué eres amiga de Julia, ella también tiene un buen sentido del humor, por cierto, ¿dónde está ella?

—Creo que en el baño, pero hay algo que debes saber.

—Dime —dijo inclinándose curioso hacia el cuerpo de Daniela para poder escucharla bien. La música del lugar estaba comenzando a subir tonos.

Daniela no podía creer su suerte, rodeada de dos modelos, grandotes, simpáticos y el que le tocaba a ella a modo de cita le hablaba en neutro. No sabía si ponerse a bailar sobre la mesa de contenta o salir corriendo del susto. Ella era una simple abogada usando jeans ajustados. Y luciendo unas ojeras monumentales.

“*Debería haberme producido más*”, pensó.

—¿Desde cuándo te invitan a un lugar y te piden que traigas a un amigo hombre y te apareces con una mujer?

—¿Mujer? ¿Nora?

—Uff ese nombre otra vez —puso sus ojos en blanco—, mirá lindo, solo sé que Julia te vio entrar con esa escuálida y se fue. Espero que haya ido al baño y no a su casa. No contesta el teléfono y yo estoy a punto de ir en busca de ella.

La fila para entrar al baño de damas era larga y lenta, como todo baño de bar nocturno.

Cuando Julia se estaba lavando las manos y mirándose al espejo, la vio, a la flaca de porte llamativo y elegante, de cerca era aún más bonita que de lejos.

—¿Julia? —preguntó la flaca.

Ella no sabía si hacerse cargo o no, solo balbuceó “sí”.

—Hola —la saludó estirando su mano—. Soy amiga de Brendan, necesito decirte algo.

Julia la odió, sintió celos, otra vez ese sentimiento que le generaba muchísima inseguridad. Odiaba el dolor en el estómago. Ese hombre le gustaba demasiado.

—¿Qué sucede? —se animó a preguntar secamente.

—Cuídalo mucho, es lo que necesito decirte.

Julia la observó por unos instantes con incredulidad y asintió. Nora se fue y ella se quedó mirando al espejo. ¿Estaba lista para embarcarse en algo desconocido y aparentemente roto? Ella misma estaba desorientada, no sabía exactamente qué quería, su corazón había sido destrozado junto con sus proyectos. Lo único que la había hecho seguir adelante había sido el amor por su hija Leila, de lo contrario no estaría viva. Le había temido a sus propios

demonios, y ahora le daba temor salir de su zona de confort, sin embargo, estaba casi convencida de que se merecía una oportunidad para ser feliz en el amor.

Salió dispuesta a pasar un buen rato. Tecleó un mensaje rápido en respuesta a uno de Daniela; había estado tratando de comunicarse con ella pero dentro del baño no tenía señal.

En el camino hacia la mesa donde había dejado a su amiga, sintió que alguien la tomaba de un brazo, ella sonrió, se sintió contenta. Hasta que miró en dirección a quien la tenía agarrada. Definitivamente no era Brendan. Se quedó muda, helada y paralizada por unos segundos, luego de sentir que toda la sangre se le subía a la cara, gritó:

—¿Tú?! —tratando de zafarse.

Algunas personas que pasaban cerca de ellos se giraron para mirar de donde provenía el grito.

—¡Bebé! ¡Mírate qué hermosa estás!

—¡Suéltame, hijo de puta! ¿Qué quieres? —siguió gritando iracunda, sobresaltada, poseída por mil demonios, toda la rabia que había acumulado por todos esos años estaba haciendo eco fuera de su cuerpo e iba en dirección a ese sujeto que la había hecho sufrir tanto.

—El volver a tocarte me recordó lo mucho que disfrutábamos juntos —le susurró al oído mientras le seguía apretando el brazo, sin soltarla.

—¡Déjame en paz! —intentó zafarse nuevamente de su agarre.

—No hasta que me cuentes cómo está mi bebé. Es niña, ¿verdad? ¿Cuándo me dejarás verla?

—NUNCA.

Ya no eran solo los curiosos los que se giraban para ver que era lo que estaba sucediendo en ese rincón oscuro del bar.

Dos o tres hombres rodeaban a la pareja, uno de ellos no pudo evitar meterse.

—Te está pidiendo que la dejes tranquila, flaco.

—Es mía, no te metas.

—Yo no soy tuya, pedazo de mal nacido —volvió a gritar embravecida.

El exnovio la tenía tomada de un brazo, no llegaba a lartimarla pero tampoco la dejaba seguir su camino, lo que la lastimaba en realidad era el remolino que le hacía sentir un recuerdo del pasado, o tal vez varios recuerdos, los lindos, los hermosos momentos y lo peor; el dolor, el abandono, el vacío, y luego el seguir adelante, sola y embarazada, sin saber

qué había sido de él, ni cómo comunicarse. Había desaparecido de su vida como por arte de magia, con un email cobarde, y adiós para siempre, o hasta ese momento casi cinco años más tarde.

Mientras le seguía pidiendo por favor entre gritos y forcejeos que la soltara vio un puño que fue en dirección a la cara de su ex.

Brendan sí que sabía pegar.

—Te pidió por favor que la soltaras —espetó con imponente voz, sorprendiéndose a sí mismo.

No hicieron falta más palabras. Brendan abrazó a Julia y la sacó del lugar ayudándola a subir al auto y manejó en silencio hasta su casa. Le acarició la mano todo el camino, solo dejaba de acariciarla cada vez que tenía que mover la palanca de cambios.

Julia, perdida en su propio mundo, creía que iba a estallar en llanto, se estaba conteniendo sin sentido, tampoco sabía por qué ahora tenía que volver a aparecer la persona que tanto había amado, y la había abandonado cuando ella más lo necesitaba.

No podía creer que su presente y su pasado se cruzaran de semejante manera.

Brendan, quien ya había visto el dolor escondido en sus ojos, creía poder entender algo de lo sucedido, sin embargo, sin tener todas las respuestas solo sentía que debía protegerla, cuidarla y apoyarla, todo su ser le gritaba que ella lo necesitaba a pesar de sentirse alejado en ese momento.

Solo se atrevió a hacerle una pregunta:

—¿Tienes que volver durante la noche para cuidar de tu hijita? Quiero cuidarte.

—Leila está con mis padres hasta mañana.

Brendan tuvo que desacelerar para poder escuchar lo que salía de la boca de Julia...

Entraron y ella corrió al baño, no sabía de donde había sacado fuerzas para correr, pero necesitaba estar sola por unos minutos, se sentía aturdida y necesitaba serenarse, estaba avergonzada porque Brendan le había visto así y sentía muchísima bronca e impotencia, el maldito mostraba su cara para recordarle el dolor del pasado, eso la anulaba.

Mientras ella estaba encerrada en el baño, él aprovechó para llamar a su amigo y avisarle dónde habían decidido instalarse.

El móvil de Julia comenzó a sonar, una vez, otra vez, otra y otra más. Quien llamara estaba desesperado por ubicarla.

El teléfono de Brendan sonó luego que el de Julia se calló, era el número de Marco, pero una voz de mujer lo saludó en cuanto atendió.

—¿Cómo está Julia?

—¿Daniela?

—Sí.

—Acá conmigo, ¿ustedes están bien?

—La madre de Julia está tratando de ubicarla, desesperada. Porque el ex novio se atrevió a dejarles un regalo en la puerta de la casa de la madre, ¿me puedes pasar con ella, por favor?

La cabeza de Brendan explotaba, era como una ficha de juego de pinball, en el que sus pensamientos ordenaban, hacían relaciones, ataban cabos, todo funcionaba en conjunto y le generaba a él mismo mucho miedo, por lo que él había vivido, el acoso, el maltrato.

—¿Por favor? —se oyó del otro lado de la línea.

—Está en el baño desde hace un ratito, ya te paso o le aviso.

—Acá estoy —dijo una voz quebrada, estirando su mano para agarrar el móvil.

—Es Daniela.

—Gracias —dijo aún hipando—. Hola, Da.

—¿Estás bien?

—Sí, hace minutos que llegamos, aún no me recupero, dime qué está pasando.

—El hijo de puta dejó en la puerta de la casa de tu mamá un regalo para Leila, según dan los cálculos, fue antes de que te fuera a buscar a ti.

—¿Leila lo vio? —preguntó extremadamente seria.

—Tu mamá me dijo que no.

—Gracias a Dios.

—Tu mamá está muy preocupada, sabe que puedes estar muy afectada y tiene miedo de que tengas una posible recaída.

—Estoy bien, gracias Dani. Corto contigo y la llamo para que se quede tranquila. ¿Él dónde puede estar? ¿Dónde fue a parar?

—Salió corriendo como rata por tiraje. Como una bien apestosa, volvió a huir.

—Brendan se ha portado como un caballero —interrumpió a su amiga, cambiando el tema a algo más importante. A algo del presente, a lo que la hacía volver a levantarse.

—Me alegro muchísimo, respira, relájate y descansa.

—Gracias Dani, ya llamo a mi mamá —cortó la comunicación y le devolvió el móvil a Brendan.

—¿Todo bien? —preguntó más aliviado al haberla escuchado segura de sí misma charlando con su amiga.

—Sí —respondió, respiró profundo y le sonrió.

La llamada que le hizo a su madre fue en privado, ella no quería que él se enterara de detalles del dolor de su pasado. Creía que si lo excluía de esa parte triste y dolorosa de su vida sería mejor para seguir adelante.

Quería que el comienzo fuera completamente diferente y sin heridas abiertas. Pensó que podría ser así, sin interferencias. Pero no corrió con esa suerte.

Capítulo 10

Dos golpes en la puerta se escucharon mientras ella seguía encerrada en la habitación que le había habilitado Brendan para que lograra relajarse, llorar o patallar a gusto. Él le había preguntado si quería su compañía y ella le respondió con una negativa, que le agradecía de corazón todo lo que estaba haciendo por ella, pero que necesitaba un momento a solas. Él respetó su decisión y en silencio gritaba: *No te imaginas cuánto te entiendo.*

Brendan dejó pasar a su amigo Marco y a Daniela. Los invitó a ponerse cómodos en los sillones del living y se propuso preparar café.

Daniela se acercó a él para saber dónde estaba su amiga, él le contó cómo la había visto y lo que ella le había pedido, privacidad.

—Gracias por cuidarla.

—Estoy preocupado por ella. No sé cómo ayudarla.

—Lo estás haciendo. ¿Me dices qué puerta tengo que golpear para poder verla? Este lugar es gigante.

Caminó por el largo pasillo siguiendo los pasos del modelo y observando la majestuosidad del lugar. Las paredes estaban adornadas con cuadros con fotos de diferentes tamaños, de diferentes partes del mundo.

Brendan le señaló la puerta donde se encontraba Julia y las dejó solas.

—Julia, soy yo. Déjame entrar por favor. —Habló Daniela apoyando la oreja en la puerta de la habitación intentando escuchar algún movimiento o ruido.

La voz de su amiga fue como un sedante natural, se apresuró a abrir para dejarla entrar y se dejó abrazar.

El llanto se desató a modo de mar embravecido ruidoso y doloroso. Imposible de contener. Su amiga se unió en su dolor, también lloraba, en silencio.

—Respiremos profundo, tranquila Juli, ya está —trató de calmarse y de calmarla.

Julia intentó hablar, Daniela la volvió a abrazar.

—Me duele el alma, no sé ni por dónde empezar, creía haberlo superado. Cinco años pasaron. ¿A ti te parece? El tipo me abandonó para pasear por el mundo solo, porque con una mujer y un bebé no iba a poder. “*Me cortaste*

las alas”, me dijo el muy hijo de puta. Y ahora vuelve queriendo ver a mi hija, es mía, yo la crié solita. ¿Quién se cree que es para venir a reclamar algo por lo cual nunca estuvo? —escupió casi sin tomar aire.

—Tranquila, ya podrás asimilarlo. Lo importante es que te mantengas fuerte y que Leila esté bien y protegida, después pensaremos qué hacer, ahora no es el momento.

—¿Y si vuelve? ¿Qué hago? Es el padre.

—Mucho no puede reclamar, tiene la denuncia que le hiciste por abandono de hogar, además no hay ni un documento que avale que sea el padre.

—No quiero que me saque a mi, Lei, ¿qué hago sin ella?

—Eso no va a suceder, quédate tranquila.

—Me voy a buscarla, ¿me acompañas?

—¿Estás segura de que quieres que te vea así, triste y confundida? Ella está bien, déjala en su mundo de fantasías de princesas y unicornios... —sugirió su amiga, tratando de convencerla para que se calmara.

Después de unos segundos, y varias respiraciones profundas, Julia al fin se secó las lágrimas, enderezó su cuerpo y asintió.

—¿Le puedes pedir a Brendan que venga, por favor?

Daniela no emitió sonido, solo salió al pasillo para buscarlo.

—Necesita que vayas.

Brendan caminó lo más rápido que pudo hasta llegar a la habitación de huéspedes, donde estaba Julia.

—¿Me permites dar una ducha? —preguntó cabizbaja sin hacer contacto visual con el hermoso hombre frente a ella. El abrazo y las palabras de su amiga la habían ayudado a levantarse, una vez más.

—Sí, claro; sígueme por favor —respondió algo aliviado al verla con otro semblante.

La guió al baño más grande de su casa, el que solo él disfrutaba, el que estaba casi escondido en un rincón de su hogar.

Sin mediar palabra corrió la cortina vidriada que tapaba la bañera, abrió varios grifos y comenzó a llenarla. Se estiró hacia un rincón para alcanzar la puerta de un mueble donde guardaba diferentes tipos de sales y espumas de baño. Le encantaba mimarse luego de una larga sesión de fotos y sabía que debía relajar su cuerpo para poder continuar al día siguiente.

Seleccionó una mezcla de sales y se arrodilló para quedar más cómodo, las esparció en un movimiento suave. Parecía un ritual.

Julia, quien lo observaba curiosa, se quedó parada detrás de la puerta al

cerrarla; dejando de lado todo el dolor que sufría por haber abierto una herida del pasado, se sentía muy agradecida con él. Él se levantó, le tendió la mano para acercarla a su cuerpo, la miró a los ojos que ya mostraban solo cansancio y no tanto dolor ni angustia como hacía dos horas antes.

—¿Te puedo ayudar?—susurró tiernamente.

—Ya has hecho demasiado, gracias —balbuceó ella tratando de esconder su mirada.

Él no era el típico hombre que pedía por favor a las mujeres, todo lo contrario.

—Por favor, déjame ayudarte —se sintió hasta un poco estúpido al pedirlo, algo dentro suyo estaba entregado a esa mujer, más aún sabiendo que estaba sufriendo. No quería verla así.

—No me pidas por favor, se me hace más difícil decirte que no. Necesito estar sola, un rato más —Respondió mientras se llevaba la mano de él a su mejilla. Dudó por unos instantes, tal vez podría dejarlo quedarse, tal vez él la ayudaría a olvidar, tal vez, si fuera posible, podría enterrar el pasado en el pasado.

Lo vio retirarse lentamente. Respetando su pedido.

Se desnudó y se sumergió en el agua.

—¿Quién es el hijo de puta? Lo quiero cagar a trompadas —gritó Brendan con los dientes apretados mientras se acercaba al living.

—Su ex pareja —respondió Marco quien ya sabía parte de lo sucedido.

—¿Dónde vive? —volvió a preguntar agarrando las llaves de su auto.

—Para, loco, ¿dónde vas?

—A buscarlo.

—¡No! —gritó Daniela, y bajando nuevamente el tono de voz continuó— no sabemos dónde vive, ni de dónde salió, el tipo se borró hace unos cuántos años, ni siquiera debería aparecer a buscarlas. Déjalo que se vaya y que no vuelva.

Brendan caminaba de un lado hacia otro, y se pasaba las manos por el cabello en un ademán nervioso.

—Ok, ok, no me meto.

Capítulo 11

Salió de la bañera casi renovada, se sentía mucho más liviana y limpia. Había pasado los últimos cuarenta y cinco minutos dentro del agua respirando, acomodándose, volviendo a su eje, respirando, llorando, dando gritos ahogados, inspirando profundo, serenándose, llorando nuevamente, y volviendo a respirar, hasta que al fin encontró la calma.

Saber que su hija estaba resguardada la tranquilizaba.

Durante los primeros minutos que estuvo sumergida, recordó muchísimos momentos; ninguno era su favorito. Rememoró esa noche que lo esperó con la cena lista, era la primera noche de festejo, la primera cena sabiendo que en unos meses serían tres; el momento de compartir siendo felizmente conscientes de que en ese comedor latían tres corazones.

Solamente latieron dos y uno de ellos se partió en mil pedazos al encontrar un email que entraba haciendo ruidos como campanadas de iglesia al anunciar algo similar a un velorio. Se aproximaba un duelo, de esos que destrozan el alma y hacen añicos, de esos que arrasan con las ilusiones y dejan sin aire.

Julia:

Miedo es lo que siento, terror que me paraliza y me invade, ni mencionar la culpa por lo que significa este email.

Debo marchar, de hecho ya lo hice. No me busques, haz como si estuviera muerto para ti, será lo mejor.

Lo lamento. No estoy preparado para afrontar lo que se avecina; y ni el amor que siento por ti es suficiente para aplacar este susto. Siento que me cortaste las alas.

*Hasta siempre,
Víctor.*

Aún se acordaba de memoria ese e-mail tan frío como impersonal. “*Hasta siempre*”, había escrito. *Mentiroso*, pensó Julia. *Cobarde, hijo de puta*, se le escapó en voz alta.

Había quedado destrozada, embarazada y sin el amor de su vida. No podía

entenderlo. Creía que habían estado de acuerdo, había creído que ambos deseaban a ese bebé. Sabía que él quería viajar y aventurarse al mundo y se lo había preguntado muchísimas veces antes de engendrar a ese bebé. Él le había dicho que estaba listo y que también deseaba ser padre.

La volvió a invadir el dolor paralizante que sufrió noche tras noche; cuando todo quedaba en silencio, en pausa. Sintió un escalofrío recorrerle desde la coronilla hasta las plantas de sus pies al recordar la impotencia, angustia y rabia que se apoderaba de ella cuando debía ir a dormir. Algunas noches, las pasaba en lo de sus padres; otras, se quedaba su madre y otras, las sobrevivía sola, sola y su bebé creciendo en su vientre. Ambos corazones uniéndose mágicamente. En las noches de soledad y tristeza, no podía acercarse a la cama donde habían dormido juntos. Cama que había sido testigo del amor que se prodigaban, de las promesas que se habían hecho y de la cantidad de proyectos por cumplir.

Tembló al recordar la mañana que decidida a ponerle fin a su embarazo, se encontró con su madre en el camino. Se la había cruzado de frente, la había mirado y se había caído al piso. No podía más ni con su alma, ni con su ser. Menos podría seguir adelante con su embarazo, no podía; simplemente no lo lograría.

Su madre también se había dejado caer a su lado para abrazarla, como cuando era pequeñita y algo le dolía. ¿Cómo hacer para ayudarla?

A partir de ese día la llevó a su casa, le volvió a acondicionar su habitación de adolescente y cuidó de ella y de su futuro nieto. La alimentó, la mimó y la acompañó a sus controles, estuvo con ella a cada paso, en cada momento. Incluso, le sugirió ir a un psicólogo para poder tener herramientas para encontrar la fortaleza necesaria para poder seguir y aceptar a ese bebé.

Su madre y su hermana habían sido los pilares más importantes durante ese momento que se dividía entre dolor y felicidad, dicha y tristeza. Su padre no aportaba mucho, tenía tanto odio a ese hombre que había aceptado como a un hijo y el hecho de que traicionara de esa manera a su niña había sido un golpe muy bajo, y lo único que planeaba era vengarse.

Gracias al psicólogo y a toda su fortaleza interna, dejó de buscarlo, de googlearlo, de intentar llamarlo o de pasar por la casa de sus ex suegros, donde solo obtenía siempre la misma respuesta: “*no sabemos dónde está*”, “*lo lamentamos*”, “*¿te podemos ayudar en algo?*”.

Siguió adelante, tuvo a su bebé, a su princesita Leila, quien llegó para ponerle color a su vida y risas a su llanto.

De a poco volvió a trabajar desde su casa. Luego surgieron otras posibilidades, y otras más pero siempre elegía quedarse a trabajar en su casa, para hacerse completo cargo de la crianza de su hija. Tenía la gran ayuda de sus padres y hermana, quienes estaban siempre acompañando cada momento. Se volvieron más unidos como familia y eso fue lo que terminó de levantarla y que volviera a su esencia, una mujer divertida, alegre y aventurera.

Un dolor la volvió a atravesar cuando recordó el momento en que su ilusión de estar con Víctor se había hecho real la noche en que la fiesta de egresados de Traductorado Público Nacional, estaba llegando a su fin. Julia esperaba a sus amigos quienes habían ido a buscar los autos para poder volver a su casa. Había deseado no tener que volver, pero no le quedaba otra opción ya que los galanes de turno estaban ocupados y ella tenía el lema: “favores a nadie” impuesto en su cabeza, así que como no se conformaba con cualquiera, volvería a su casa y disfrutaría de una buena ducha.

Mientras pensaba en el agua caliente que la esperaba, un *Peugeot* 206 negro, con vidrios polarizados la hizo saltar del susto cuando frenó a un centímetro del cordón de la vereda, justo donde ella estaba parada.

—¡Idiota! —gritó envalentonada por la cantidad de alcohol que corría por sus venas; había comido poco y había tomado muchísimo, el calor de la noche la había invitado a empinar más veces el codo que de costumbre. Diciembre en Buenos Aires suele ser una gran invitación a perderse entre copas.

El “idiota” se bajó del auto y la encaró a pocos centímetros de su boca.

—I-DIO-TA —repitió silabeando y sonriendo para que le quedara más claro.

—Vas a ver lo que les sucede a las que se hacen las cancheras.

La levantó, se la cargó al hombro y la metió en su auto; ella no podía ni quería dejar de reírse; había deseado durante meses por ese momento. Víctor le encantaba, le volaba la cabeza y la hacía soñar con casamiento, casa hijos y dos caniches blancos. Moría por tener algo con él pero no sabía ni por casualidad si él querría algo con ella. Lo supo esa madrugada en que la llevó a su departamento, la metió en la ducha, la dejó debajo de la misma con el agua corriendo por su cuerpo, le cerró la puerta no sin antes dejarle ropa para que se cambiara luego de sentirse sobria.

La esperó en la pequeña cocina de su dos ambientes y le sirvió un tazón de café bien negro para que lograra llegar a su estado de sobriedad completo.

—¿Mejor?

—Mucho. Gracias.

—Nada que agradecer, todo tiene su precio.

Ella, ignorando ese último comentario, lo observó, tan seguro de sí mismo, alto, despeinado, sus ojos cansados delataban una velada ajetreada, pero su sonrisa pícara la invitaba a desnudarse ante él y hacerle un baile caliente para llevarlo a su cama.

Pestañeó dos veces y volvió a su centro.

—Linda ropa —dijo ella mirándose a sí misma, los pies descalzos, unos shorts negros de hombre que le quedaban inmensos, una sudadera blanca que casi cubrían el largo de los shorts y pensando que era la antítesis de lo sexy, así no podría hacer ningún baile caliente.

—A ti te queda preciosa —agregó él con dulzura —, vení más cerquita.

La tomó de una mano y la acercó a su cuerpo.

Ella creía que estaba soñando despierta, el hombre al que había estado deseando por tanto tiempo la invitaba a su hogar y la mimaba.

Lo había visto por primera vez en la cafetería de la universidad, charlando con una compañera de una materia. Hasta ese día se había burlado de su madre y hermana cada vez que decían que sus parejas habían sido amor a primera vista.

Se le hizo realidad el sueño, esa noche luego de ese café bien cargado y unos bocaditos de chocolate. Él la llevó a su cama, la invitó a subir y la desnudó con delicadeza y ternura.

El primer orgasmo de ella se escapó como en un grito ahogado, los que le siguieron se escucharon sin vergüenza y con soltura.

A partir de esa noche se sintieron el uno para el otro, como si fueran dos almas que habían sido destinadas a estar juntas para toda la vida.

Capítulo 12

Se dirigió al living donde la esperaba Brendan, con ojos dulces y cara compungida tratando de disfrazar una sonrisa para poder hacerla sentir mejor.

Palmeó el mullido almohadón en el sillón invitándola a sentarse a su lado.

Ella accedió.

Se sentó vergonzosa. Y suspiró.

—Creí que era el amor de mi vida, esa persona que un día la miras como algo imposible y que, luego, y de repente se convierte en tu otra mitad, en tu sostén y compañía. Sueñas dormido y despierto, te ilusionas, escribes proyectos en el aire, algunos se van cumpliendo. Otros se posponen. Jamás una discusión grave, todo era color de rosas, todo era maravilloso a su lado. Cuando mis amigas y familia me preguntaban la receta para ser tan felices yo no sabía qué contestarles, solo les sonreía y les hablaba de amor. Hacíamos todo lo que yo creía que las personas enamoradas hacen; van al cine, caminan juntos tomados de la mano, proyectábamos vacaciones en diferentes playas, desayunábamos juntos, cocinábamos juntos... —Ella continuó el relato mientras Brendan la observaba, no podía evitar sentir celos de cómo ella hablaba de él al principio nombrándolo como: “el amor de mi vida”. Se le estrujó el corazón. Trató de ser lo más comprensivo posible, ella se estaba abriendo frente a él y no se atrevía a interrumpirla, sentía la necesidad de ir a buscarlo y molerlo a golpes. Las ganas de levantarse e ir en su búsqueda se incrementaron en el momento en que escuchó lo siguiente.

—Hubo algo en lo que yo no estuve de acuerdo, una tarde una colega me ofreció trabajar con ella en un trabajo grande que tenía para una nueva empresa que comenzaba a abrirse al mercado y lo haría en forma de multinacional, se presentarían al mundo y necesitaban traductores, intérpretes y todo tipo de personas que pudieran estar disponibles a toda hora por un mes. Fue tan inmensa la ilusión y que al fin iba a poder desenvolverme en lo que a mi más me gustaba y de lo que yo había estudiado, me sentía más que preparada, entonces dije que sí, sin consultarle, no creí que fuera necesario; fue tal el dolor que sentí cuando él me dijo que no lo necesitaba, que si era por dinero él me haría otra extensión en otra tarjeta de crédito, que si quería salir de casa que fuera a visitar a mi familia o a amigas. Y que si por otro lado

sentía que quería conocer el mundo laboral, y me creía realmente preparada, él me tenía una propuesta en su agencia de viajes. Pero que si le pedía opinión acerca de esa propuesta, él no estaba de acuerdo, un mes a disposición de quién sabe quién, ni cómo. Me dio tal sermón que me sentí la peor de todas las compañeras de vida, hasta dudé de mi colega, de cómo era capaz de aceptar semejante propuesta de trabajo, teniendo familia e hijos. Tambaleé en mi propio eje y lo dejé ganar. Le puse una excusa a quien me había ofrecido esa oportunidad de trabajo y él me llevó de viaje, con eso, ambos creímos que a mí se me había pasado el enojo.

>>Yo jamás le había cuestionado nada acerca de su profesión de guía turístico, era excelente en lo que hacía y muchas veces me invitaba a que lo acompañara, su carácter de aventurero me obnubilaba, él siempre sabía todo y tenía una explicación y solución para lo que se presentara. Y si él era feliz, yo también —Brendan vio rodar una lágrima por la aterciopelada mejilla de Julia, odiaba a ese hombre y se maldecía por no haberlo golpeado más duro cuando tuvo la oportunidad.

Julia, con el alma desnuda y el dolor que volvía lo miró y continuó:

—Me di cuenta de lo equivocada que estaba cuando mi pequeña Lei cumplió un año.

Al terminar la fiesta, ella se durmió, se fueron todos los invitados menos mi hermana y mi amiga Daniela.

Llevaba la velita en forma de número uno para guardarla en un cajón y en el camino del living a la cocina fui atropellada por mil imágenes, por mil situaciones que me habían tocado vivir, y sobrevivir sola, con mi hija, con la hija que él no había querido reconocer, mil momentos en lo cuales si bien estaba mi familia siempre presente, la lucha interior era mía y solo mía, aprender a ser mamá y papá a la vez, noches en vela, noches de llanto, noches de dolor de pancita, noches y noches de dudas. Un año había pasado y lo había hecho bastante bien. Sin él, había salido al mundo laboral, sin él, había caído muchas veces pero me había podido levantar; la distancia y el tiempo ayudaron a desenamorarme y a desencantarme. El apoyo incondicional de mi familia y pocos amigos que me quedaban, fue lo que ayudó a que yo saliera a flote.

Ahora me carcome la culpa, por no haberle podido dar un buen padre a mi hija, por no saber si he hecho las cosas bien, si es que existe algún parámetro para saber qué está bien y qué está mal, sé que todo lo que hago con mi hija lo hago desde el corazón. Y eso tan malo no puede ser. Pero por otro lado,

siento mucho dolor al pensar en lo que le pude haber causado mientras crecía en mi panza, mi cabeza era un infierno mientras que mi corazón estaba estrujado y roto. Solo espero que eso no le traiga consecuencias cuando crezca —se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar, de vergüenza, de dolor, de no sabía qué pero ya había soltado parte de su pasado, al compartirlo con este buen hombre que parecía que quería cuidarla.

Él la rodeó con sus brazos para contenerla, le besó la cabeza, cerró sus ojos y mientras deseaba que ese abrazo terminara con su dolor, esperó a que se calmara. Estaba perdidamente enamorado de ella.

Durmieron abrazados en ese gran sillón, tapados con una manta. El calor de sus brazos, la hizo sentir protegida y cuidada. No recordaba sentirse así, confundida, asustada o ansiosa por dejarse llevar por lo que sentía por Brendan.

La despedida luego de esa noche de confesión, fue muy tierna aunque él sintió un vacío terrible en su corazón en el momento en que escuchó: “yo te llamo” escapando de la boca de Julia.

Brendan simplemente respetó su decisión por dos días, y al no verla ni en la entrada ni en la salida del jardín, se preocupó. Primero indagó a Kevin, para saber si Leila estaba yendo al jardín, se sentía como un chico de secundaria preguntándole a su hermano mayor “*qué estupidez*”, se dijo pero no se le ocurría otra cosa, no quería invadirla. Cuando Kevin le dijo que había jugado con Leila él se quedó tranquilo, si la nena estaba bien, seguramente Julia también lo estaría.

Un día no pudo aguantarse las ganas y la llamó. Nadie atendió. No volvió a insistir. Sí lo hizo al día siguiente, y al próximo pero siempre obtenía la misma respuesta.

Ya una semana sin saber de ella y sin saber qué hacer, quería respetarla sin acosarla pero se moría por tenerla en sus brazos y volver a acunarla.

Un mediodía, él salía del jardín donde había dejado a Kevin y algo brilló a lo lejos, el mundo se puso en pausa. Era ella, traía a su hija de la mano, esa mujer era lo más hermoso que había visto en su vida, y sacaba la mejor versión de sí mismo a flote. Respiró aliviado. Y se acercó a darle un beso.

—Estoy apurada —murmuró Julia avergonzada y entró a dejar a su hija en la salita.

Él la esperó sin saber si era lo correcto. Su mente le gritaba que la dejara,

su corazón que la esperara.

Julia salió apurada sin buscarlo, sin mirarlo. En la esquina, un hombre se paró frente a ella, le sacudió su mundo nuevamente.

Capítulo 13

—Hablemos —dijo él.

—Jamás volveremos a hablar, cobarde —respondió iracunda.

La quiso tomar de un brazo, pero ella lo esquivó, intentando caminar rápido, no quería verlo, correría directo a la comisaría más cercana, al estar en el centro de una ciudad, había una a pocas cuadras. Cuando estuvo a punto de dar el primer paso para comenzar a correr, su ex la tomó con fuerza por su muñeca, la giró para enfrentarla.

—Vamos a hablar, es una orden —espetó con crueldad.

—¡No! Suéltame, no voy a hablar. No tienes derecho.

—Dime un día y un horario para poder ver a mi hija y te suelto.

—¡No!

—Te dije que la soltaras —gritó Brendan, quien no se había quedado conforme con la respuesta de ella y la había seguido; vio la situación y decidió interferir cuando el tipo se puso pesado.

—¿Tú quién eres? —preguntó Víctor y en cuestión de segundos, soltó a Julia y se fue de cuerpo entero a golpear a Brendan. Pero el modelo sabía defenderse, le pegó un rechazazo que lo dejó medio tumbado. Brendan aprovechó para mirar a Julia a los ojos, en ese descuido se ligó un golpe en las costillas del lado izquierdo que casi lo deja sin aire. Víctor estaba nuevamente de pie con ganas de más golpes.

—¡Basta! —gritó Julia y se interpuso entre los dos.

—¡Tú! —dijo señalando con un dedo a Brendan—, te vas. Te agradezco, pero tienes que irte. Él respetó su decisión y se retiró lentamente del lugar, no quería que el tipo la lastimara, se quedaría detrás de un árbol, como un estúpido adolescente.

—Y tú —le dijo a Víctor mientras tomaba su móvil, y marcaba al número de emergencia de la policía—, me dejas en paz o llamo a la policía así solucionamos todo esto de una vez.

—Volveré con abogados, así lo solucionaremos —respondió mostrando sus manos a modo de rendición.

Cuando Brendan vio eso, se fue de esa escena que no le pertenecía en lo absoluto. *Es el fin*, se dijo. Giró y se encaminó hacia la agencia donde lo habían llamado la noche anterior.

“Tal vez el maldito volvió a buscarla para convencerla y lo logró; tal vez ella no se anime a estar con nadie más, dijo que lo amaba, que era el amor de su vida”, su mente iba de un lado hacia otro. No quería perder el rumbo. Volvería a charlar con su psicóloga, o tal vez con su amiga Nora.

Los días continuaron de la misma manera, ella seguía sin atenderle los llamados, la veía en la puerta del jardín, pero no hablaban, sus miradas gritaban, ella lo esquivaba, Leila preguntaba por qué Kevin no iba a jugar más a su casa.

Creyó que luego de esa noche de cariño y arrumacos, la historia entre ellos dos continuaría de otra manera.

Ella se había sincerado con él, le había contado hasta el más mínimo detalle de su dolorosa experiencia. Él la entendía y la compadecía, no sentía lástima, se sentía protector y hasta le daba fuerzas porque sabía que con su amor la ayudaría a olvidar. No porque se creyera con algún tipo de poder extrasensorial pero sí porque la amaba, no sabía si con el alma y más. Pero sí la amaba con mucho de lo que tenía.

Le dolía verla en la entrada del jardín y a la salida, y que ella le negara la mirada. En dos semanas no había logrado hacer contacto visual. No podía hacer una escena delante de los ojos curiosos de los demás padres, ya bastante llamaba la atención porque algunas madres lo habían reconocido por unos banners de una marca nacional de ropa para la cual modelaba.

Un mediodía, en el que el universo estaba a su favor, la vio llegando tarde con su hija de la mano. Ellos también llegaban tarde, ambos acercaron el dedo índice para tocar el timbre del jardín, pero ella llegó primero. Estaba apurada, no porque tenía cosas para hacer, sino que no sabía cómo enfrentarlo luego de haber desnudado su alma ante él, luego de haber mostrado su debilidad y vulnerabilidad. No podía enfrentarlo, tenía vergüenza, se sentía sin fuerzas.

Estaba intentando olvidar el dolor que había vuelto en el momento en que el ex volvió. Por fortuna, a su ex no lo vio más y jamás volvió a ponerse en contacto con ella.

A los dos segundos de que los niños hubieran entrado al jardín, ella salió casi a la velocidad de un misil en dirección contraria por la cual Brendan había llegado.

Él tomó coraje y la increpó:

—Me voy a Brasil de viaje por trabajo, ¿quieres venir?

—No, gracias, diviértete.

—Es trabajo, Juli, y sabes que parte de mí se queda acá contigo. Aunque no nos veamos, aunque no me contestes los llamados y me esquives mañana y tarde, estoy contigo y para ti cuando me necesites. Te esperaré hasta que me digas que no te espere más.

Ella aminoró la marcha y paró de caminar para mirarlo a los ojos.

Él creyó que era el final, la había invitado a que le dijera que no la esperara más. El momento había llegado.

Con los ojos llorosos, y el rulo rebelde cubriéndole parte de la cara finalmente elaboró más de una oración.

—Gracias por ser tan comprensivo, por estar siempre y por aguantar mis silencios. Diviértete, en el buen sentido de la palabra, sé que amas tu trabajo, y sé que es lo que te da satisfacción. Jamás intenté sonar con sarcasmo. Lo que te haga feliz debes hacerlo siempre. No te acompañe, no porque no quiera, sino porque necesito sanar.

—¿Crees que no te puedo ayudar a sanar?

—No te cargues con semejante mochila. No tienes que sentirte en la obligación de querer curarme

—Te adoro, Julia. Déjame cuidarte.

Ella bajó su vista, se tapó la cara y se largó a llorar.

—Más boludo no puedo ser. Perdóname, no era mi intención hacerte llorar. ¿Te puedo abrazar?

Ella asintió con un gesto de su cabeza.

La abrazó, le besó la sien, la contuvo y le mimó el oído.

—Eres hermosa, no me alejes más, por favor. Jamás te haría daño.

Ella se soltó de su agarre y, antes de comenzar a caminar fuera del alcance de él le dijo.

—También te adoro.

Para el momento en que él reaccionó acerca de sus palabras, ella ya había doblado la esquina.

Deseaba que su viaje durara poco y que se le pasara rápido para poder volver con ella.

Capítulo 14

—Por favor decídetes, Juli; tengo que reservar, y los fines de semana generalmente se complica para conseguir lugar —insistió Daniela del otro lado de la línea telefónica.

Daniela no podía soportar verla tan triste y acorazada, creyó que una tarde de mimos en un *Spa*, la haría sentirse mejor o tal vez más relajada.

Se habían puesto de acuerdo en que irían sábado o domingo de la semana que estaba transcurriendo.

Julia lo meditó por unos segundos pensando en la posibilidad de dejar a Leila con su madre.

—Creo que sábado va a ser mejor, una vez que reserves te pido por favor que me avises el horario así organizo bien.

El resto de la semana sucedió de igual manera que los días anteriores, trabajo, hija y algún que otro mate con su familia, o con su amiga.

Todos la veían triste y apagada. Nadie se atrevía a mencionarle el tema de su ex. Sabían que había vuelto a desaparecer; y eso, en cierta manera los tranquilizaba un poco. Deseaban con todo el corazón que ese capítulo se cerrara.

Una mañana en la que desayunaban juntas, y mientras Julia le daba una lectura final a un documento que había terminado de traducir hacía días, Leila la sorprendió.

—¿Estás enojada con el papá de Kevin, mami?

A Julia le saltó el corazón y se le anudó la garganta, ¿qué podía llegar a responderle a una niña de cuatro años? Iría por el lado seguro, contestarle con otra pregunta. *Qué adulta*, se dijo.

—¿Por qué me preguntas, hijita?

—Porque hace mucho que no lo veo y me gusta cómo te ríes con él.

La dulzura e inocencia de su hija le hizo desbordar el corazón, era cierto que con Brendan se reía como hacía mucho que no lo hacía y también era cierto que hacía días que no se veían, pero sabía que estaba trabajando.

—Está de viaje, por trabajo. Vuelve prontito, me mandó un mensaje y te envió saludos.

—Ah, bueno.

Eso fue todo para la niña; una simple pregunta, que con una simple

respuesta se quedaba conforme.

A Julia se le revolvió el alma, era cierto que Brendan le había mandado mensajes cada noche, y cada amanecer. Todos decían lo mismo pero en diferentes palabras: “*Buen día, preciosa*” “*Buenas noches, hermosa*” “*Good morning, sunshine*” “*Night, night, baby*” “*Hola, hermosa*” “*Hasta mañana, preciosa*”... y podía seguir recordando... pero no quería. Sus respuestas eran siempre las mismas, “*Gracias, igualmente*”. No se había atrevido a preguntarle cuando volvería, sentía que no tenía ningún derecho para hacerlo. Seguía con el miedo al abandono, y sabía que le costaría muchísimo volver a confiar en un hombre, aunque Brendan le demostrara que no eran todos iguales.

Brasil...

—Estás distraído, ¿me vas a contar lo que te sucede o se lo tengo que preguntar a Daniela? —acusó y amenazó Marco al ver a su mejor amigo cómo no daba pie con bola con lo pedido en esa campaña publicitaria. Hacía unos minutos que habían regresado a la habitación del hotel donde se hospedaban, Marco no sabía cómo levantarle el ánimo.

—No sé qué más hacer —respondió Brendan e hizo una pausa, bastante larga como para que Marco volviera al ataque.

—¿Qué más hacer con respecto a?

—Solo se dedica a recibir mis mensajes y a contestarlos, pero si yo no le mando, ella no manda. No me escribe, no me llama.

—¿Y crees que poniéndote obsesivo vas a lograr algo? Tal vez deberías relajarte. Salgamos, tomemos unos tragos, conversemos con chicas bonitas...

—No, ya paso de eso.

—¿Y si la llamas? ¿Ya has probado?

—No quiero invadirla, seguramente ni me atiende.

—Probar, no es gran gasto de energía, ¿o sí?

—Lo pensaré, tal vez mañana.

Marco se levantó y caminó hacia el refrigerador, sacó y destapó dos cervezas bien heladas y le ofreció una a su amigo.

El ruido de unos tacones por el pasillo seguido de unos golpes en la puerta les hizo dar por finalizada la charla.

—¡Vamos al bar de la esquina! —dijo una rubia despampanante a Marco

cuando este le abrió la puerta.

—No estamos seguros —Marco habló por los dos—, no se siente bien y no quiero dejarlo solo.

—Estoy bien, vamos —dijo Brendan dándole una palmada al hombro de su amigo. Cerraron la puerta detrás de ellos y siguieron de cerca a sus bellísimas compañeras de trabajo.

—Una más hermosa que la otra —susurró Marco cerca de su amigo—, no se si voy a poder controlar mis impulsos.

—Daniela te mata —tres palabras fueron suficientes como para que Marco se tapara la cara con sus manos y se diera un par de palmadas en sus propias mejillas como para volver a la realidad de que estaba comenzando una relación con una persona que lo volvía loco.

Compartieron una mesa y algunas bebidas con las mujeres; no deberían tomarse la noche libre, pero era la segunda que se atrevían a relajarse fuera del hotel. Al día siguiente los esperaban horas de trabajo y con suerte ya volverían a Buenos Aires.

—¿Bailamos? —invitaron al unísono las tres mujeres mientras se levantaban meneando sus caderas al compás de la música.

—Yo no sé si...

—¡Vamos! —los arrastraron a una pequeña pista de baile donde las luces eran más tenues que donde estaban sentados.

Dos de las modelos se dedicaron a Marco y la rubia despampanante le dedicó toda su atención a Brendan. Él no quería que la mujer se sintiera mal pero tampoco deseaba estar con ella.

—Joana, muchas gracias, pero no —ella no le dejó terminar la frase; lo tomó de una de sus manos y comenzó a acariciar su propio cuerpo al son de la sensual música. Él tenía reacción tardía. La joven continuó utilizando la mano de Brendan a su antojo mientras él no caía en la realidad. Todo se le nubló cuando ella, con la mano libre acarició su entrepierna. Justo en ese momento, en el que sintió una mano femenina tocándolo, fue cuando decidió dar por terminada la noche.

—Lo siento, me voy —dijo metiéndose las manos en los bolsillos, recorriendo el lugar con la mirada buscando a Marco. Lo vio enmarañado con las dos señoritas que lo habían sacado a bailar. Caminó hacia él para avisarle que se retiraba del lugar.

—¡Espera! Voy contigo —Marco dio el último sorbo a la copa que tenía en su mano y se despidió de las mujeres con un ademán.

—No debí haberte hecho caso, soy un tarado, esto te va a costar caro — murmuraba Brendan entre dientes mientras caminaba a paso rápido hasta su hotel.

Llegaron al mostrador del hotel, Brendan tomó la llave magnética de su habitación y entró sin continuar con sus quejas. Marco no quiso contrariarlo porque sabía que su amigo tenía razón, entonces solo se fue a su habitación a darse una ducha e intentar dormir.

Quien daba vueltas y vueltas en la comodísima cama era Brendan, ya se había dado un buen baño, había tomado muchísima agua como para limpiar su cuerpo de cualquier rastro de alcohol. Se debatía entre llamar o no a Julia.

Era demasiado tarde, llamaría a la mañana, quería escuchar su voz y decirle que moría de ganas por volver y decirle lo que sentía por ella.

Cuando iba por su décimo intento de relajarse y dejarse vencer por el sueño, escuchó unos golpecitos en la puerta, o eso creyó. Hizo oídos sordos y continuó respirando para poder descansar. Los golpes sonaron más fuertes e insistentes. Se levantó maldiciendo por lo bajo, tal vez a su amigo le sucedía algo.

Al abrir la puerta la vio, cubierta con una camisa larga y suelta, cabellos en caída, labios brillantes y una sonrisa que invitaba al pecado.

—Joana, no quiero...

—Yo sí —interrumpió la rubia, abriéndose la camisa y dejándole ver su desnudez.

Brendan abrió los ojos como platos, su miembro se tensó con vida propia sin poder controlarlo, intentó cerrar la puerta pero la rubia parecía tener fuerza y tuvo que ser muy claro.

—Eres bellísima, pero estoy enamorado de una mujer y no quiero engañarla.

—Nadie se enteraría —insistió la rubia acariciándose su propio sexo.

—No —respondió Brendan y cerró la puerta usando la distracción de ella a su favor.

Suspiró sacudiendo su cabeza, apretó su erección de forma violenta y fue al baño por otra ducha.

Al día siguiente llamaría a Daniela para aceptar su plan.

Capítulo 15

El sábado a la mañana, luego de ocho horas de sueño ininterrumpido, Julia se sentía apenas más animada, estaba ansiosa por el día de *spa* que iba a compartir con su amiga. Cargó su bolso y el de su hija en su auto y tomó la carretera hasta la casa de sus padres.

La niña, al ver salir a su tía en cuanto tocaron timbre, salió corriendo del auto y saltó a sus brazos. Julia, iba detrás con el bolso de Leila y alguna recomendación que nunca sobraba del estilo: “*no le den muchos dulces*”.

—Diviértanse, y no vuelvas corriendo como siempre lo haces, Leila está más que cuidada con nosotros —dijo su madre mientras le daba un abrazo de despedida.

—Gracias, mamá. Jamás dudo de lo mucho que la cuidan.

—¡Chau, mamiiii! —gritó la niña—, la tía me compró la nueva peli de las princesas.

—Te amo, preciosa, ¡disfruta de los abuelos, la tía y de las princesas!

Subió a su auto y se dirigió a lo de Daniela, su amiga le había ofrecido ir en un solo auto, así que ambas irían en el de Julia.

—Cachivache —susurró Daniela mientras subía al auto y ver a su amiga semipeinada con un rodete sobre su cabeza, pantalones de algodón y una campera de la misma tela con cierre al frente.

—Cállate, delirante; un *spa* no es una fiesta de etiqueta —le dio un golpecito en el hombro.

—Lo sé, pero nunca sabes con quién te podés cruzar —dijo mientras se repasaba los labios con brillo labial.

—Mirá, si es por eso, no me importa, y a quien me gustaría cruzarme está a cuatro mil kilómetros de Buenos Aires.

—Ya, ya... siempre una excusa para andar de rodete —rio Daniela y subió el volumen al sistema de sonido.

Llegaron al lugar muertas de risa, habían encontrado una emisora de radio que festejaba su cumpleaños haciendo un recorrido por diferentes momentos de la historia y eran temas que a ellas les gustaban, dejaron la garganta dentro del auto y parte de la tensión de la semana también.

Cálido como todo *Spa*, las recibieron con un tipo de ungüento para manos

que tenía aroma a lavanda.

El plan para el día fue maravilloso, luego de pasar por el sauna, que las dejó empapadas y relajadas, las invitaron a que pasaran al cubículo de ducha escocesa, donde los chorros de agua reactivaron sus cuerpos envolviéndolos y masajeándolos.

Continuaron por el jacuzzi, donde pensaron que las habían dejado olvidadas... fue ahí donde Daniela comenzó a hablar.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Bien, Da, gracias.

—No es la respuesta que esperaba, si no hablas conmigo, ¿con quién hablas? Te niegas a volver al psicólogo.

—Uf, bueno —rezongó—. Es cierto, no voy a volver a un psicólogo, cuando sé exactamente lo que me va a decir; que lo deje ir, que deje el pasado en el pasado y que viva el presente. A ti no puedo negarte que me duele, que me enoja y saca de eje que apareció así de la nada. Y que haya tenido la osadía de pedir por mi hija. Eso no se lo voy a permitir.

—Ese hijo de puta es el padre.

—Me abandonó apenas se enteró de mi embarazo. Es un mal nacido. No se merece conocerla.

—Lo sé, perdóname, no quería lastimarte con la pregunta.

—Está bien, de todas maneras me hace bien hablarlo y sacarlo. Si me lo guardo, después me enfermo. No me puedo dar el lujo de estar enferma de nuevo. Ya pasará el enojo, ya veré la forma de sobrellevar esto y dejarlo atrás, donde debería haberse quedado.

Al ver que Julia comenzaba a sulfurarse, Daniela decidió cambiar el tema a uno no tan dramático.

—¿Qué te pasa con Brendan? ¿Dónde está que no lo he visto? Ni has hablado de él.

—Está de viaje por trabajo. Está en Brasil. Me invitó a ir con él, pero...

—¿Qué haces acá? —interrumpió su amiga. El tipo te invita a pasear y tú...

—Yo vivo la realidad que me toca, Dani —reprochó Julia. —Tal vez no es la que me gustaría pero me invitó de un día para el otro, cuando aún estaba muy enojada y dolida; hacía días que no hablábamos y en la puerta del jardín me tira la invitación al aire... Imposible organizar unos días fuera de casa, no sabría qué hacer con Lei, tenía trabajo para entregar, y la verdad no estaba o no estoy lista.

—¿Qué quieres Julia? Sabes muy bien que uno puede cambiar la realidad si quiere.

Julia dio un suspiro, sabía que su amiga tenía razón, cada uno es dueño de elegir y ella estaba eligiendo perderse en la miseria y tristeza. Aunque tratara de disimularlo.

No había reparado en la belleza del lugar donde se encontraban hasta que dejó salir el aire cargado de rabia y dolor. Estaban dentro de un jacuzzi del tamaño de una piscina en forma ovalada, ubicado en un jardín de invierno, frente a ellas se veía una pared de lajas oscuras y agua cayendo simulando una cascada. Estaban rodeadas de plantas y cañas de bamboo. El sonido del agua cayendo acompañado a la música que se escuchaba en todo el lugar mimaban sus oídos, las velas que adornaban el borde del jacuzzi desprendían un aroma similar a coco o a vainilla, no podía distinguirlo, pero sabía que estaba destinado, junto con todo lo demás, a cumplir el propósito de ayudarla a bajar la locura con la cual había llegado.

—Quiero estar en paz conmigo misma y que mi hija sea feliz —largó al fin.

—Ya lo vas a lograr. Tu hija es feliz, ella está bien...

Daniela iba a continuar hablando, pero una suave campana indicaba que el tiempo dentro del agua se había terminado.

Dos mujeres entraron al lugar con batas en las manos y las cubrieron con las mismas. Las invitaron a pasar a unos cambiadores donde podrían ponerse ropa seca y luego irían a la sala de masajes.

Acostada en una camilla con una almohada tibia y rellena de flores de lavanda alrededor de su cuello estaba lista para recibir un masaje en la cara, era uno de los que tenían reservados.

Una vez que la masajista le cubrió los ojos con algo suave y sus fosas nasales fueron invadidas por el aceite que usaba al masajearle delicadamente la cara, su mente se dispersó y volvió al tema que había dejado pendiente mientras estaban en el jacuzzi. No volvería al psicólogo, pero sí volvería a las clases de yoga, también llamaría a su mentora reikista. Sabía que si ella estaba feliz, la niña también lo estaría. Sabía también que debía encontrar una manera de explicarle lo que había sucedido con su papá. Recordó una sola vez en la que la niña preguntó: *¿Quién es mi papá?* Y ella no supo qué contestar, automáticamente le había cambiado de tema, había jugado con los sentimientos de su hija y no se lo perdonaba, quería contarle la verdad pero sin que su hija notara el odio o el enojo que le salían por los poros cada vez

que recordaba a ese hijo de puta.

Se acordó también que se acercaba la fecha del cumpleaños de su hija, así que intentaría crear un mejor vínculo con ella buscando lugares donde festejarlo. Se lo festejaría a su antojo. Quería darle todo y más.

Tenía que definir qué haría con Brendan, ese hombre que le hacía repiquetear el corazón y sanar el alma. Sentía que lo amaba, pero no se animaba a decírselo. Tal vez, simplemente dejaría que él la conquistara, sin pensarlo demasiado, dejaría que el tiempo decidiera por ella, ya había fracasado una vez, la única vez que había amado, y le había ido fatal, no podría salir peor. Brendan no parecía del tipo que huye. Su ex tampoco lo parecía. ¿Cómo saber qué sucederá si no lo arriesgas?

Una campana volvió a resonar para, nuevamente, despertarla de sus pensamientos. Su amiga tenía razón en que necesitaba unas horas para despejarse. Tenía más cosas en claro y podría seguir adelante, se sentía algo más fuerte y mucho más relajada.

Las invitaron a compartir un espacio muy particular. Era un living lleno de sillones, almohadones, donde reinaba el aroma a sándalo y los colores pasteles relajaban las retinas. En el centro había una mesa baja, de caña de bamboo, sobre la misma un gran juego de té y diferentes tipos de saquitos de té para elegir. En una esquina de la mesa, había unas velas de noche y pequeños regalos en bolsitas de organza.

Una vez terminado el té, se dispusieron a cambiarse y retirarse del lugar.

Relajadas, sonrientes y embellecidas dejaron atrás el *spa* para ir en busca del auto de Julia. Llegando al lugar donde lo habían dejado aparcado, Julia se paró en seco, se llevó las manos al pecho y abrió los ojos de par en par.

Apoyado en su auto estaba Brendan, más hermoso de lo que lo recordaba, bronceado, sonriente, imponente y suyo.

—¡Vamos, primero un pie, luego el otro! —jugó Daniela mientras la agarraba de un brazo como para empujarla para que continuara caminando.

Se dejó empujar y se encaminaron hacia donde estaban el modelo y su sonrisa.

Brendan tuvo que cruzar los brazos en cuanto la vio llegar, no en modo de enojo o protección ni nada por el estilo, simplemente necesitaba frenar el movimiento de su cuerpo que había comenzado a tiritar de emoción al verla; se sentía estúpido y a la vez, tan maravilloso.

La observó sonreírle y morderse los labios, esos labios que moría por volver a probar. Hacía una semana que no se veían pero sentía que hacía

meses. Estaba más hermosa que nunca, la amaba y quería hacerla feliz.

Julia revolvió dentro de su bolso en busca de las llaves de su auto y, en cuanto las encontró, se las entregó a su amiga. No hicieron falta palabras. No había mucho que explicar. Había tomado una decisión, y el hecho de volver a verlo la había hecho sentir segura.

—¡Hasta luego, Brendan! —chilló Daniela, haciendo un gesto con su dedo índice debajo de su ojo derecho, como diciendo: estoy observándote. Gesto que fue mitad broma, mitad verdad. Ella era la que se había encargado de decirle dónde y a qué hora saldrían del spa así podía sorprenderla.

Brendan saludó con la mano para luego dedicarse de lleno a la persona que se le acercaba caminando despacio. Le faltaba el aire, el corazón se le estaba por escapar por alguna parte del cuerpo y le sudaban las manos. No podía creer su suerte, hacía unos cuantos días que no la tocaba y en ese momento tenía las manos sudadas. Se las llevó a los bolsillos, y se balanceó involuntariamente. Tampoco era una solución. Decidió entonces dar los cinco pasos que lo alejaban de ella para abrazarla. Deseaba que ella se dejara.

Se fundieron en un abrazo que ambos estaban deseosos de disfrutar; la apretó tan fuerte que ella quedó con los pies en el aire, se sostuvo con fuerza a un encuentro que duró minutos, lo que para ellos parecieron solo segundos. Sin soltarla la dejó apoyar los pies sobre el suelo. Ella pudo dejar de temblar apoyando la cabeza en el pecho de Brendan, para dar lugar a sentir el corazón de ese hombre que bombeaba al compás del suyo. Él arqueó su espalda para apoyar su cabeza en el hombro femenino, sentir su aroma y besarle el cuello. Así continuaron por unos minutos más.

—¿Me podrías repetir lo que me dijiste la última vez que nos vimos? No logré escucharlo muy bien, y me fui albergando una ilusión que ojalá sea una realidad. Deseo con todo mi ser porque así sea —susurró con voz ronca y sensual en el oído de Julia.

Menos mal que ella estaba bien agarrada al cuerpo de ese maravilloso hombre, de lo contrario, habría caído redonda sobre el suelo sin posibilidad de disimularlo.

Era el momento de hacerse cargo de lo que había dicho ese día ante de doblar la esquina... Inspiró profundo y no sin antes morderse los labios, respondió.

—Te adoro.

Él la apretó más fuerte contra su pecho, sonriendo y sintiéndose el hombre más feliz del universo. Era verdad, ella lo adoraba y él, bueno, él se sentía

volar.

—Me haces feliz, Julia. Te amo —le dijo al oído.

Aún no se habían mirado a los ojos para declarar el amor que cada uno sentía por el otro, tal vez el temor de volver a ser heridos los aturdiría a ambos; sin embargo, se sentían libres y dispuestos a dejarse llevar.

Lentamente se fue separando de su cuerpo, rompiendo ese abrazo tan anhelado, volviéndolos a la realidad, a los ruidos de los autos que no habían dejado de circular por la calle, al sonido de las personas caminando a metros de ellos, a una realidad que los sacudía por dentro. La tomó de la cintura para perderse en el color de sus ojos y descubrirse en su mirada. Ella se entregó de igual manera, el color celeste cielo de Brendan le ofrecía paz interior.

—¿Vamos?

Ella asintió y trató vanamente de disimular su sonrisa. Él lo notó y se paró frente a ella.

—Amo tu sonrisa, no la escondas, por favor.

—Gracias.

Él, como todo un caballero, su caballero, le abrió la puerta del auto para luego sentarse en el lugar del piloto y conducir hasta su casa, le tenía preparada una sorpresa.

Capítulo 16

El anochecer los encontró cruzando la puerta de la casa de Brendan. Siempre impecable, no sabía si era que él era muy ordenado y meticuloso, o si tenía a alguien que le hacía los quehaceres domésticos. Seguramente la segunda opción era la más acertada.

La invitó con un ademán a ponerse cómoda en la gran cocina-comedor, mientras encendía las tenues luces del lugar. Preparó un par de té de hierbas con agua que ya tenía lista en un termo y se sentó frente a ella en el mismo lugar que se habían besado la última vez.

Intentaban, a escondidas, tomar grandes bocanadas de aire para poder aquietar sus emociones. Ambos soñaban con tener todo del otro, no sabían cómo lo lograrían pero se amoldarían a cada momento, situación o experiencia. Lo tenían decidido. Pero aún no lo habían verbalizado.

Por su parte, Brendan necesitaba sincerarse con Julia, ella debía saber por todo lo que él había pasado, y lo roto que había estado su ser hasta que volvió a confiar en las personas.

Miró su semblante de mejillas rosadas mientras ella se distraía jugando con el saquito de té. Necesitaba emitir sonido, juntar varias palabras para armar oraciones y así poder comenzar de a poco a contarle su vida, a desnudar su alma, a demostrarse vulnerable; un simple mortal. Temía no ser lo suficientemente macho como para estar a la altura de la mujer independiente que tenía en frente...

Temía no poder contarle todo, se sentía avergonzado por lo que había vivido, por no haber sido capaz de poner un límite a tiempo, cuando lo había creído necesario. Se sentía un cobarde.

—¿Estás bien? —escuchó una voz dulce que lo sacó de su oscuro lugar. No era un cobarde, ya no más. Ahora tenía el control de su vida y una mujer que lo hacía ser un gran hombre.

Él llenó sus pulmones de aire como para juntar fuerzas y por si se fuera a quedar con el corazón rasgado y la piel en carne viva, quería estar preparado; aunque no se sentía completamente seguro de lo que iba a hacer, era consciente del amor que sentía por Julia, y, para poder continuar y sentirse libre y sin secretos, se sentía en la obligación de contarle todo, o casi todo.

Pestañeó un par de veces y comenzó con voz áspera y casi se podría decir en un tono angustiado. No quería quebrarse, haría todo lo posible para ser fuerte frente a ella, pero sabía que quería que ella viera realmente quien era él.

—Me enamoré de Paula cuando hicimos un trabajo juntos, ella estaba terminando una relación y yo estaba solo, esta profesión hace que uno no pueda estabilizarse tan fácilmente. Nuestra historia juntos se fue dando de forma natural y cuando menos lo pensamos ya estábamos casados, luego ella quedó embarazada, el sueño de convertirme en padre, el mejor regalo que me ha dado esta vida, se había hecho realidad. Kevin tenía un año cuando yo decidí hacer un trabajo en una de las pasarelas más grandes del mundo, la paga era excelente y era por poco tiempo. Tal vez fue la peor decisión que tomé en mi vida: dejarlos solos, jamás pensé que se tornaría un infierno a partir del cuarto día de mi estadía en Milán; los primeros días nos comunicábamos todas las mañanas y en las noches por webcam. Mi bebé me sonreía al verme y al escuchar mi voz y siempre me gritaba: “*papá*”.

Cuando quedaban solo algunos días por volver, y una noche de tormenta donde yo no lograba comunicarme con ellos, comenzó a sonar el teléfono de la habitación, corriendo ansioso y asustado pensando en que tal vez estaría preocupada, atendí. No solo estaba preocupada, estaba furiosa, me gritaba de todo lo que te puedas imaginar desde el otro lado de la línea, estaba como endemoniada, me dijo que jamás volvería a ver a mi hijo y que era la peor basura que había conocido en su vida. Te estarás preguntando qué mierda hice yo para que esa mujer se sintiera de esa manera para tratarme así. Logré calmarla con palabras dulces, tiernas, diciéndole que volvería pronto para poder estar con ellos dos y disfrutarlos; cambiando el tema logré aplacar su locura, y me dijo que me enviaría una foto de una revista en la que se veía una mujer a mi lado, el título de la nota se leía algo así como: “*La amistad entre el hombre y la mujer: ¿existe?*”. A partir de ese comentario, entendí su enojo; ella jamás me había demostrado ser celosa. Desde ese día, fue un infierno. Esa misma noche planifiqué un vuelo para la mañana siguiente, para volver a casa, no quería que se confundiera ni que mi hijo pasara por malos momentos viendo a su mamá tan angustiada, no era justo para ninguno de los tres. Necesitaba aclararle que yo no había hecho nada malo, más que tomarme fotos en un evento al cual me habían invitado y explicarle lo que ella más que nadie ya sabía, de cómo es el mundo de la moda y de los tabloides. Necesitaba volver y lo hice. Dejé todo atrás, pedí disculpas y volví a casa.

Un vuelo eterno, con una o dos escalas, sinceramente en este momento no recuerdo bien, pero lo que sí recuerdo es haber llamado a los padres de ella en cuanto logré tener señal, parecía que tenía el mundo en contra, necesitaba saber si estaban al tanto de cómo se sentía Paula o qué había sucedido y por supuesto escuchar algo de mi hijo; por fortuna, ellos me atendieron enseguida, pero no sabían nada de ella. Prometieron correr hacia la casa y comunicarse conmigo en cuanto supieran algo. El primer llamado que recibí fue antes de abordar el avión, no había rastros ni de Paula ni de Kevin en la casa... El segundo llamado que recibí, fue ya estando en Buenos Aires. Los habían encontrado en la casa del ex de Paula.

—¿Viajaste todo el vuelo sin saber de ellos? —preguntó con un hilo de voz Julia, casi sin pestañear, no quería perderse detalle. Sentía unas ganas inmensas de abrazarlo. Pero se contuvo porque le quería dar espacio para que pudiera continuar contándole.

—Todo el viaje, Juli, llegar y aún no tener noticias fue aterrador, recordé algo que había bloqueado, algo que había olvidado, cuando ella estaba embarazada de siete meses; un llamado telefónico que recibí una noche, la voz era de un hombre, resultó ser el ex y me dijo algo que yo no quise creer: *te va a hacer la vida imposible hasta que la dejes, vas a tener que desaparecer del país y así y todo te va a encontrar. Pregúntale qué fue lo que le sucedió en la mano, fíjate que la tiene hinchada. Fue un golpe que me dio en la cara.* Recuerdo que no dije nada y le corté la conversación. Y continué con mi vida, pensé que el ex estaba haciendo una mala jugada para volver con ella. Ella me había hecho creer que él no aceptaba que la relación entre ellos se había terminado. La excusa de la mano hinchada fue que al sentirse gorda y pesada y no poder controlar su cuerpo, se había chocado con un sillón.

>>En el trayecto en taxi desde el aeropuerto hasta la casa recibí un llamado de mis suegros, donde me contaron entre nervios, y llantos que les había costado dar con ella hasta que lograron comunicarse con una amiga, quien estaba cuidando -gracias a Dios- de Kevin, y esta los había acompañado a buscarla a la casa del ex, resultó ser que el tipo no era tan ex como ella decía y que ambos continuaban viéndose en algunas oportunidades. Cuando llegaron a la casa del hombre, ella salió de ahí endemoniada, gritando, llorando, maldiciendo, tanto a sus padres como a mí. Lo primero que recibí de ella cuando me acerqué para contenerla fue un golpe en la cara. Puse mi cuerpo a sus golpes una y otra vez para que se desahogara y que pudiera

contarme lo que realmente le sucedía. No lo podía creer, era la primera vez que participaba de una situación con tanta agresión hacia mi persona, la primera de muchas —susurró pensativo y apenado Brendan, con una lágrima rodando por su mejilla.

Julia tragaba saliva, tenía un nudo en la garganta y no sabía si correr y abrazarlo y prometerle que ella solo le daría mimos, y lo amaría por siempre. O si continuar quieta escuchándolo, quieta por fuera, por dentro, era una fiera enjaulada, quería ir a buscar a esa mujer con sus amigos abogados y hacer que la encerraran de por vida. Su corazón se saltaba latidos, sentía que sus venas explotaban en sangre que quemaba; se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio de la impotencia, al escuchar acerca de la crueldad de esa mujer, sintió el sabor de la sangre e hizo un gesto de dolor.

Brendan la miró angustiada mientras ella se secaba la sangre con un dedo.

—Lo siento tanto, yo... no sabía... nada de todo esto —largó por fin ella, inspirando profundo para poder ser fuerte por él, quería que él se sintiera cómodo contándole todo lo que tuviera que saber.

—No termina ahí, no lo sientas, ahora estoy bien y por eso te lo puedo contar... necesito que lo sepas.

—Quiero saber todo de ti, quiero conocerte y que sepas que nada de lo que me cuentas va a cambiar lo que siento por ti.

—Esa vez fue la primera de muchas como ya te he dicho, y todas fueron sin razón alguna, al menos yo no le daba ningún motivo para que reaccionara de forma tan agresiva. Parecía como que se había convertido en una persona completamente diferente a la dulce modelo que yo había conocido, y con quien me había casado.

—¿Cuál era su excusa, alguna vez te lo dijo? —preguntó compenetrada en el relato de Brendan.

—Yo creía que era porque había dejado de trabajar, se sentía gorda, no lo estaba pero había quedado con una estría que apenas se veía, y eso la volvía loca. Decía que no podría hacer pasarela nunca más y que yo era el culpable, que por mis deseos de ser padre, a ella se le había arruinado el cuerpo. Una noche, mientras estaba por dormirme, ella salió del baño hecha una fiera, saltó sobre mí y comenzó a golpearme, ella sentía placer pero yo me sentía una basura maltratada. Otro día, en un cumpleaños de unos amigos que teníamos en común, luego de que una colega nos saludara, me dijo que tendríamos que hablar, y por supuesto no fue hablar, fue una locura, de gritos, de tirarme cosas de romper una puerta a patadas y a puñetazos, me

inmovilizaba, le tenía terror, no sabía cómo hacer para que ella se sintiera bien. Te anulas tanto como ser humano cuando la persona con la cual convives controla absolutamente todos tus movimientos que no quieres dar ningún paso en falso, pero nada de lo que hiciera o dijera la conformaba jamás. Ella siempre tenía todo fríamente calculado, lo hacía cuando Kevin dormía o cuando paseaba con los abuelos.

—Lo lamento... ¿se lo contaste a alguien?

—Una noche en la que estaba intentando encontrar la manera de decirle que iba a hacer unas fotos para la agencia donde trabajamos juntos antes de que ella quedara embarazada. No es que necesitara el dinero porque con lo que habíamos ahorrado hasta ese momento sería suficiente para vivir cómodamente por unos cuantos años, pero todo era distinto, ella deseó quedarse en casa sintiéndose gorda y fea y por más que yo la viera hermosa como siempre, no iba a créeme.

>>Hacía un tiempo que tenía la certeza de que me revisaba el móvil y la *notebook*. Aparentaba estar tan ocupada con nuestro bebé que yo no quise ver la realidad ni creí que tuviera tiempo para algo más, sin embargo, la escuché de madrugada revisando mis cosas. No quería hacerla sentir mal si le comentaba que Camila también iba a viajar. Camila era una colega con la que tuve una aventura antes de conocer a Paula, y desde que descubrió eso, se le puso en la cabeza que seguimos en contacto y no era así. Prefería no tocar el tema, pero si le llegaba a nombrar la agencia, no iba a tardar ni dos segundos en atar cabos y a comenzar con sus ataques de celos. Cerré la ducha decidido a enfrentarla con toda la paciencia que pude juntar bajo el agua. Me sequé el cuerpo enérgicamente como para infundirme valor y me até el toallón a la cadera. Cuando me estaba lavando los dientes, sentí que entró como un remolino pateando la puerta del baño, con mi móvil en su mano.

“—¿Cuándo mierda me ibas a decir lo del trabajito para la agencia esa?”
—me tiró el móvil y continuó—, “me juego la cabeza que la malnacida de Camila también va a estar ahí contigo porque hacen una pareja envidiable posando, ¿verdad?”

Logré hacerme el último buche y así enjuagarme la boca llena de pasta dental para mirarla a los ojos y poder calmarla.

“—Mi amor...”

“—Mi amor, las pelotas” —interrumpió —, “¿cuándo me lo pensabas decir? ¿Viajas en dos días?”

“—Mírame, por favor. “

>>Nunca sabía qué hacer para calmar a esa fiera que salía cuando había algo que la hacía sentir insegura. Creí que siendo honesto, sería lo mejor, pero todo lo contrario, cuando le confirmé que viajaría en dos días y que estaba en lo cierto de que Camila también formaría parte de esa campaña publicitaria, se abalanzó sobre mí y comenzó a arañarme, dejándome marcado. Tuve que cancelar el trabajo. La realidad me sacudía y me avergonzaba. Fueron los comienzos de esa pesadilla que duró mucho tiempo, los gritos se escucharon más y más fuerte, las discusiones sin motivo se asomaban cada día y mi personalidad mediadora no fue suficiente para dar batalla a semejante locura.

—¿Pudiste hablar con alguien? —insistió Julia dulcemente. Pero él no la escuchó, parecía como si necesitara contarle todo.

—No salía sin ella, si me sonaba el móvil, ella se me tiraba encima para ver quién me llamaba. No sabía cómo hacer, solo iba a trabajar, perdí trabajos, otros los canceló ella, y a los pocos que podía hacer, ella me iba a buscar. O me llevaba. Todos pensaban que éramos la pareja ideal, “*que divina Paula, te acompaña con el nene...*” ¿A quién le podría contar? ¿Cómo me iban a creer? ¿A su familia? ¿A mi familia? Tenía muchísima vergüenza de contárselo a alguien. Recuerdo que un día recibí un mensaje que me cancelaban una sesión de fotos a la cual tenía que asistir esa tarde, y en la que ella había sido invitada a un babyshower del bebé de una de sus amigas. No le comenté nada de la cancelación, se ofreció a llevarme hasta el estudio fotográfico y yo acepté porque había planeado otra cosa, y una vez que la perdí de vista, fui a la comisaría más cercana para hacer la denuncia por violencia de género. Tuve que esperar unos minutos para que me atendieran, minutos que se hicieron eternos, sentía que estaba haciendo algo malo, como si la estuviera traicionando o algo por el estilo, pero hoy entiendo que fue lo primero que me animé a hacer.

>>Cuando fue mi turno, la oficial que me atendió, me preguntó qué sucedía, le conté con algunos detalles lo que venía viviendo desde hacía un año y me escuchó atenta, así como lo estás haciendo tú ahora, cuando terminé me dijo: mirá muñeco, volvé a tu casa; de camino le comprás una buena caja de bombones o de lo que a ella más le guste y se los regalás al llegar. Algo habrás hecho para que ella se sienta así y actúe de esa manera. Intenté explicarle que yo no había hecho nada malo y que nada de lo que hiciera iba a hacerla cambiar. Seguiría violenta. Y así fue. Por supuesto, por un tiempo no volví a la comisaría. Mi primer plan estaba frustrado. La oficial se había

reído en mi cara, eso me hizo sentir peor aún y me hizo dar cuenta de que a las mujeres si las maltratan, las leyes las protegen; en cambio los hombres maltratados somos unos inútiles pelotudos que no tenemos quien nos entienda, nos quejamos sin razón alguna, y nos gusta que nos maltraten. Fue muy difícil superar también ese momento. Una tarde, durante una sesión de fotos, me encontré con una ex compañera de secundaria, una fotógrafa, ella intentó entablar conversación conmigo pero yo casi ni me animaba a acercarme, me saludó y hasta creo que pensó que yo no me acordaba de quien era. Cuando la nombré con nombre y apellido, sonrió. Pero yo no pude devolverle la sonrisa... ver una cara conocida entre tanta frivolidad me hacía poner otro caparazón. En uno de los descansos, Nora Ramos se acercó y me comentó que cuando se enteró que iba a trabajar conmigo se emocionó porque había visto los resultados de mi experiencia con otras agencias y estaba orgullosa de mí, pero a la vez, le resultaba raro que yo estuviera tan desconectado de la cámara, entonces se vino la inevitable pregunta: ¿qué te pasa, Brendan? La tomé de la mano y la llevé a un lugar apartado; mientras caminaba con ella sosteniendo su mano, se me caían las lágrimas, al fin sentía que podía contarle a alguien mi desgracia, aliviar el dolor y la impotencia.

“—¿Brendan? ¿Qué sucede? Me estás asustando” —susurró Nora al verme llorar desconsolado una vez que llegamos a un rincón donde nadie podía vernos.

“—Necesito que alguien me ayude.”

“—Tomemos un café en el bar de la esquina” —sugirió sin saber en el lío en el que me podía meter si Paula me llegaba a ver con otra mujer. Seguramente debería despedirme de mi hijo de por vida, ese sería el castigo.

“—No puedo, no lo entenderías. “

“—Ayúdame a entenderlo acá, sin café. “

>>Le di mi teléfono móvil, para que viera ella misma los mensajes de texto abusivos, las amenazas, el poder que yo le había dado sobre mi persona. Nora se tapaba la boca abriendo los ojos de par en par al leer los mensajes, hasta que dejó de leer y llegó la inevitable pregunta: —¿Es físico también el abuso? Solo pude asentir, me sentía un inútil desamparado, admitirlo frente a una persona conocida hacía como de espejo, me moría de vergüenza pero había tocado fondo, necesitaba salir a flote, y ella fue la persona indicada para ayudarme. Le debo muchísimo a Nora.

>>Cuando le conté lo que me había sucedido en el momento en que decidí hacer la denuncia, se puso a mi entera disposición. Ideó un plan para que yo

podiera escapar de casa con la excusa de trabajo, involucró a uno de sus hermanos, para que llamara por diferentes trabajos, y me citaba en diferentes lugares, para distraer a Paula, sabía que muy lejos no iba a poder ir, entonces, un día trajo a la terapeuta a su estudio fotográfico. Fue mi escape, fue el empujón que necesitaba para poder quedarme en mi eje ante tanto acoso, para lograr que no me afectara y no darle el poder sobre mí. No entendía cómo la había dejado avanzar tanto. Sin lograr comprenderla, comencé, en primer lugar a resguardarme y protegerme, para luego poder salir y hacerle frente, descubrir sus puntos débiles y apuntar directamente ahí. El punto más crítico fue cuando descubrió de alguna manera, o alguna de sus amigas modelos, le comentó que yo pasaba mucho tiempo con la fotógrafa. Muy poca gente sabe que Nora jamás se fijaría en mí como hombre, tú debes saberlo, por eso te lo cuento, porque sé que la noche que me invitaste al bar dudaste de si ella era algo mío, y sí lo es, es una gran amiga; pero nada más. Enterarse de Nora desencadenó todas sus locuras juntas, la terapeuta me ha dicho que la palabra no es locura, sino patología, es una encantadora psicópata. La noche en la que me engañó para que corriera a su casa, me golpeó, encadenó y me llevó a lo peor de mis miserias, el miedo que me hizo sentir los primeros minutos en los que desperté y me di cuenta de que estaba encadenado, jamás lo había sentido. Fue en ese momento en el cual logré jugar su juego, me hice pasar por su sumiso sabiendo que yo no lo sería nunca más.

Julia lo escuchaba atenta, lo miraba con lágrimas en los ojos, y, de tanto en tanto se tapaba la cara como no queriendo creer las palabras que salían de la boca de ese hombre a quien amaba con todo su corazón.

—Esa fue la última noche que la vi, que Kevin la vio. Entró a rehabilitación, de donde jamás se debería haber escapado. Sé que las clínicas y espacios de rehabilitación son horribles, te juro que lo que no quería era alejarla de su pequeño, pero por otro lado también soy consciente de que mi hijo ha sido criado en un ambiente hostil, donde por más que yo haya intentado resguardarlo de sus locuras, la energía que envolvía la casa era terrible, y los niños, como ya sabemos son esponjas que absorben absolutamente todo sin necesidad de escuchar una palabra.

—¿Cómo sigue ella ahora? ¿Dónde está? ¿Puede volver a hacerte daño? — indagó Julia en un suspiro, asustada, con sus manos en el pecho.

—Sigue en una de las mejores clínicas de rehabilitación del país, durante su último ingreso, al entrar con muchísimos fármacos en su sistema, sus padres decidieron firmar a mi favor, ella perdió todos los derechos como

ciudadana, y por ende perdió los derechos de hacerse cargo de mi pequeño. Una ventaja es que Kevin ya tiene cinco años y eso, no sé si lo sabes, es un punto a favor, ya que para la maldita y lenta justicia argentina, los niños deben permanecer bajo la tutela de sus madres hasta los cinco años, algo que encuentro completamente paradójico, cuando los psicólogos te dicen que los primeros años de la infancia son los más importantes en la vida de un niño. Lo que sé es que lo mandaré a terapia de por vida o hasta que diga basta. Hablando de eso, ¿crees que ha sido suficiente información por hoy?

—Yo me atrevería a decir que sí, aunque se me ocurre una pregunta más.

—Soy todo oídos.

—¿Estás divorciado? —creía que tal vez se había apresurado en hacer esa pregunta, pero no le importaba, él había desnudado su alma frente a ella, una pregunta de esa índole era nada comparado con lo que acababa de escuchar.

—Debo ser sincero contigo —hubo una pausa y continuó—, sí, me costó muchísimo pero lo logré hace un año, la relación no daba para más y además, dejé de amarla, me lastimó muchísimo.

Con un sabor triste en la garganta, Julia sonrió. Había terminado la conversación, necesitaría tomarse un tiempo para procesar todo lo que sabía ahora, pero eso lo haría después, ya tendría tiempo para ser mental y analizar cada frase dicha por él. Por el momento se quedaba con que él la amaba y con lo que estar cerca de él le hacía sentir.

—Gracias por ser sincero. ¿Cenamos?

—Preparo algo rápido, mientras cebas unos mates, ¿te parece?

—Yes —sonrió aliviada de haber podido salir de ese momento de tensión.

Él le acercó lo necesario para que ella pudiera hacerse cargo del mate mientras se ocupaba de hacer un salteado de carne con vegetales al wok que ya tenía casi preparado. Había estado deseando ese momento por meses, se sentía completamente liviano ahora que le había podido contar casi todo a la mujer que amaba. La comodidad al hablar libremente con ella era indescriptible, la quería para toda la vida.

Capítulo 17

Cenaron acompañados del sonido de sus corazones asustados, ansiosos y expectantes. Brendan había pensado en impresionarla con la cena pero lo que él no sabía era que lo que a ella menos le interesaba era si comían o no. Con lo que sí se había sorprendido era con lo que él le había contado. Tenía la leve impresión de que era un alma en pena pero no se imaginaba esa terrible situación. Quería curarle las heridas. Con su amor... quería ser quien le sanara el alma. Quería poder vocalizarlo pero se le hacía imposible. El miedo no le permitía hacerlo. Dejó los cubiertos apoyados sobre la mesa al decidir que no podría pasar un bocado más. Lo miró a los ojos. Esos hermosos ojos celestes casi sin brillo que la estaban observando.

—Muy rica la cena, gracias —sonrió tiernamente intentando contagiarle la sonrisa. Lo cual logró y se sintió satisfecha.

—Gracias a ti por aceptarla. ¿Quieres algo de postre?

—Música, living y más tarde una taza de té.

—¡Hecho! —no tuvo que esmerarse en mostrar su sonrisa para acercarse a ella y tomarla de la mano para llevarla y complacer su pedido. Encendió una de las tantas luces que dejó el espacio acogedor y se sentó a su lado en el amplio y cómodo sillón de tres cuerpos.

—El día que te vi —comenzó a hablar él sin que ninguno se lo esperara—, fue el primer día del resto de mi vida en el cual sentí que me podía imaginar una historia diferente. Una sensación llena de bienestar y esperanza comenzó a crecer dentro de mí. Quise mostrarme como algo que no soy, como un macho sexy y me salió el tiro por la culata.

Ella seguía cada palabra como si se tratara de la lectura de las escrituras sagradas.

—Estos días fuera del país me han ayudado a darme cuenta de lo mucho que te amo. De lo bien que me siento cuando pienso en tí o cuando estoy contigo. Volverte a ver y que aceptaras estar hoy acá junto a mí ha sido grandioso. Yo sé que tengo mucho que sanar y tal vez demasiadas cosas por resolver. No me atrevería a pedirte que te quedaras conmigo por compasión o por lástima. Sé que puedo ser yo mismo cuando estoy cerca de ti. Y hasta siento que soy una mejor versión de este hombre roto que te chocó a la

entrada del jardín hace un tiempo atrás. Si te quedas conmigo me encantaría que fuera porque realmente sientes algo por mí y que confías en que yo puedo hacerte feliz. Quiero hacerte feliz. A ti y a esa pequeña que se parece tanto a ti y a quien Kevin quiere tanto —hizo una pausa para tomar aire y ser consciente de lo mucho que había dicho con esas pocas palabras. Sus ojos se posaron en ella para disfrutar de su reacción. Ella estaba con la espalda recostada en el sillón, una de sus manos jugaba nerviosa con un anillo de la otra mano, miraba hacia abajo sonriendo, su corazón no paraba de galopar descontrolado. Llevaba ya varios intentos fallidos para poder calmarse. Jamás había escuchado semejante declaración de amor. No creía que podría llegar a ser cierto. Que le sucediera que alguien se enamorara de ella como para querer compartir sus vidas juntas aceptando a su hija. Había sido tan doloroso el abandono que jamás pensó que podía llegar a tener una segunda oportunidad en el amor. Hasta el momento de conocerlo, había agradecido ser bendecida con esa hermosa criatura con quien compartía su vida. Luego de conocerlo, creyó que era un juego malvado del destino. Otro inútil que se presentaba para hacerla sufrir. El tiempo le demostró lo contrario. Una lágrima cayó tocando su anillo y salpicó su otra mano. Otra más rodó por su mejilla y luego otra y otra más. Se animó a abrirse así como estaba. Ya no quería esconder más lo que sentía. Buscó sus ojos y confesó.

—Te amo así como eres. Quiero estar contigo y conocerte y que me conozcas. Quiero que descubras mis luces y mis sombras y quiero conocer las tuyas. Estoy lista para esta oportunidad que me está regalando la vida, no pienso desperdiciarla —él se mordió el labio inferior, se pasó la mano por el cabello y lentamente se acercó a ella, para quedar a su lado, de frente para abrazarla y abarcarla toda en ese abrazo.

Le regaló un beso suave en el cuello. Le corrió un rulo descontrolado y se lo colocó detrás de la oreja. Le sostuvo el mentón con una mano para obligarla a mirarlo.

—¿Lo intentamos, Julia? —preguntó ansioso. Sus mejillas ardían. Su cuerpo hervía y moría de ganas de amarla, de hacerla suya con todos sus sentidos. Ella quería esconder su vergüenza enterrándose en uno de los mullidos almohadones. Sabía que ya no tenía escapatoria ni tampoco quería buscar alguna. Solo se dejó llevar por lo más primitivo de su ser; acercó su cara a los labios de Brendan, le dio un dulce beso en una de sus comisuras y se animó a hacer contacto visual.

Sin dejar de perderse en sus ojos, Brendan estiró su mano para atrapar la

muñeca fina y delicada de Julia, quería sentir y acariciar su pulso, necesitaba mimarla; comenzó a hacerle círculos con la yema del dedo pulgar y sintió cómo la piel de esa hermosa mujer se erizaba; ella cerró los ojos, privándolo de ese paraíso de colores verdes con destellos dorados, bajó su mirada a su boca y la observó inspirar y largar el aire lentamente a través de los labios. Toda esa seguidilla de movimientos hizo que su miembro se despertara y que su corazón comenzara a bombear más rápidamente.

Julia lo miró y vio su rubor. *No puede ser más hermoso, pensó. Esa vergüenza, ¿a qué se deberá?*

Con mucha ternura, él enredó sus dedos en la cinta del pelo para desatarla, los rulos cayeron en cascada más allá de los hombros, solo una casi imperceptible caricia dulce y delicada en su cuello la hizo sentir un escalofrío en todo su cuerpo. Sus manos continuaron el recorrido hacia los hombros acercándose aún más al cuerpo femenino. Sintiendo así, cada uno, la respiración del otro en sus labios, a centímetros de besarse.

Brendan llevó su mirada a los ojos de Julia, luego a su boca y subiendo de nuevo a sus ojos, haciendo que ella alce la mirada, sintiéndose incrédula ante tal momento. El hecho de que ese hombre tan hermoso estuviera a punto de volver a besarla, muriéndose por probar esos labios nuevamente y todo su cuerpo, queriendo lamer cada centímetro de su piel desnuda, esa piel tan suave y tersa a la vez, esa piel de hombre.

Le sostuvo el cuello y se acercó más a su boca, posando sus labios en los de ella, utilizando su lengua para probarlos, los succionó con sus labios y con los dientes le dio pequeños mordiscos; volvió a parecer lo más dulce y rico que jamás haya probado en su vida, se encaprichó en morderla y besarla toda, cada centímetro de su piel de mujer hermosa que era.

Julia se entregó al beso devolviendo cada mordisco y cada lamida, abrazándolo con fuerza y acariciándole sus hombros por debajo de su camisa.

—Desnúdame —pidió Brendan con voz ronca, lleno de excitación—, por favor.

Julia decidió comenzar por los botones de la camisa, mientras él, con suma delicadeza, le levantó la remera y le acarició los pechos por arriba del brassier, sintiendo los pezones duros y erguidos haciendo que su erección creciera más y ruborizándose al pensar lo mojado que estaría su bóxer.

En un gemido, Julia levantó los brazos y le pidió:

—Por favor, tú sácame la remera.

Los dos ya sin la parte de arriba de la ropa, se sintieron piel a piel, Brendan

se dejó caer de rodillas y la arrinconó entre los almohadones y su cuerpo. Le besó el ombligo, bajó sus labios a la altura de su vientre para probar su piel, su lengua curiosa jugó por el borde de su fino pantalón de algodón, paseó la punta de su lengua de un lado hacia el otro disfrutando cada sensación que le provocaba lamer esa piel, sentir cómo ella empezaba a temblar, a gemir entrecortadamente por lo difícil que se le hacía respirar. Brendan levantó su mirada para observarla mordiénose el labio, arqueando su espalda, mostrando el cuello enrojecido y tenso; siguió bajando su vista y descubrió sus pechos duros y redondos, pidiendo un poco de alivio. Decidió estirar un brazo para desnudar un pezón y liberarlo de la tortura para propinarle otro tipo de tortura, lo acarició con la palma de la mano ejerciendo presión, apretando y masajeando; lo pellizcó con sus dedos, sin dejar de probar su cintura. Con la mano que le quedaba libre, tiró del cordón que hacía de cinturón y de un pequeño movimiento le bajó unos centímetros su pantalón de algodón, dejando a la vista las formas femeninas que comenzaron a moverse como reclamando atención.

Brendan le acarició el otro pezón, mientras su lengua siguió con su tarea de probarla toda, su boca descendió algunos centímetros para lamer sus caderas, haciendo círculos en su piel, jugando, disfrutando... excitándose cada vez más a medida que se acercaba al centro de su placer. Sus manos se posaron en su cintura y sus dedos se enredaron en su tanga para bajarla lentamente. Julia gimió llena de gozo, de emoción y con una pizca de pudor... Él acompañó sus manos con su boca, su tanga se deslizó hacia abajo y su boca también, le lamió los labios, su clítoris y su entrada tan dulce.

—Estás tan mojada —murmuró casi gruñendo.

Julia no contestó, solo sonrió jadeando, y lo miró cómplice mientras separaba más las piernas para él, invitándolo a que la invadiera todavía más con su boca.

Brendan agradeció ese movimiento con lujuria en su mirada, y comenzó a invadirla, a comerla a besos, a morder su centro de terminaciones nerviosas, lo chupó y lo volvió a lamer, levantó una de sus piernas sobre su hombro para tener mejor acceso a su preciado botón, y comenzó a penetrarla con su lengua, mientras le pellizcaba el clítoris con sus dedos, la escuchaba gemir más fuerte, y disfrutó sentir cómo su cuerpo convulsionaba en su boca. Lamió cada gota de su orgasmo, lo saboreó y le acarició los pechos hasta que sintió que ella se relajaba.

Una vez que los latidos cedieron, y la respiración de ella comenzó a

regularizarse, ella fue quien tomó las riendas, ya dejando el pudor de lado, le acarició el cabello despeinado por sus propias manos durante el mimo en su entrepierna y buscó hacer contacto visual, una vez que lo logró, ambos sonrieron. Ambos rojos de placer y lujuria, deseando más y más.

—Adoro tu sabor, me hace volar lejos, creo que será mi mejor medicina.

—¿Solo eso? —indagó Julia con gracia.

—Eso y tus besos, claro, y también todo tu amor, y...

Ella no lo dejó terminar de hablar, puso su dedo índice sobre sus labios, queriendo que se callara. Recostó su cabeza y dejó que él la abrazara desde la posición en la que estaba. Inspiró profundo una vez, llenando sus pulmones de aire, exhaló, lo volvió a hacer y en la segunda exhalación, un hilo de cordura y realidad amenazó con atacarla, no quería pensar, se negaba a aceptar que eran dos almas rotas y que estaban juntos para sanarse, se rehusaba a ser razonable. Se removió inquieta debajo de él. Le acarició el cabello, él la miró embelesado, ella le tocó la punta de la nariz con un dedo y continuó la caricia rozando la comisura de los labios masculinos.

Él estaba listo para ella; se levantó, le extendió la mano y la llevó a paso lento por el pasillo hasta su habitación, la invitó a sentarse en el borde de la cama, su cama, lugar casi sagrado para él.

Se posó frente a ella con el torso desnudo y el jean aún cubriendo el resto del cuerpo.

Sonrojado, lujurioso y enamorado, le regaló una mirada llena de palabras sin pronunciar que solo los amantes entienden. Ella lamió sus labios y se preparó para amarlo. En un movimiento entre torpe y nervioso, le desabotonó el jean, cerró los ojos, y de a poco bajó la prenda, la única prenda que lo cubría.

—¿Por qué cierras los ojos? ¿Tan feo es lo que tienes en frente?

Ella sonrió y de a poco los fue abriendo; se encontró con un miembro imponente, enrojecido y brillante, que pedía, a gotas de placer, un poco de atención. Brendan tomó las manos de Julia y las posó en su cadera, las manos femeninas le quemaban la piel, ambos estaban ardidos y necesitados por saciar la necesidad de sentir todo del otro.

El recorrido comenzó por la parte más sabrosa, por esa lágrima de goce que había comenzado a rodar por un costado, ella saboreó el néctar y retomó su dulce caricia, subía y bajaba lamiendo, llegando hasta la base para volver a subir, se detuvo en el glande para succionarlo y hacerlo suyo. De un impulso introdujo toda la virilidad en su boca, masturbándolo con su caliente cavidad.

Sus manos ya no lo sostenían, sino que lo aprisionaban, ayudando a que sus caderas fueran al compás del pene dentro de su boca.

Brendan gruñió de placer mientras se entregaba a la locura de dejarse llevar, le sostuvo un mechón de cabello en una mano y le tiró la cabeza hacia atrás, empujó con más y más fuerza dentro de la boca femenina. Estaba a punto de acabar cuando decidió detenerse.

Ella quedó inmóvil por unos segundos, con la boca abierta, los labios rojos y el corazón agitado. Encontró los ojos celestes de él y lo miró desorientada.

—No quiero llenarte aún. No quiero llenarte ahí —respondió Brendan, revolucionado.

Ella se movió despacio hacia atrás subiendo unos centímetros más para quedar tendida sobre la cama. Él la siguió y quedó apoyando las manos a los costados de su cuello. Besó su nariz y buscó sus labios, se perdieron en un beso con lenguas danzantes, casi sin aire, llenando la habitación de gemidos. El beso continuó salvaje, ambos se preguntaban cómo lograron vivir sin ese tipo de besos durante tanto tiempo. Y hasta se cuestionaban si alguna vez habían sentido lo que en ese momento los movilizaba tanto.

Lentamente, Brendan la penetró, adentrándose en un remolino cargado de placer, ansiedad, locura y adrenalina. Ella abrazó su cintura con las piernas y se dejó llevar.

Capítulo 18

—¿Qué pasa, Lei? ¿Por qué estás tan enojona? ¡Hoy es un gran día! ¡Es tu cumpleaños!

—¿Y por qué no hay nadie?

—Porque es temprano, princesa.

—¿Va a venir Kevin?

—No lo sé, Brendan estaba ocupado hoy. Me prometió que si podía lo traía.

Leila se cruzó de brazos, bajó la cabeza y pateó el suelo. Tenía un berrinche de esos que ni su dulce favorito la conformaba. Julia se arrodilló para quedar a su altura, la abrazó y le dio un sonoro beso en una de sus coloradas mejillas.

—¡Mira quién llegó! ¡La tía Dani!

—¿Y ese quién es? —preguntó curiosa al ver a su querida tía postiza de la mano de un hombre.

—Hola, princesa, ¡feliz cumple!

—¿Tú quién eres? —espetó la cumpleañera mirando de frente al acompañante de su tía.

—Soy Marco, feliz cumpleaños, princesa. —El hombre hizo una reverencia, tomó la pequeña manito y le dio un beso en el dorso.

Ella bateó pestañas, el tipo de coqueteo que se puede hacer cuando se cumplen cinco años al ser cortejada por un supuesto príncipe y sonrió.

—¿Qué me trajiste? —le preguntó a Daniela, dejando de lado la fantasía.

Daniela le tendió su mano con varias bolsas grandes y muchos paquetes de diferentes tamaños dentro.

—Para que te entretengas, todo esto es para tí.

—¿Qué se dice? —se escuchó desde lejos la voz de Julia, que estaba prendida del móvil, mientras terminaba de presentar los souvenirs en el rincón elegido.

—¡Gracias, tía!

El llamado que atendió Julia era de Brendan quien se estaba disculpando por no poder llegar a horario con Kevin, y pidiendo permiso para enviarlo con su abuela para que no se perdiera el cumple. Estaba en una sesión fotográfica y se había atrasado, la agencia para la cual había firmado contrato

por medio año era muy rigurosa y exigente, y si algo salía mal o si se escapaba el más mínimo detalle, no paraban hasta cumplirlo. Se disculpó varias veces por no poder llegar temprano, y le cortó la comunicación con la promesa de que llegaría para el momento de soplar las velitas.

Julia suspiró mirando a su alrededor, sonrió al ver a su niña saltando de alegría mientras abría un regalo. Su corazón se contentó al darse cuenta de que estaban acompañadas por las personas con las que siempre había podido contar. Se sentía agradecida.

Mientras caminaba hacia el tumulto de personas que rodeaban a la cumpleañera, acomodó con suma delicadeza una velita que se había caído de la torta.

—¡Keviiiiinnnnn! —gritó la niña tirando por el aire lo que sus manitos sostenían para correr al encuentro del niño que estaba a punto de formar parte de su familia.

Detrás del amigo de Leila, se encontraba una señora muy bien vestida, de alta estatura y un porte dulce; de ojos cansados y sonrisa cálida.

—Pase, señora —Julia se apresuró a invitarla, la había visto en fotos en la casa de Brendan, y si no la hubiera visto, podría llegar a deducir que esa sonrisa le era familiar. Al fin descubría el origen.

—No me gustaría importunarla, Julia. Solo vine a traer al niño, a pedido de mi hijo, y claro, cómo negarme si Kevin está vestido desde hace más de dos horas y preguntando cada cinco minutos a qué hora era el cumpleaños de su amiga.

—Por favor, adelante. Siéntase bienvenida y como en su casa, mi familia es pequeña y son personas muy agradables, ya verá.

—Muchas gracias, Brendan tenía razón, eres una mujer muy dulce y la ideal para cumplir con los deseos de su abuelo.

Julia, al escuchar esas palabras que quedaron suspendidas en el aire a modo de elogio, decidió agradecerle con un gesto de su cara y se dio media vuelta para retirarse, ya llegaría el momento de las presentaciones formales, y sobre todo de las explicaciones. ¿Deseos de su abuelo? ¿A qué haría referencia?

No veía la hora de verlo llegar, lo extrañaba, estaba ansiosa por que estuviera ahí compartiendo ese momento importante.

—¿Dónde está mi amiga? —preguntó Dani chasqueando los dedos frente a su cara.

—¡Aquí estoy!—sonrió y le guiñó un ojo.

—¡Vamos! Que la fiesta recién está por comenzar. Menos mal que el payaso que contrataste llegó a horario, y entre nos, una pena porque Marco venía en el auto practicando morisquetas para jugar con los niños —le dio ánimo mientras le daba un codazo, como si fueran dos adolescentes.

—Marco... —sonrió—, ¿qué sucede con él?

—¿Qué es lo que no sucede?, deberías reformular tu pregunta, porque sucede de todo, te lo cuento luego, ¿sí?

Caminaron hacia detrás de una ronda formada con niños que había organizado el payaso y disfrutaron del show pero más que del show, gozaron al ver a esos niños felices.

Julia miró a su alrededor, no quería perderse ningún momento, ese era especial, ella se sentía especial, sabía que al fin había tomado las riendas de su vida. Miró a su madre, charlando y sonriendo junto con la madre de Brendan, a pocos metros a su hermana, con una bandeja de cupcakes en sus manos, mientras daba órdenes a los organizadores del cumpleaños para que tuvieran lista la mesita donde comerían los pequeños agasajados. Buscó con la vista a su padre, aunque sin verlo, sabía donde lo encontraría: con los niños, disfrutando del show. Criticaba en silencio algunas actitudes de su padre, pero admiraba en voz alta y con el alma ese poder que tenía de demostrar que no importa la edad; siempre se puede ser un niño, se puede disfrutar y jugar.

Su padre alguna vez le contó que sintió que no había tenido infancia. Que no había tenido la posibilidad de poder jugar con otros niños, que si bien, no les faltaba para comer; mientras los otros niños disfrutaban de los fines de semana, él trabajaba -por así decirlo- en la iglesia de su ciudad. Su madre era amiga del sacerdote de turno y este le había comentado que necesitaba a un niño para que lo ayudara con algunos quehaceres del lugar, al poco tiempo fue nombrado monaguillo y a posteriori, sacristán. En ese festejo de cumpleaños él era un niño más. Y ella se emocionaba al verlo.

Luego del show, los niños se sentaron en la mesa destinada para ellos, para comer y beber refrescos; Julia no paraba, iba de aquí para allá y de tanto en tanto encendía la pantalla de su móvil deseando tener un mensaje de él. Los únicos mensajes que tenía eran de algunos de los padres de los niños que estaban en el cumpleaños, preguntando si estaba todo en orden y si se estaban portando bien. Ella les había sacado fotos mientras se reían con el payaso así que decidió enviárselas para que se quedaran tranquilos.

Llegó el momento de soplar las velitas y aún no tenía noticias de Brendan,

seguía disfrutando del cumple de su hija y muriéndose de risa de lo graciosos que eran sus amiguitos. Logró, junto con sus familiares, que casi todos se reunieran alrededor de la torta, le acomodó con sus manos el flequillo rebelde a su hijita. Y sonrió al cantar la variedad de canciones de cumpleaños que se sabían los grandes y los pequeños.

Se apagaron las luces y no pudo definir cuántos niños soplaron las velas, sin embargo, sí pudo sentir un aroma que la hipnotizaba e idiotizaba, el alma le volvió al cuerpo, ya se estaba poniendo demasiado nerviosa sin saber de él.

Él la tomó de la cintura y le dio un beso en la nuca, acción que la excitó.

Se encendieron las luces y disimuló su estado poniéndose a la altura de su hija para felicitarla por su nuevo año y para darle un tirón de orejas y un abrazo de oso. Él se puso a la altura de la niña, la felicitó con un beso en la coronilla y le dio un regalo.

—¿Qué es? Es pesado —dijo curiosa mientras observaba los lados de la cajita color rosa que contenía el regalo.

—Ábrelo.

Con la ayuda de su mamá lo abrieron y sacaron una cajita musical de bronce labrado. Julia le dio cuerda y subió la tapa; dentro, estaban dos bailarinas que se movían al compás de Mozart.

La sonrisa de la niña engrandeció el corazón de Brendan.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¡Gracias, papá de Kevin! —gritó y se colgó de su cuello.

—¿Por qué te cuelgas del cuello de mi papá? —indagó su amiguito mientras miraba lo que ella tenía en una de sus manos.— Esa cajita estaba en la casa de la abuela, dijiste que no se podía tocar, papá. ¿Por qué se la das a ella?

Sorprendido por la actitud de su hijo. Se puso de rodillas para quedar más a la altura de ellos dos, y darles una explicación, aunque sospechó que Julia también querría una.

—Esta cajita pertenecía a mi abuela, que vivía muy lejos de aquí, ella se la regaló a mi mamá pero como estaba tan lejos, estuvo en la casa de mis tíos hasta que en uno de los viajes que hice para visitarlos, la traje y se la di.

—¿Fuiste en barco? —quiso saber Leila.

—No se va en barco, se va en helicóptero. Se llega más rápido —respondió Kevin, haciéndose el sabelotodo.

—El helicóptero lo usa la policía, seguro que fuiste en barco —defendió Leila.

—Fui en avión, en poco tiempo viajaremos todos para allá —sonrió y miró a su amor, que lo observaba sonrojada y feliz. Amaba su sonrisa.

—Síííí —gritaron al unísono. Leila le dejó la cajita musical a su madre en las manos y se fue junto con Kevin a seguir disfrutando de la fiesta.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás?

—Muy bien, y ahora que tú estás aquí, mucho mejor. Tu madre es un sol.

—Gracias, sí, lo es.

Se perdieron en un abrazo amoroso, que no concordaba para nada con la música que estaban bailando los pequeños invitados y algunos grandes.

—Voy a saludar a mi madre —sonrió contento y la besó en la frente.

La fiesta continuó en la casa de Julia, pero ya con unos pocos invitados selectos, amigos íntimos, como lo era Daniela. Brendan y Kevin no necesitaban invitación, Marco, también estaba ahí por razones obvias.

Los niños se sentaron en el centro de la sala de estar para jugar con los regalos, los paquetes, las bolsas, los moños. Incansables y siempre pidiendo más. En cambio, los adultos, se dejaron caer en los sillones, casi peleándose por quién se quedaba en el más grande.

Quien se levantó, se estiró y caminó lentamente hacia la cocina fue Brendan, Julia buscó la mirada de su amiga, y ambas, sin entender mucho, miraron a Marco. Tal vez, él sí estaría al tanto de las intenciones de su amigo. Ese juego de miradas fue completamente en vano, por dos razones, la primera, porque Marco solo hizo un gesto con sus hombros, acompañado de una mueca de su cara dándoles a entender que no sabía nada. La segunda, porque a los dos minutos, apareció Brendan con cuatro copas y una botella de vino en sus manos.

Llenó las copas bajo la atenta mirada de los mayores, mientras que los niños jugaban distraídos, absortos en sus roles de piratas y princesas.

—Soy un hombre libre y feliz —levantó una copa y les hizo una seña invitándolos a que se unieran en su brindis—, estoy enamorado de esta mujer que se atravesó en mi camino, adoro a su pequeño tesorito, y todo lo que las rodea. Agradezco que sean parte de mi vida —chocó su copa con la de Julia y luego con la de Daniela y la de Marco, todos estaban emocionados; buenos tiempos se avecinaban y estaban dispuestos a disfrutarlos.

—¡Tengo hambre! —interrumpió el final del brindis uno de los niños.

—¡Yo también, mamá! —gritó Leila.

Con lágrimas a punto de escapar, Julia dejó la copa sobre la mesa ratona y se levantó para ir en busca de algo para los niños.

—Te ayudo —se ofreció Daniela caminando detrás de ella.

Marco aprovechó para abordar a su amigo, y atacarlo a preguntas acerca de lo del divorcio, Brendan fue bastante escueto, era un día de celebración, y la información que había dado era suficiente. Ya tendrían tiempo para ponerse al día con detalles.

—Cuéntame qué sucede con Daniela —indagó curioso. Percibiendo que obtendría una corta respuesta, conocía muy bien a su amigo.

—Primero que nada quiero decirte lo feliz que estoy por ti amigo. Hoy te miro y veo a un hombre seguro de sí mismo, un hombre que lleva la cabeza en alto y no tiene más miedo —dijo dándole una palmada en un brazo para luego continuar—, Daniela hoy ocupa todo. No hay mucho más para decir.

—Cuando menos lo esperas, aparece...

—¿Qué es lo que aparece? —preguntó Kevin que al parecer había estado escuchando parte de la conversación.

—¡Aparece la comida! —gritó Leila aplaudiendo.

Los hombres se miraron sorprendidos y rieron a carcajadas, y, tal vez avergonzados por haber tenido una charla de adultos, delante de dos niños que aparentaban no estar prestando atención.

—¿De qué nos perdimos? ¿Por qué ríen de esa manera? —inquirió Daniela, también uniéndose a las risas. Ver a Marco disfrutar de ese modo, la ponía a mil.

—De nada preciosa. Esos dos niños son muy graciosos.

Julia les puso unos canapés sobre una mesita de Leila, y les propuso mirar una película, los veía agotados y alterados, una mezcla que los llevaba directo al berrinche nocturno, y habían tenido un día maravilloso, estaba lista para evitarles un mal momento.

Volvió a su lugar en el sillón, por un rato. Ellos también cenarían algo rápido con Daniela y Marco, quienes habían comentado como al pasar que tenían un plan nocturno, ninguno se animó a preguntar acerca de los detalles de ese plan.

Capítulo 19

—Se quedaron dormidos en el sofá grande, tienes que verlos, parecen dos angelitos dulces cuando duermen —Brendan se acercó a Julia por detrás, sobresaltándola. Ella había recogido la mesa, mientras Brendan despedía a sus amigos. Estuvo sola en la cocina, lavando algunos platos y vasos y suspirando involuntariamente, como una adolescente.

—Preparé un colchón en la habitación de Lei, para que podamos acostar a Kevin. Sé que a mi tesorito no la despierta nadie una vez que cae profundamente dormida. ¿Crees que tu niño se quede? —hizo una pausa, nerviosa y se puso de todos colore—, perdón, me tomé el atrevimiento de suponer que se quedarían. No tienen que quedarse, no te sientas en la obligación de hacerlo...

Un beso la calló. Un abrazo terminó de disipar sus dudas.

—¿Qué te parece si los dejamos donde están? Parecen cómodos, les saqué sus zapatos y los cubrí con unas mantas que encontré en un rincón de la habitación de Lei. Les puse almohadones en el suelo, por si alguno de los dos se cae. ¿Hice bien la tarea? —ella asintió y él la tomó más fuerte de la cintura para continuar—. No quiero correr el riesgo de que se despierten si los muevo. Tengo una idea, sígueme —la guió hacia el pasillo que daba hacia el baño.

Antes de entrar le soltó el cabello, miró hacia atrás asegurándose de que los niños realmente dormían. Abrió el grifo de la bañera, y comenzó a llenarla, se paró frente a ella, la observó minuciosamente, le tomó con dulzura las muñecas y le sacó sus pulseras, luego fue a su cuello para desprenderle el colgante y la deshizo de sus aretes. Le acarició las mejillas con el dorso de su mano, ella movió su cara al compás de sus caricias.

Se arrodilló frente a ella sin perder el contacto visual, disfrutando de cada gesto de placer de esa mujer que tan loco lo tenía, dándose permiso a amarla libremente. Bajó la cabeza y le acarició los pies, ella ya se había descalzado al llegar a la casa, él adoraba su sencillez. Levantó apenas su blusa, dejando al descubierto su ombligo que asomaba tímido, acercó sus labios y sopló un aire cálido dentro que la hizo estremecer y erizar sus pezones. Continuó el recorrido de sus manos por su piel hacia arriba arrugando consigo la blusa, desnudándole el torso, redescubriendo su figura. Al pasar por su pecho,

desabrochó un pequeño botón que prendía su soutien al frente, arrasando con todo lo que podría llegar a interponerse entre su piel y la de ella. Volvió a observarla, sonrojada, atenta a sus movimientos y entregada a sus caprichos. Sopló una vez más dentro de su ombligo, acortó la distancia entre sus labios y ese diminuto centro para besarlos, al beso se unió su lengua para regalarle movimientos circulares, percibió los espasmos en su vientre, que resultaron ser una invitación a ser amado con su boca; al primer empujoncito que ella sintió dentro de su ombligo, jadeó. No podía creer que lograra excitarla tanto un simple masaje o una simple caricia en esa partecita de su cuerpo, estaba sonrojada, agitada, y sobre todo, mojada. Se aferró a la nuca de Brendan para empujarlo a que continuara jugando con esa zona erógena que acababa de descubrir.

Sin dejar de disfrutarla, estiró su brazo para intentar cerrar el grifo, el agua había estado corriendo y no quería hacer lío ni despertar a los niños. El hechizo estaba a punto de romperse, Brendan no tenía intenciones de dejar que eso sucediera. Enlazó sus dedos pulgares con la tela de su ropa interior junto con el palazzo que le cubría las piernas, en un masaje descendente la terminó de desnudar. No quería hacerla sentir incómoda por mirarla de la manera en que sus ojos la disfrutaban, sin embargo, no podía evitarlo, moría por cada centímetro de su piel, por cada curvatura y por cada cicatriz que la hacían más mujer aún. Julia se quedó inmóvil, si movía más las piernas sentiría algún tipo de pudor si algunas gotas de placer llegasen a rodar por su piel. Él se desnudó para ella, con movimientos lentos y sensuales, no era ningún tipo de danza seductora, era un hombre quitándose la ropa y dejándose observar. Se sentía poderoso y erotizado.

Una vez que estuvo sin ropa, se acercó a ella, le tomó las manos y las llevó a su pecho, para invitarla a hacer un recorrido por su piel, sintió que un escalofrío le mimó todo el cuerpo, las manos femeninas hicieron un espontáneo movimiento empujando hacia el sur de su cuerpo, pero él las detuvo para llevarlas a su rostro, quería que ella lo acariciara todo. Volvió a bajarlas e hizo que las posara sobre su espalda a centímetros de su trasero, quería saber si esas manos que tanto placer le estaban haciendo sentir, volverían a moverse hacia sus partes íntimas. No le llevó ni un segundo darse cuenta de lo acertado de sus pensamientos, sonrió y vibró a la vez que disfrutó el toque de las manos de Julia en sus nalgas. Ella no se conformó con acariciarlo, lo pellizcó y masajeó. Se mordió el labio inferior al sentir el miembro de ese hermoso hombre chocando su clítoris. Miró hacia abajo y vio

que su glande estaba brillante por los jugos de ella.

Su primer impulso fue llevar sus manos a su cara para taparse, pero él no se lo permitió, las sostuvo y las invitó a que bajaran hasta su pulsante falo, llevó una por debajo de éste y a la otra la acompañó hasta su glande, tomó el dedo pulgar femenino y lo hizo mojarse con su propio néctar, y así lubricado, hacer caricias circulares sobre el mismo. Acto que la derritió por completo; lo miró a los ojos para distraerlo, soltarse y llevarse ese dedo pulgar a su boca, para saborear la mezcla de sus jugos. Él no soportó más, apoyó las rodillas en la alfombra del suelo y la sentó en el borde de la bañera, le levantó las piernas a la altura de sus hombros y de un solo movimiento enterró su lengua en su vagina, la escuchó gemir y susurrar su nombre, la sintió estremecerse y jalarlo del cabello, nada de eso lo detuvo, quería ese orgasmo en su boca, quería hacerla eyacular y empaparse de ella. Llevó uno de sus dedos a su preciado botón prohibido y lo acarició con un suave masaje; otro de sus dedos se hizo lugar en su vagina para penetrarla sin pudor, caricia que la hizo eyacular de placer unida a un orgasmo cargado de sensaciones, despojado de pudor y repleto de lujuria. Todo fue a parar a su boca, él lamió, degustó y disfrutó tanto ese orgasmo que le provocó que no pudiera parar de amarle su sexo, se sentía insaciable. Ella seguía retorciéndose de placer y clavándole las uñas en sus hombros.

Una vez que lo hubo lamido todo, levantó la vista, sus ojos estaban cerrados, la boca semiabierta, una mano la tenía en su corazón como para calmar sus latidos con su propio tacto y sus pezones hinchados lo llamaban a gritos.

Se levantó lentamente, apoyando las piernas de Julia suavemente sobre el suelo. Se movió hasta la puerta para entreabirla y mirar si los niños aún dormían. Y así era.

Volvió a su lugar, la invitó a entrar al agua, entró luego de que ella se sentara, él quedó parado, con su miembro erecto frente a ella. Le acarició la cara y lo posó en sus labios, moría de ganas por entrar en esa boca. Ella lo miró a los ojos y abrió la boca dándole permiso a que la penetrara, lo hizo, primero lento, salió haciendo un quejido de placer, volvió a entrar, mucho más profundo, y salió, gruñendo. La tercera vez que entró fue más rápida y no paró de moverse hasta que estuvo a punto de explotar en su boca.

Se alejó abruptamente y conteniendo la respiración y consiguió ese orgasmo que estaba a punto de escapar.

Se apuró a tomar de dentro un bolsillo de su pantalón un condón, se lo

enfundó en un segundo, se le escapó un suspiro de contención, quería explotar pero dentro de ella. Recordó algo que le había llamado la atención al verla, sus adorables pechos enrojecidos y sus pezones erguidos, los observó por unos instantes mientras ella seguía esperándolo, se recostó sobre ella, le acomodó la nuca sobre una toalla para que no quedara con el cuerpo suspendido en el aire, tomó una de sus nalgas en su mano y la penetró sin pedir permiso, quería sentir su interior una vez más, esa cálida cavidad le hacía sentir una locura sublime. Bajó la cabeza a sus pechos, con la mano que tenía libre le apretó un pezón y le cacheteó el pecho, acción que la hizo gritar y volver a acabar. Llevó su boca a sus tetas y las lamió desenfrenado. Bailaban una danza que solo ellos podían descifrar, el bamboleo del cuerpo femenino dentro del agua y debajo de su cuerpo lo llevaban a un punto en el cual se creía que podía volar. Al tercer o cuarto gemido de ella, se le antojó algo.

—En inglés, por favor. Beg in english.

Ella no dudó ni un instante, quería sentirlo rebalsar de locura y hacerlo suyo una vez más y para siempre, haría lo que él le pidiera.

—Please, give it to me —pidió en un susurro. Las estocadas de Brendan le quitaban el aire.

—Louder, please. —La quería escuchar pedir por favor en inglés y bien fuerte, sabía que no podría contenerse a la dulce melodía de su voz.

Entre jadeos, se animó a levantar el tono.

—Give it to me, please. Give it to me. Please...

Tuvo que abrazarla fuerte y enterrar su cara en su cuello para sacudirse dentro de ella con más fuerza y explotar en un fabuloso orgasmo. Reprimió un gruñido y se dejó llevar.

Capítulo 20

El agua estaba helada, cuando sus cuerpos volvieron a una temperatura normal, Julia dejó ir un poco de agua y abrió el grifo para lograr entibiarse. Tomó el jabón líquido y se lo esparció por su cuerpo, Brendan copió sus movimientos. Se miraban con muchísimo amor. Ninguno emitía sonido, estaban exhaustos.

Luego de secarse mutuamente, pasaron de a uno por el pasillo hacia la habitación. Él tapándose con la bata y ella con una camisa de él que la cubría entera.

Ya en la habitación, Julia se vistió rápidamente con pantalones de algodón y una camiseta de la misma tela. Brendan no tenía otra opción más que usar la misma ropa del día, aunque siempre llevaba un bolso con ropa extra en su auto, no sentía ganas de salir a la calle. Estaban agotados, física y emocionalmente. Optaron por tirar un colchón grande cerca del sofá donde dormían los niños, por si se despertaban y se asustaban o simplemente por no despertar sospechas, aunque si lo pensaban en frío, los más pequeños por dentro ya sabían que algo sucedía entre ellos dos.

Un haz de luz atravesó la sala de estar y el primero en despertar fue Kevin.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué estás acá? —preguntó mirando a Leila, quien al escucharlo se movió debajo de la manta. —¿Papá?, ¡quiero ir al baño! —llamó mirando hacia todos lados.

—¡Estoy en la cocina! —respondió Brendan al escucharlo.

Julia se había despertado quince minutos antes que Kevin y decidió levantarse para ir a preparar el desayuno, el hombre a su lado la siguió como si su vida dependiera de ella. No podía creer que habían pasado su primera noche como una familia, sin haberlo planificado, sin haberlo previsto, se dio naturalmente y no tenía miedo, recordó que estaba en paz consigo mismo y con todo lo que lo rodeaba, al fin.

Ella, por el contrario, lo sintió caminar detrás y respiró profundo, se metió en el baño para lavarse los dientes y pensar, analizar, discutir consigo misma, hacerse mil preguntas para obtener siempre la misma respuesta: Lo amo.

Salió y lo encontró en la puerta, él le sonrió, sexy, despeinado, con los ojitos dormidos, le dio un beso en su frente y entró.

Una vez que ambos estuvieron en la cocina, prepararon el desayuno juntos, tostaron pancitos, se sirvieron tazas de café con leche y se sentaron en la pequeña mesa de la casa de Julia que dividía la cocina del comedor. Quedaron enfrentados, como les gustaba; porque así podían mirarse en profundidad, a los ojos, a los labios.

—Tenemos que hablar, ¿no te parece? —dijo ella, antes de llevarse la taza a su boca para tomar un sorbo sin quitarle la vista de encima, le encantaba verlo reaccionar y sonreír.

—Yo no fui, te lo juro que no hice nada —sonrió, tal como ella lo había imaginado.

—¿Qué quiso decir tu madre? —insistió Julia estirando un brazo para que su dedo índice alcanzara la mano de Brendan, le dio un golpecito dulce en el dorso.

—Mi madre... —vaciló —, ella y sus secuaces, alguna vez se pusieron de acuerdo para intentar hacerme la vida futura más simple, pero lo que no sabían es que yo iba a vivir tantas cosas para poder llegar a esto —la miró fijo llevándose una mano al corazón.

—¿A qué te refieres con ese gesto? Es temprano, dormí poco. ¿Podrías ser más específico?

—A lo que siento por ti, a eso me refiero, a lo que me sucede cuando te tengo cerca, a estos momentos como el de ahora, cotidianos, con aroma a hogar que se disfruta y que no tiene precio.

—Eres un dulce...

—Mi abuelo... —la interrumpió—, no tuvo mejor idea que nombrarme en su testamento; de herencia me dejó una casa, más hermosa de lo que te puedas imaginar pero...

—Siempre hay peros... —dijo ella, intentando escucharlo sin volver a interrumpir.

—...pero con algunas condiciones. Una de ellas es que me vuelva a casar, estando plenamente enamorado y que esa mujer con la que me case, me ame, me respete y acepte, y ame a mi hijo de forma incondicional.

—Vaya condiciones, me suenan a cuento de hadas... —pensó Julia en voz alta, levantándose de su silla para ir a buscar una excusa para no mirarlo, o una manta para cubrirse la cara.

Él se levantó, rodeó la mesa para llegar hacia donde estaba el amor de su

vida, la abrazó por la cintura y le robó un beso en los labios aún tibios y con aroma a café.

—Yo sé que suena a presión y que tal vez ni quieras volver a compartir tu vida con alguien más, siento que me amas y tu corazón sabe cuánto te amo. Quiero que esa mujer seas tú, no hoy, ni mañana, ni siquiera el mes que viene; cuando tú quieras, si es que lo quieres, cuando tú desees, si es que en algún momento de tu vida te animas a vivir con este fiel hombre que ama y venera hasta el aire que respiras. Has hecho de mi mundo un oasis, has sido más que una bocanada de aire, qué digo, me he quedado prendado de esa bocanada para hacerla parte de mi vida y quiero que sea así por siempre —la volvió a besar, sin querer saber su respuesta, tal vez tenía temor a escuchar un rechazo. Entonces solo la disfrutaría.

El corazón de Julia repiqueteaba enloquecido, sus mejillas se tornaron de un rojo violento y sus ojos se llenaron de lágrimas, lo último, él no lo vio porque cerró los ojos para besarla, un beso lento y suave, amoroso y pasional a la vez. Puso una mano en su pecho intentando separarlo, le costó más de un intento hasta que él accedió. Con la sangre corriendo por sus venas a una velocidad alarmante, se separaron.

La boca semiabierta de él la invitaba a seguir besándolo, pero lo había alejado para contestarle.

—Sí.

Él abrió los ojos y se quedó mirándola. Lo acababa de hacer el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Abrió la boca para verbalizar su alegría, sin embargo, las palabras quedaron trastabillando sin poder escapar, una sonrisa de oreja a oreja le demostró a Julia lo feliz que él estaba con su respuesta. Parecía un niño pequeño ante la promesa de una salida a los juegos.

Terminaron de desayunar junto con los niños, enloquecidos de amor, livianos de equipaje, emocionados hasta las lágrimas.

Los niños pasaron a jugar con los regalos que había recibido Leila el día anterior y ellos terminaron de organizar su día. Como era domingo, él tenía que pasar por la casa de su madre porque le había prometido que irían con Kevin a almorzar, y además porque le quería dar un poco de espacio a Julia para que ordenara sus pensamientos. Le había dicho que sí, no lo podía creer.

Se despidieron cerca del mediodía con un casto beso en los labios con los

niños de testigos.

—Chau, Kevin, más tarde juego contigo.

—Chau. Sí, sí. Pero me traigo mis juguetes. Los tuyos son todos de nena.

Julia y Leila los saludaron con un ademán de mano cuando los vieron retirarse y entraron a la casa para disfrutarse. Ambas querían hacer lo que siempre hacían los domingos a la mañana, pero estando los Connolly presentes, ninguna se había animado a comentarlo.

—Hoy te presto mi favorito, el de Elsa.

—Gracias, mi amor, ¿cuál vas a usar tú?

—Hoy soy la sirenita, quiero bailar con ese.

Se apagaron las luces del living, se prendió la de colores, giratoria y la música comenzó a sonar, micrófono en mano comenzaron, madre e hija a cantar y bailar.

Capítulo 21

Los días posteriores al cumpleaños de Leila, siguieron su curso de una manera indescriptiblemente maravillosa para los cuatro integrantes de esa nueva futura familia.

Leila volvió al jardín feliz y contándole a todo el mundo todos los regalitos que había recibido y hasta de vez en cuando llevaba alguno de ellos para compartir con sus otros amiguitos aparte de Kevin, que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Kevin, por su parte, se sentía contento, le preguntaba constantemente a su papá cuando iban a volver a quedarse a dormir en la casa de Leila, alegando que le había encantado. Que la chocolatada que preparaba Julia era más rica que la que él le preparaba y que le encantaba que Julia lo dejara jugar dentro de la casa con algunas cosas que en su propia casa no se lo permitían. Dijo también algo que a Brendan le llamó muchísimo la atención y que hasta le hizo estrujar el corazón: *“me gustaría que Julia fuera mi mami, mi mami está muy enferma y quiero que se cure pero no quiero que sea más mi mami, quiero tener otra mamá”*.

A lo cual él le contestó:

—Paula va a ser siempre tu mami, y se va a curar, yo sé que se va a curar y vas a poder verla.

—Yo no quiero verla —respondió con la honestidad con la cual responden los niños de cinco años.

—Ya veremos cuando se mejore.

El niño hizo un mohín y cambió de tema.

Brendan se sentía que más enamorado no se podía estar, el hecho de que su familia conociera a la familia de Julia y que todos hubieran congeniado de una manera inigualable, le aliviaba el alma. Lejos quedaron sus miedos y su temor por decir o hacer algo sin herir a los demás. Seguía viendo a su terapeuta y estaba programando un viaje de trabajo mezclado con placer y les daría la sorpresa a Julia y a Leila de invitarlas para que fueran con ellos dos. No quería invadir a Julia porque sabía que estaba con mucho trabajo, pero sí quería encontrar el momento propicio para anunciarles su invitación.

Julia entraba y salía de su casa y de la oficina que compartía con Daniela,

habían tomado un caso en el cual ellas dos como equipo eran muy buenas, Daniela, la abogada y ella la intérprete, si se les llegaba a dar la posibilidad de ganarlo, podrían poner en marcha un proyecto que tenían en común de ayudar a algunos casos *ad honorem*, como se venían proponiendo hacía unos cuantos meses. Estaba enamorada y lo había confesado, sin miedo a nada, amaba despertarse cada mañana pensando en Brendan y se sentía amada y adorada, era el hombre de sus sueños, ya lidiaría más adelante con los posibles celos que le pudieran llegar a atacar acerca de su trabajo como modelo. Lo había conocido así, hermoso, y así lo amaba. Era feliz porque sabía lo mucho que la quería a Leila. Todo encastraba a la perfección.

Un mes después...

—Las invitamos a cenar —dijo Brendan asomando su cabeza por la puerta de entrada de la casa de Julia en el momento en que ella la abrió.

—Pasa —tengo a Lei en la bañera, hay espuma por todos lados.

—No, ya me voy, en dos horas las pasamos a buscar —luego de escuchar un “ok” desde dentro de la casa, cerró la puerta y se fue a buscar a Kevin que salía de la clase de fútbol.

—Tenemos una cena en casa esta noche, quiero que ordenes un poquito tu cuarto.

—¿Quién viene? —preguntó aburrido de pensar en que tenía que ordenar su cuarto, ¿para qué? Si así estaba divino.

—Adivina, alguien a quien quieres mucho.

—¿Leila?

—Sí, con Julia.

—¡Sí, sí, sí, sí! Gracias, papi, eres el mejor. —Dijo saltando de contento.

—Bueno, a ordenar.

A las nueve de la noche en punto, Julia escuchó un portazo, y Leila quien miraba ansiosa por la ventana, pegó un grito. —Llegaron, mami. ¿Estoy linda, verdad?

—Sí, mi amor, estás hermosa. —Respondió intentando esconder la ansiedad que tenía a flor de piel.

Salieron contentas y perfumadas. Brendan y Kevin las esperaban en la

puerta, prolijos y peinados como si fueran a una cena de gala.

—¡Qué paquetería! ¿Por qué tanta galantería?

—¿Gala-qué? —preguntó Kevin a Leila, quien hizo una mueca y un gesto con los hombros en señal de que tampoco había entendido de qué hablaban.

—Buenas noches, bellas, están preciosas, ¿vamos?

—Sí, aunque si me lo hubieras pedido podría haber pasado yo por tu casa.

—Mejor así. Hoy es un día muy especial.

Ella no se sorprendió. Tomó su mano llevando a su hija de la suya y subieron todos al auto.

Una vez en la casa de Brendan, Kevin la invitó a Leila a jugar a su cuarto, quería mostrarle un helicóptero que supuestamente volaba solo.

—En diez minutos los llamo.

—Sí, papá —dijo Kevin.

Julia lo siguió por su casa, admiró, una vez más la belleza de ese lugar. Le fascinaba. Lo observó terminando de disponer la mesa del comedor que estaba impecablemente preparada para los cuatro.

—¿Deseas una copa de vino? —la rodeó por la cintura, para hacerla perder el equilibrio con un beso en la boca.

—No, gracias, más tarde, tal vez. Es que no comí nada y sinceramente estoy famélica.

—¿El trabajo? —preguntó mientras le besaba el cuello haciéndola poner de todos colores.

—Fatal, en estos días es la audiencia definitiva del cliente de Daniela, y si todo sale bien vamos a poder descansar un poco y me voy a poder dedicar a traducciones que tengo pendientes.

—Muy bien, estoy orgulloso de ti y de lo trabajadora que eres. Te admiro —susurró emocionado y algo ansioso por lo que él se traía entre manos, al fin estaba dispuesto a cumplir con los deseos y condiciones de su abuelo. Hacía un tiempo que pensaba en comentarle acerca de la herencia, pero no se animaba, quería que ella estuviera segura que era porque él la amaba, pero ahora no le quedaba ninguna duda, estaban perdidos el uno por el otro.

—Gracias —ella se acercó para besarlo y una vocecita interrumpió.

—¡Papá! ¡Tenemos hambre!

—A lavarse las manos que ya sirvo.

Una vez que todos estuvieron sentados en la mesa y hubieron probado el primer plato, Brendan no pudo contenerse más y habló.

—Dije que esta era una cena especial en la cual quería que estuvieran

presentes nuestros pequeños tesoros. Hoy es un día en el cual quiero que sepan que estoy enamorado de todos ustedes, los amo tanto que quiero que vivamos juntos —terminó esta frase, hizo una pausa, se levantó de su asiento y se acercó a Julia y a Leila, quienes estaban sentadas una al lado de la otra, le tomó la mano a Julia, se puso de rodillas y, mirándola a los ojos le preguntó—, ¿te casarías conmigo, Julia Rivera?—. No esperó a que respondiera, le tomó la mano a Leila y le preguntó —¿Te gustaría vivir con nosotros?

—Sí, sí —respondieron las dos muy contentas, la mamá, con lágrimas en los ojos, y la nena con gritos agudos, llamando la atención de Kevin. Él las abrazó a las dos y el pequeño se unió al abrazo, no quería quedar afuera y también estaba muy contento.

—Hay algo más —dijo él sosteniendo algo en sus manos además de un hermoso anillo. Primero lo primero —le colocó el anillo en el anular de Julia y continuó—, sacó del bolsillo de su camisa un sobre, se lo entregó a Julia y sonrió.

Ella tomó el sobre, no podía con las emociones, estaba a punto de largarse a llorar como una magdalena y no quería asustar a los más chiquitos. Sacó del sobre dos boletos de avión a nombre de ella y de su hija. Con destino a Irlanda.

Ella sonrió entre sus lágrimas que corrían por toda su cara y también sacó un sobre y esperó a su respuesta, ante la cara atónita de Brendan.

—¿También tienes sorpresas?

Ella no respondió y esperó a que él abriera y leyera. No quería perderse ni un segundo de su reacción. Esperaba que fuera la mejor, pero en esos casos era complicado saber de antemano.

Brendan se tomó más tiempo del que a ella le hubiera gustado que se tomara, levantó la vista del sobre y se acercó más a ella, le acarició el vientre y la abrazó con mimo.

—Soy el hombre más afortunado del universo, no sabes lo feliz que soy desde el momento en que te vi, y esto es lo mejor que nos puede suceder. Te amo. No te lo había dicho, porque me ganaste de mano, pero te lo tengo que decir, quiero que seas la madre de mis hijos, al menos de uno. Gracias mi amor.

—¿Hijos? Papá, tú ya tienes hijos. Yo no quiero un hermanito.

—Yo sí, yo sí —gritó Leila dando saltitos.

—No entiendo. ¿Se van a casar o van a tener hijos?

—Las dos cosas, no entiendes nada —respondió Leila a su futuro hermanastro.

—Las dos cosas, Kev. ¿Nos aceptas en tu familia?

—Sííí —gritó él.

Continuaron cenando juntos, con sus corazones llenos de emoción.

EPÍLOGO

12 años más tarde...

—¡Hasta luego a todos! —gritó Leila antes de cerrar la puerta detrás suyo.

Había estado tomando un café con leche, haciendo tiempo, alternaba su mirada entre su reloj pulsera, la pantalla del móvil y el reloj que colgaba de la pared de la cocina, hermosa herencia de sus abuelos postizos.

Una vez en la calle, se puso brillo labial que llevaba dentro de su cartera de mano, se soltó el cabello que cayó colorado, lacio y pesado hasta su cintura; se corrió los breteles de su remera para que sus hombros quedaran al aire y se alisó la minifalda de jean que llevaba puesta. Estaba lista.

Kevin escuchó la puerta y también miró la hora. Eran las cinco de la tarde, se imaginaba lo peor; lo peor que puede sentir un muchacho cuando sabe que le suceden cosas con su hermanastra y ella no lo registra más que para bajarle el volumen de su equipo de música o para pedirle que la lleve a algún lugar.

Se removió inquieto en su asiento, ese sonido de ella saliendo de la casa lo anulaba, no quería que ella se fuera con ese cachivache. Un impresentable que ni su padre, ni su madrastra aprobarían en la casa. Él sabía todo a pesar de que ella lo negara a muerte. Ella decía que salía al centro comercial con sus amigas.

Le fue imposible continuar con el trabajo de Ciencias Naturales que tenía que presentar en unos días. Tomó su móvil, salió de su habitación, bajó las escaleras casi en el aire y dio un portazo, pero no saludó.

El único que parecía estar enterado de todo lo que sucedía entre sus hermanos era Alan, el menor.

—¿Quién salió sin despedirse? —preguntó Brendan bajando las escaleras.

—Primero salió Leila, pero a la puerta giratoria la dejó Kevin al salir detrás de ella, papá.

—¿Quién dio semejante portazo? —preguntó Julia señalando el frente de la casa.

—Kevin —respondieron al unísono, padre e hijo, haciendo un gesto de cejas que compartían y que ella amaba.

—Vamos a tener que hablar con él —dijo Julia en voz alta, mirando a Brendan quien le hacía señas para que fueran a charlar en privado. No

querían involucrar a Alan.

Ella caminó nuevamente hacia la cocina y él la siguió. Ambos estaban nerviosos por esa situación, querían ayudarlo sin asfixiarlo. La psicóloga les había recomendado un acompañamiento sin juzgar y sin invadirlo. Sin embargo, cuando se trataba de Kevin, tendían a ser mucho más comprensivos, sobre todo porque hacía dos años que había perdido a su madre. Solo pudo disfrutarla unos meses, mientras ella estuvo fuera de rehabilitación; y, cuando veían la posibilidad de que se reinsertara en el mundo laboral y en el mundo real, volvió a caer, una sobredosis se llevó su vida.

La vio entrar en el centro comercial, caminó detrás de ella sin dejarse ver. Las piernas largas y casi desnudas de su hermanastra lo volvían loco, estaba desesperado por hacer algo al respecto, pero no se animaba, su padre lo mataría; Julia le retiraría el saludo y él los adoraba, pero desde hacía unos meses, algo dentro de él se había despertado para molestarlo con sentimientos hacia Leila.

Observó cómo ese impresentable la tomaba por la cintura, para darle un abrazo y acariciarle el hombro desnudo. Quería abalanzarse sobre él y hacerle sangrar la cara, pero no podía volver a golpearlo. Ya lo había hecho hacía meses atrás y se había metido en problemas, ahora lo obligaban a ir al psicólogo.

—¡Kevin! —lo sorprendió el grito de Alma, la amiga de Leila. Esa chica sí que podía ser inoportuna, estaba siempre metida por todos lados, la veía hasta en la sopa, le cansaba su tono de voz chillona y sus ojos saltones; sus brackets y su perfume hediondo.

—Shh, calla tonta —dijo tapándole la boca y llevándola detrás de la columna más cercana —, si me ve me mata.

Alma quiso soltarse pero él no la dejó, se derretía en sus brazos, al menos así lo describían las novelas de amor que estaba leyendo. Volvió a insistir y él la soltó.

—No lo hagas más, no me gusta que me apretujes así —le dijo mientras se acomodaba los lentes.

—Lo siento, ¿te piensas que me gusta tener contacto contigo? —dijo en tono despectivo.

—Comienzo a sospecharlo —se le escapó y sintió cómo se le encendían

las mejillas.

—Ya, lo siento —respondió cortante, dando por terminado el tema.

—No puedes estar siguiéndola siempre, te va a odiar.

—No quiero eso. ¿Qué haces tú aquí?

—Vamos a ver una película con Lei, pero me dijo que primero se vería con Ramiro.

—¿Van a ir al cine con ese roñoso?

—¡No entiendes nada!, ¿verdad? Vamos solo las chicas al cine. ¡Mira! Allá vienen dos chicas más —dijo señalando una puerta de entrada.

—Dile a Lei que recuerde que esta noche tenemos una cena en casa. Chau —la saludó con un golpecito en el hombro y salió apurado en dirección contraria a la de las amigas de su hermana, no quería ser descubierto por todos, no quería que todos supieran lo que sentía por ella, no quería ser tan evidente, pero tampoco lo podía evitar.

Pateó un par de hojas del color del otoño, se sintió un tarado, tendría que centrarse y pensar en otra cosa. El saber que el mequetrefe ese no las acompañaría al cine, en cierta manera lo relajó. Esperaría el momento en que ella llamara para que la fueran a buscar e iría él. Estaría atento.

—Mamá y papá te están esperando en el comedor, quieren hablar contigo, no digas que no te avisé —esa fue la bienvenida que le dio Alan a su hermano mayor.

—¿Qué inventaste ahora? —lo acusó con el dedo.

—Yo no inventé nada, me preguntaron quien se fue sin saludar y les dije que fuiste tú.

—Más te vale.

Entró cabizbajo.

—Hola, hijo —saludó el padre —, ¿estás bien?

—Sí, papá. Todo ok —respondió secamente, no le gustaba ser cuestionado y sabía que se venía un interrogatorio.

Sin embargo, todo quedó levitando y suspendido. No hubo interrogatorio. Julia miró a su padre y le guiñó el ojo. Los amaba. Había aprendido a amar a esa mujer que era como su mamá, era el mejor ejemplo de figura femenina que uno puede llegar a tener, era dulce, comprensiva, enojona en su medida justa, y desde que vivían juntos había sido todo amor para con él. Atrás habían quedado los gritos y maltratos. Muy, muy lejos.

Se giró y fue hasta su habitación a terminar el maldito trabajo que tenía trabado en su computadora.

Dio por finalizado lo de ciencias naturales y se fue a dar una ducha fría, quería estar listo y presentable para los invitados de sus padres, en realidad, quería estar lindo para Leila. Aunque ella ni lo mirara.

A la cena estaban invitados los amigos de sus padres, su abuela, y los abuelos de Leila.

Los primeros en llegar fueron Daniela y Marco y los gemelos que ya tenían siete años, y detrás tocaron timbre los abuelos de los niños ya no tan niños. Todos se acomodaron en el amplio comedor sonriendo y compartiendo historias y anécdotas de todo tipo. Alan ya estaba en la mesa. Era el más prolijo y meticuloso de los tres hermanos. El más observador y quien sabía donde estaba cada cosa dentro de la casa.

—Pronto se viene tu cumple, Alan, ¿cuántos este año? —preguntó la hermana de Julia.

—Trece.

—¿Qué te gustaría de regalo?

—Papá me prometió un viaje, veremos si cumple.

—Tengo entendido que tu papá cumple sus promesas. De todas maneras, cruzaré los dedos para que así suceda —dijo mientras hacía un gesto con su mano.

—Gracias, tía.

El primero en bajar fue Kevin, y a los cinco minutos, Leila captó la mirada de todos los presentes mientras bajaba las escaleras al mejor estilo señorita universo. Dejando ver sus preciosas y torneadas piernas y su cabello suelto envolviendo uno de sus hombros. Sonrió a todos a modo de saludo general y le sacó la lengua a su hermano mayor, mayor por unos meses. Kevin bufó y se recostó en la silla, no quería verse como un joven cavernícola y hasta tuvo que disimular la media erección que estaba queriendo levantarle el jean que llevaba puesto. Respiró profundo y la volvió a mirar. ¡Qué preciosa estaba! Pero su admiración hacia ella se desvaneció en el momento en que tocaron el timbre y Leila gritó: ¡es Ramiro! Todos quedaron en silencio menos ella, quien fue a recibirlo. Un baldazo de agua congelada y suponer que Ramiro estaba por compartir la cena con ellos era prácticamente lo mismo, aunque el baldazo sonaba mejor ya que afectaría solo su parte física y no sus emociones

como la sola mención de ese nombre. Inspiró profundo. Tragó saliva y miró para otro lado. Ya habría tiempo de enfrentarlo. Tampoco tenía ganas de volver a ponerse a Leila en su contra aunque si lo pensaba bien, le fascinaba verla enojada. La veía tremendamente sexy. Julia corrió detrás de su hija para ver de quién se trataba y quién era ese tal Ramiro que tenía el tupé de aparecerse a una cena familiar sin ser invitado.

—¡Rami! —saludó dándole un casto beso en la comisura de sus labios.

—Hola, Lei. Te quería traer esto —le ofreció una memoria usb.

—¿Qué es esto? ¿Música?

—Sí y espero que te guste. Julia observó la situación y no creyó que fuera necesario quedarse. Les daría unos minutos de privacidad. En el momento en que se estaba girando para volver al comedor, escuchó la voz de su hija.

—Mamá, él es Ramiro, un amigo —él le tendió la mano y ella se la aceptó.

—Mucho gusto, señora.

Al segundo intento de retirarse sin invitarlo a pasar, se acercó Brendan, le abrazó el hombro y fue a ver quién era el causante de que su hija se vistiera y se perfumara tanto. Al ver la facha del joven, desechó toda idea de invitarlo.

—Estamos en medio de una cena familiar, si nos disculpas. Mañana podrán charlar, buenas noches —saludó Brendan despidiendo al joven de jeans rotos, cabellos desprolijos y de colores y barba larga teñida; mientras Julia tomaba con cariño el brazo de Leila para hacer que volviera al comedor. Cuando llegó a la mesa, se enojó al ver una sonrisa socarrona de Kevin. Él realmente estaba disfrutando del momento, el enfado de ella lo volvía loco. Se le aceleraba el corazón y se mordía la lengua por no reírse a carcajadas, era una deliciosa revancha.

Diferentes charlas surgieron durante el primer plato, todos los comensales interactuaban de un modo amoroso. Todos menos uno. Kevin estaba obnubilado, no podía soportar tenerla tan cerca, cada cena compartida era una dulce tortura. No sabía con claridad si era su blanca y delicada piel o sus labios o sus curvas lo que más le atraían de ella. Solo sabía que lo traía loco. Tendría que hacer algo rápido al respecto.

—¡Kevin! —la voz de su abuela, lo hizo volver a la realidad, pestañeó un par de veces y le prestó atención—. ¿Cuándo rindes esa materia que te tiene a mal traer?

—No lo sé, nunca me siento completamente preparado. Odio esa materia.

—¿Quieres que te ayude? A mí me gusta —escuchó su voz, tal vez era eso lo que le encantaba, o todo junto.

—¡Kevin! Te hablan —Alan le dio un codazo sacándolo de su ensoñación —, estás hecho un boludo —murmuró su hermano.

—Eh, sí, gracias —balbuceó, odiándose a sí mismo por lo estúpido que se mostraba delante de ella al bajar la guardia.

—Retiro lo dicho, un tremendo boludo —continuó Alan.

—Cuando quieras, comenzamos.

—Mañana mismo, tiene poco tiempo para prepararse. Mejor se ponen las pilas y aprueban todas las materias —agregó Brendan, completamente ajeno a la revolución interior que su hijo mayor estaba soportando.

Al finalizar el segundo plato, Leila se excusó por un momento y Kevin respiró. También se excusó y corrió al baño a lavarse la cara, a darse unos golpecitos con agua fría en sus mejillas y a mirarse al espejo para preguntarse: ¿qué mierda estás haciendo? Sintió dos golpes en la puerta. Se apuró a secarse y salió, al salir se encontró de frente con la sonrisa perfecta de Leila. No pudo ni hizo el intento de evitarlo, miró hacia todos lados y como no vio moros en la costa, en dos segundos la tomó de la cintura y le comió los labios con un beso completamente torpe y hambriento. Ella no solo lo dejó sino que también le mordió los labios. Se separaron, buscaron sus miradas y con la respiración agitada, cada uno siguió por su lado. Volvieron a la mesa uno detrás del otro, sin haberlo planeado. Tenerla sentada frente a él en ese momento era placentero. Había tomado las riendas y la había hecho sonrojar. No veía la hora de que fuera el día siguiente para empezar a estudiar junto a ella.

Biografía

Emma Sheridan, escritora argentina, nacida en 1976.

Es analista de sistemas y profesora de literatura inglesa. Ama viajar, los libros, la música y todo lo relacionado al arte corporal.

Es la autora de “Mates con amor” (2014), de un relato erótico llamado “¿A quién no le ha pasado?” (2014), de un diario íntimo titulado “Lucía y sus hojas perfumadas” (2015) y de una novela titulada "Tu secreto, mi destino" (2016). Ha sido ganadora del segundo premio en un concurso internacional, con su relato “¿Quién eres?” en “El éxtasis llega contigo y otros relatos pecaminosos” (2016, Pukiyari Editores y Contacto Latino) Ha participado en antologías solidarias como "54 corazones tras la esperanza", "Un relato por Pausoka".

Sus otros relatos también se encuentran en Antologías Multiautor: “Cita a ciegas” (2017), “Encrucijada” (2017), “Dash de placer” (2018).

Puedes contactar con ella en [Facebook](#) o en [Instagram](#) o por E-mail: emma.sheridan15@gmail.com

¿Dónde encuentro sus libros?

<http://relinks.me/EmmaSheridan>

Agradecimientos

Al amor de mi vida, por ser incondicional, por apoyarme, sostenerme y amarme. Gracias por estar siempre. Te amo.

A mi pequeña gran maestra, mi hija, quien me ha enseñado a ser más fuerte y a organizar mis días de otro modo. Te amo, princesita.

A mi familia, por estar siempre. Los adoro.

A mis hermanas del alma, Mariel, Telma, Graciela, Pía, Sil, Ruttie, Isha. Las adoro.

A mi otra hermana del alma, Mariana, aunque no estés cerca, estás en mi corazón.

A Victoria Aihar, por ser un pilar importante en esta emocionante pasión. Gracias, Vic, por ser como sos y estar siempre dispuesta a colaborar, te adoro.

A Cecilia Pérez, por estar siempre. Te quiero mucho.

A todas aquellas personas quienes han sido un empuje para que esta novela viera la luz, quienes me han apoyado siempre.

A mis lectores y a mis amigas de Facebook.

Les estaré eternamente agradecida.